

Amor y gimnasia

Edmondo de Amicis
Ilustraciones de
Manuel Alcorlo

*Traducción y prólogo de
Paloma Alonso Alberti*

Lectulandia

Descubierta y rescatada por Italo Calvino en la colección que dirigió para la editorial Einaudi, *Amor y gimnasia* ofrece la cara más humorística e irónica de Edmondo de Amicis, el escritor italiano que tantas lágrimas ha hecho llorar a millones de lectores en todo el mundo con su novela *Corazón*. También aquí hay un trasfondo educativo, que en este caso versa en torno a los maestros de gimnasia, magníficamente representados por la atractiva y atlética señorita Pedani, que atrae la atención de los vecinos de la casa turinesa donde vive. Los saltos y acrobacias de la Pedani no dejan impasible a nadie, pero sobre todo vuelven loco de amor a su vecino de abajo, el secretario Celzani, de gran corazón pero de escasa apostura debido sobre todo a los ademanes adquiridos en la sacristía donde lo educó un cura tío suyo. La historia de amor entre esta exuberante maestra de gimnasia y su apocado enamorado encubre un alegato feminista sobre la igualdad del hombre y la mujer que se adelanta a la época en que fue escrita, poco después de la unificación italiana. El pintor Manuel Alcorlo ha ilustrado con su poderoso talento y maestría para describir la figura humana esta novela traducida por primera vez al español por Paloma Alonso Alberti.

Lectulandia

Edmondo de Amicis

Amor y gimnasia

ePub r1.1

Blok 21.12.14

Título original: *Amore e ginnastica*
Edmondo de Amicis, 1892
Traducción y prólogo: Paloma Alonso Alberti
Ilustraciones: Manuel Alcorlo
Retoque de cubierta: Kars

Editor digital: Blok
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com









PRÓLOGO

AMORE E GINNASTICA se publica de forma clandestina en 1892, en la recién nacida Italia, que concentra sus esfuerzos en la consolidación del sentimiento de identidad nacional colectiva. Tiene como escenario la ciudad piamontesa de Turín, portadora de la responsabilidad de haber contribuido a la unificación de Italia con un papel preponderante, cediendo la capitalidad, sin por ello renunciar a ser la cuna de la cultura gimnástica italiana. No sólo eso sino que Turín se esforzaba en recoger el testigo de la experiencia alemana, donde el culto al cuerpo representaba uno de los pilares sobre los que construir la nación. El propio Hitler en su ideario *Mi lucha* había defendido abiertamente la inclusión de una gimnasia moderna en los currículos académicos llegándola a contemplar en uno de los puntos de su programa político^[1]. El ejercicio físico se veía de este modo asociado a una amplia gama de beneficios relacionados con la salud, la higiene, la disciplina y el progreso de la nación.

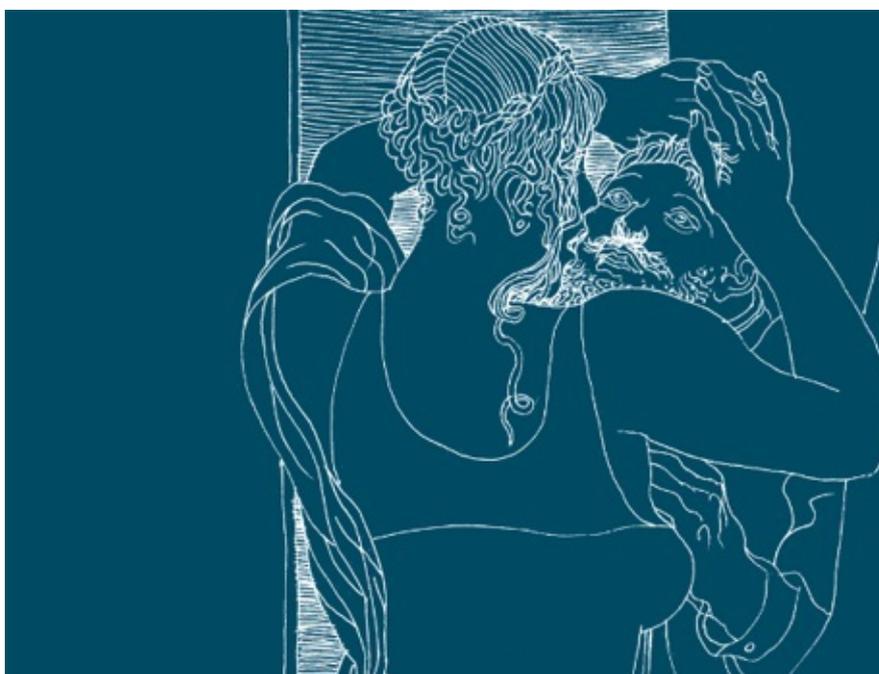
Este desarrollo de la Italia del Resurgimiento, cuyo entusiasmo por la gimnasia es uno de los fenómenos culturales más curiosos y menos conocidos, se ve proyectado precisamente en esta nueva concepción de la misma, que defendía el abandono de los movimientos lentos y reprimidos propugnando nuevas dinámicas más expansivas que imprimiesen fuerza y agilidad al cuerpo. De Amicis quiere contribuir con esta novela a defender una educación física en la escuela, libre de prejuicios, especialmente en la gimnasia femenina, que sirva de apoyo a la construcción de la nueva conciencia nacional.

Tan novedosa gimnasia tenía algo de liberador y, al mismo tiempo, algo de pecaminoso, en un contexto en el que el contacto con el cuerpo estaba prohibido. Así lo denunciaban los moralistas, los eclesiásticos y los socialistas, que animaron en torno a la misma los debates de los círculos sociales, hasta convertir esta disciplina deportiva en uno de los temas más espinosos de la época. Como subrayó Italo Calvino, la presencia de la mujer en la escuela y en la gimnasia parecía transgresiva, como un «inmenso harén sin sultán», y amenazadora, como un «enjambre de Minervas armadas naciendo de la cabeza de Júpiter».

De Amicis reproduce en esta novela el debate intelectual sobre la educación física, que ardía por aquel entonces entre libros y revistas en los que se enfrentaban abiertamente las escuelas de Obermann y Baumann: Obermann, autor suizo del tratado *La ginnastica* y fundador de la Società Ginnastica Torinese en 1844, fue llamado a Turín, primero como entrenador con finalidades bélicas y posteriormente para formar en esta materia maestros para toda Italia. Baumann, fautor de la llamada escuela boloñesa, que apostaba por una gimnasia libre, por una actividad civil, ajena a las restricciones a las que se veía sometida como consecuencia de su consagración bélica en la escuela turinesa, escuela sobre la que se apoyó la primera ley del estado italiano que reguló la materia. Aun siendo más conservador que Baumann, fueron

muchos los obstáculos a los que Obermann tuvo que enfrentarse cuando la gimnasia entró a formar parte de los currículos escolares; baste recordar que en aquella época las gimnastas llevaban mangas y faldas largas, casi hasta los tobillos, y cuellos bien cerrados para reducir al mínimo la obscena exposición de la piel.

A lo largo de su obra, De Amicis muestra repetidas veces interés por este mismo argumento. En *La vita militare* (1868) insiste en la belleza del esfuerzo físico, exaltando el ejercicio en común de estas prácticas; en *Sull'Oceano* (1889) dos enamorados «hacen juegos de gimnasia de cámara, con saltos y volteretas»; en *Primo Maggio* (1900), novela del período de su tardía conversión al socialismo, el protagonista traiciona a su mujer con una camarada, que de las distintas teorías socialistas, presentes y pasadas, sólo conocía las ideas más atrevidas y extrañas que giraban en torno a los argumentos más estimulantes, como la gimnasia desnuda de los dos sexos de la *Ciudad del sol*. Aparece también en clave de humor en varios cuentos de *Pagine Allegre* (1906) y *Gli azzurri e i rossi* (1894).



Fue Italo Calvino quien en 1971 rescató del olvido *Amore e Ginnastica*, ocupándose de su publicación en la colección *Centopagine* de Einaudi que él mismo dirigía, y definiendo la novela como «probablemente la más bonita, ciertamente la que muestra más sentido del humor, malicia, sensualidad, agudeza psicológica que nunca escribió Edmondo De Amicis».

Aunque la historia una vez más se desarrolla en el ámbito escolar, el autor de *Amore e Ginnastica* no es el mismo que se manifiesta en *Cuore*. Logra aquí desterrar esa imagen de escritor moralista, didáctico y azucarado que había constituido la base de su popularidad, y nos descubre una insospechada vena humorística. La vocación pedagógica se vislumbra en segundo plano, mientras vemos aflorar en el primero la

fuerza de un inconfesable instinto que empuja a romper las reglas del conformismo amoroso.

No hay espacio, por tanto, entre sus páginas para lecciones moralistas, desterradas por un realismo y una precisión psicológica desconocidos en el *De Amicis* de *Cuore*, que se ganó las críticas de Benedetto Croce, quien lo calificó de artista de pensamiento superficial y dependiente. En este sentido, escribe Croce: «Artista en los detalles, *De Amicis* es moralista en el diseño y la inspiración. Y de la misma manera que su arte no es profundo e independiente, tampoco su pensamiento se libera de lo obvio, de lo común, de lo fácilmente aceptable, de lo más aceptado^[2]». No sólo recibió las críticas de Croce, sino también de Carducci, Borghese, Torraca y, por otras razones, las de Giovanni Papini que, cuando *De Amicis* en *L'idioma gentile* (1905) expuso su propia visión sobre la lengua italiana mostrando su fidelidad a la lengua de Manzoni, con su sarcasmo habitual, propuso como título más adecuado *L'idiota gentile*. Pero a pesar de las innumerables críticas, sus novelas alcanzaban tiradas récord en una Italia en gran parte analfabeta.

Nos encontramos frente a una deliciosa trama irónica animada por un voyeurismo sutil, melodramática sin llegar al patetismo, que está lejos de seguir la línea de la retórica mojigata de la época. La belleza se capta en un cuadro de conjunto que tiene el refinamiento de la pincelada impresionista, donde la trama urdida de pasiones y desilusiones se ve potenciada en los claroscuros que aportan las dinámicas humanas.

La historia se desarrolla en un edificio de la Turín de finales del XIX, cuya escalera mal iluminada, el paraíso oscuro de don Celzani, hace las veces de telón de fondo a amores secretos, celos, envidias, pequeños éxitos y dramas burgueses que se desenvuelven entre peldaños, rellanos, portazos, acechos tras las puertas y claraboyas de desván, al más puro estilo vodevil.

Sus personajes vibran de pasión, resentimiento, voluntad y frustración en el paisaje cotidiano de la pequeña burguesía. Don Celzani, protagonista de la historia junto a la maestra Pedani, nunca llamada por su nombre en la novela, poco agraciado físicamente, con la apariencia de «un preceptor de casa patricia clerical» se enamora perdidamente de ella, virago de brazos contorneados, hombros anchos y cintura de avispa: la «vulneradora invulnerable» como la llamaba su vecino de escalera, el ingeniero Ginoni. Para conquistar el inalcanzable objeto de sus deseos, pierde el control de sí mismo, llegando a sacrificar su desgarrado cuerpo en la barra de equilibrio, como ante el altar de su diosa. Ninguno de los personajes masculinos de *Amore e ginnastica* se muestra ajeno a la belleza de la maestra. El ingeniero Ginoni la considera guapa y honesta, muy original y fuera de lo corriente, y aunque no está de acuerdo con la gimnasia que ella defiende, tampoco se muestra amigo de los movimientos reprimidos y goza con las delicias de los pasos rítmicos ejecutados por las hijas de los militares del Instituto San Domenico, observando con concupiscencia las manos revoloteando en el aire y las trenzas gordas retozando sobre las nuca rosáceas. El comendador Celzani, que no se pierde un solo espectáculo de gimnasia

de las escuelas, colegios o institutos, le pregunta a la protagonista con curiosidad malsana qué restricciones les imponen en la gimnasia femenina y, cuando ella hace referencia a los movimientos de los miembros inferiores, con sus ojos azules fijos en el techo, disfruta ensimismado dando rienda suelta a sus fantasías, como en una contemplación celestial. El maestro Fassi le atribuye el brazo más bonito que se haya visto bajo el sol y el joven Ginoni pone en juego todo su descaro para conquistar a la maestra, desencadenando un amago de duelo con don Celzani, profundamente herido en sus celos al haber visto el brazo vigoroso del joven rodear como un pulpo la cintura de la mujer de sus sueños.

Muy diferentes son los sentimientos que la atlética maestra despierta en el sexo femenino que habita las escaleras. A su compañera de piso, la maestra Zibelli, le corroen los celos y la envidia hacia aquella infausta criatura nacida para su tormento. La señora Ginoni la critica ante los vecinos con lengua viperina y, dejando caer sobre ella la sombra de una oscura historia con una compañía de soldados de la que se oye hablar en el pueblo, provoca el desconsuelo del pobre don Celzani, que sueña por las noches con un pelotón de bayonetas. Las vecinas devotas del primer piso, viendo dar instrucciones de gimnasia en el rellano de la escalera a una alumna de la Pedani con las medias al aire, se quejan al secretario de las indecencias que se ven en la casa desde que se ha instalado la atrevida señorita. Pero ella, alma cándida ajena a todo lo que le rodea, cuya cabeza está invadida por un único pensamiento que hace imposible alojar cualquier otra pasión, no se percata de las miradas, ni envidiosas ni concupiscentes, que merodean su bello cuerpo.

Entre mancuernas, torsiones de *pecho* y lanzamiento de brazos, magistralmente entretejidos con los suspiros de un apasionado cortejo, toda la novela dirige la atención hacia el cuerpo femenino, que triunfa apoteósicamente al final del relato entre las paredes de lo que fue el primer Parlamento italiano.

PALOMA ALONSO ALBERTI

AMOR Y GIMNASIA

Edmondo de Amicis
Ilustraciones de Manuel Alcorlo





AL ALCANZAR LA ESQUINA de Via dei Mercanti, el secretario, haciendo un amplio ademán, se quitó el sombrero y saludó al ingeniero Ginoni que le respondió con su acostumbrado: «¡Buenos días, querido secretario!». Después enfiló la Via San Francesco di Assisi para regresar a casa. Faltaban veinte minutos para que dieran las nueve y estaba casi convencido de que iba a encontrar por la escalera al objeto de sus deseos.

A diez pasos del portón, se topó en la acera con el profesor Fassi, el bigotudo instructor de gimnasia, que estaba leyendo unas pruebas de imprenta. Se detuvo y, mostrándole los folios, le dijo que estaba hojeando el borrador de un artículo sobre la barra fija que la maestra Pedani había escrito para la revista de gimnasia *Nueva Competición*, de la cual él era uno de los principales redactores.



—Está bien lo que dice —añadió—. Sólo tengo que hacer algún que otro retoque. ¡Desde luego, ésta sí que es una buena maestra de gimnasia! No lo digo por el hecho de que a su vez escriba, que cada uno tiene sus facultades y además... en la gimnasia como ciencia, el cerebro de una mujer no tiene éxito, ya se sabe... Lo digo porque poniéndola en práctica, no tiene rival. La madre naturaleza le ha dado dotes para ello: las proporciones del esqueleto más perfectas que he visto en mi vida y una caja torácica que es una maravilla. La observé ayer mientras se ejercitaba haciendo una rotación de busto y tiene la flexibilidad de una niña de diez años. ¡Que me vengan a decir los *amantes de la estética* que la gimnasia deforma al sexo débil! Maneja las mancuernas como un hombre, y tiene el brazo de mujer más bonito que se ha visto bajo el sol. ¡Si usted lo viese desnudo! Mis respetos.

Así cortaba bruscamente la conversación para imitar al célebre Baumann, el gran gimnasiarca, como él lo llamaba, que era su Dios. El secretario se quedó pensativo.

Aquel maestro cruel, sin saberlo, lo estaba atormentando desde hacía tiempo con aquellas comparaciones, describiendo la fuerza y la belleza de la maestra en la que él ya pensaba demasiado. Aquellas dos imágenes de la rotación de busto y el brazo desnudo habían incrementado la agitación con la que afrontaba siempre la escalera

cuando esperaba encontrarse con su vecina.

Acometió los primeros peldaños con paso lento y ligero, agudizando el oído y, cuando alcanzó el primer rellano, oyó unos pies deslizarse sobre su cabeza y sintió cómo la sangre inundaba sus mejillas. Eran la maestra Pedani y la maestra Zibelli que bajaban juntas, como siempre, para ir a la escuela. Reconoció la voz de contralto de la primera.

Cuando se encontraron frente a frente, en medio del segundo tramo de escalera, el secretario se detuvo quitándose el sombrero y, en vez de mirar a la Pedani, dominado por la timidez, miró, como hacía siempre, a su compañera, que una vez más se hizo ilusiones de ser ella la causa de su turbación, y lo animó con una cariñosa sonrisa. Mantuvieron el típico diálogo estúpido, propio de esas situaciones.

—¿Tan temprano van a la escuela? —balbuceó.

—No es tan temprano —respondió con voz dulce la maestra Zibelli—, son casi las nueve menos cuarto.

—Creía que eran... las ocho y media.

—Nuestros relojes van mejor que el suyo.

—Puede ser. ¡Hay una niebla esta mañana!

—A veces... Esperemos. Y... será un placer volver a verlas.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

Una vez superada la escalera, el secretario se volvió rápidamente y aún tuvo tiempo de echar una última mirada furtiva a los bellos hombros y el brazo poderoso de la Pedani, justo en el momento que la Zibelli se volvía para lanzarle a él una mirada sonriente, sin que su amiga se diera cuenta.

Entonces tomó una determinación. No, no podía continuar así; el ridículo que había hecho una vez más en su presencia le daba el último empujón para tomarla. No podía proseguir con ese deseo tormentoso en su cuerpo, exacerbado por aquellos encuentros diarios, en los cuales no conseguía ni siquiera darse el gusto de mirarla. Estaba decidido: le mandaría la carta que guardaba desde hacía una semana en la mesa; estaba dispuesto a recibir su sentencia de vida o de muerte.



Cuando llegó al segundo piso, abrió la puerta con un golpe decidido y fue derecho a la habitación de su tío, el comendador Celzani, dueño de la casa, para pagarle los alquileres que había cobrado en su otro inmueble de Vanchiglia y marcharse inmediatamente a releer por última vez la carta que iba a decidir su destino. Pero a un paso de la puerta oyó dos voces en la habitación. Se detuvo y, poniendo el ojo en el hueco de la cerradura, vio en compañía del casero a un hombre, al que conocía desde hacía tiempo, bajo y gordo con la cara ancha, imberbe y rugosa propia de un muchacho envejecido e hinchado repentinamente y un peluquín negro torcido. Era el director general de las escuelas municipales que, al pasar por las mañanas por Via San Francesco para ir a la oficina, subía de vez en cuando a saludar al comendador con el cual había estrechado una amistad íntima hacía ocho años, cuando era asesor suplente en la enseñanza pública. No obstante, desconfiando de todo bicho viviente desde que ocultaba en su corazón el secreto de aquella pasión, el secretario se puso a escuchar a escondidas apostado en la puerta, con la sospecha de que estuviesen

hablando de él. Se tranquilizó un poco al oír que el director se refería, como era su costumbre, a las grandes dificultades y los delicados asuntos propios de su cargo relacionados con las maestras.

—Entiéndame —decía con voz asmática y lenta—, van a dar clase a casa de familias nobles, tienen conocidos entre diputados y senadores, algunas incluso se relacionan con altos cargos del Ministerio. Hay que proceder con cautela. A veces les apoya incluso la casa de Su Majestad. Es muy fácil alborotar un avispero. Es un cargo, sabe usted, que requiere el tacto y la delicadeza... que pocos tienen. Consiste en dirigir una familia de unas doscientas cincuenta a trescientas señoritas, entre jóvenes, maduras, casadas y viudas, procedentes de todas las clases sociales, y con ellas un colectivo de directoras que... sería más cómodo tenérselas que ver con las treinta princesas de la casa Hohenzollern. No se hace una idea de las preocupaciones que me dan entre amores, enfermedades, matrimonios, lunas de miel, exámenes, puerperios, rivalidades, altercados con superiores y parientes... Créame que a veces me daría de cabezazos contra la pared.

Y prosiguió así divagando. El secretario, completamente tranquilizado, se apartó y esperó. En cuanto el director salió, entró a ver a su tío, que seguía sentado en la butaca envuelto en su bata, con sus profundos y dulces ojos azules clavados en la bóveda, como absorto en contemplaciones celestiales y, rindiendo cuentas de su trabajo, le puso sobre la mesa los billetes. Le hizo un gesto de aprobación con su gran cabeza blanca, sin hablar, como era su costumbre, y, volviendo a perder la mirada, se quedó de nuevo ensimismado. Entonces el secretario se marchó de puntillas, entró en su habitación y sacó de un cajón cerrado una carta de cuatro carillas escritas con una caligrafía perfecta. La volvió a leer con atención, la metió de nuevo en el sobre con esmero, pegó cuidadosamente un sello y salió de casa sin hacer ruido. Cuando llegó a la esquina de la calle, se quedó un rato indeciso con la mano levantada ante el buzón y luego dejó caer su carta. Después respiró profundamente. La suerte estaba echada. Sólo quedaba encomendarse a Dios.

EL SECRETARIO CELZANI apenas superaba los treinta años, pero su compostura y sus modales eran propios de un hombre de cincuenta, con la figura de un notario de comedia, o de un preceptor clerical de casa patricia. Se quedó huérfano cuando era un muchacho y lo recogió un tío materno, párroco de pueblo, que lo crió en la sacristía y después lo metió en el seminario para que se hiciera cura. Pero una vez muerto el párroco, que le dejó un pequeño peculio, lo sacó del seminario y se lo llevó a casa su tío Celzani, viudo sin hijos, para que le hiciera de secretario y le llevara el trabajo de campo; tareas en las que mostraba una honradez y una diligencia verdaderamente ejemplares. Frecuentaba la iglesia, hablaba con los curas, y de los curas conservaba ciertos ademanes y modales como el de poner a menudo una mano sobre la otra apretadas contra el pecho, la aversión a los bigotes y a la barba y la costumbre de vestir de oscuro. Pero no era beato y presumía sin mentir de ser patriota y liberal. No obstante, a causa de su apariencia, todos los inquilinos de la casa hacía años que lo llamaban en broma don Celzani. Y aunque encontraban en él una ligera sombra de ridiculez, lo estimaban y lo querían porque era cortés y servicial, tímido y respetuoso con todos y una persona equilibrada. Aunque su paciencia se viera sometida a la más dura prueba, la exclamación más altisonante que se le podía oír era la de: «¡Alabado sea Dios!», que profería levantando los ojos al cielo y abriendo los brazos en acto de invocación. Pero había una parte de su naturaleza que ninguno conocía. Bajo aquella compostura de cura disfrazado se escondía un temperamento físico vivaz, una fuerte sensualidad reprimida no por hipocresía, sino en parte por timidez y en parte por sentimiento de decoro que disimulaba, sobre todo, con aire de profunda meditación. Cualquiera que viera por la calle a diez pasos delante a aquel hombre vestido de negro, ligeramente encorvado, con su lacio pelo oscuro, la piel lisa, unos ojos tan pequeños que desaparecían tras su sonrisa, la nariz de asceta larga y delgada, aquellos andares que buscaban cómo hacerse más pequeño y la mirada siempre vuelta hacia el suelo, sería incapaz de creer que no se le escapara a su vista un piecillo desnudo sobre el pescante de una carroza, una fotografía licenciosa en un escaparate, una pareja de tortolitos en un portal, o un objeto o imagen que pudiese excitar los sentidos. Todo lo más, un buen observador podía llegar a vislumbrar su temperamento fijándose en su gran boca inquieta, que parecía formada por dos serpientes color bermellón, y en las oleadas de sangre que, cuando ciertos pensamientos se le venían a la cabeza, teñían por un instante su rostro y su cuello. Sin lugar a dudas, el buen alma de su fallecido tío cura no podía vigilar todos sus pasos. Pero su conducta era tan digna y prudente que incluso quienes conocían bien sus hábitos eran incapaces de detectar nada que los indujese a sospechar que él no era lo que parecía, en lo concerniente a estos asuntos. Por lo demás, poseía una naturaleza de éstas cuya sensualidad escapa a lo vulgar, que no se abandonan al vicio porque no se sacian con él y están hechas para encontrar la satisfacción sólo en la posesión, segura y honesta, de un único ser, para nada ajena al afecto: una naturaleza amorosa que, lejos de ser meramente sensual, espera y busca, frenándose sin gran esfuerzo

hasta que encuentra la encarnación del ideal físico y moral que se esconde en su mente, y con el cual se contenta quizás con más dificultad que otros hombres más fríos y refinados a los que no ciega el fuego de la pasión.



POR FIN HABÍA ENCONTRADO su ideal en la maestra Pedani, que era lombarda y había llegado hacía tres meses, a principios de diciembre, a vivir al barrio con su colega Zibelli, en el tercer piso de aquella casa, frente a la puerta del maestro Fassi, el cual la había empujado a ir allí para asegurarse mejor su preciosa cooperación en la revista *Nueva Competición*. Aquella joven de veintisiete años alta y robusta, «ancha de hombros y estrecha de cintura», modelada como una estatua, rebosante de salud y fuerza por todo su cuerpo, que podría ser bellísima de no ser por la naricilla inacabada, y la expresión del rostro y los andares demasiado viriles que adoptaba, desde su primera aparición le había hecho pensar que era la persona tanto tiempo deseada y esperada. Era el tipo de mujer que había acariciado en sus sueños ardientes de seminarista, la figura que había anhelado confusamente durante toda su fogosa juventud castigada. La primera vez que subió a su casa a pedirle el alquiler anticipado del trimestre, no fue capaz de contar los billetes de cinco que ella le había puesto en fila sobre la cómoda. Desde aquel día su pasión fue creciendo a fogonazos. Y en cuanto comprendió por su comportamiento que tenía un carácter vigoroso y tranquilo, que su rechazo hacia toda coquetería le impedía advertir la impresión que producía en los demás la presencia de su persona, que no dejaba espacio alguno a la esperanza de ligerezas ni caprichos, su pensamiento se fue derecho y decidido al matrimonio como único modo posible de apagar su deseo. Por otro lado, a pesar de su ardor, era capaz de vislumbrar las dificultades que lógicamente iba a plantear su tío en contra de un matrimonio con una maestra sin fortuna y sola. Pero la esperanza de que el *no* no fuera definitivo, se veía alimentada en parte por la idea de que parecía haber prendido en el comendador una pasión singular, la única que él le conocía: un espíritu muy activo de propaganda a favor de la gimnasia educativa, que había promocionado al máximo durante su breve estancia como asesor en la enseñanza, propaganda de la que se había desligado después, aunque guardando una viva y constante simpatía por todos los espectáculos gimnásticos de escuelas, colegios, institutos, academias y exámenes, de los que no se perdía uno, pues era invitado a todos ellos en calidad de uno de los primeros y más loables fundadores del Gimnasio de Turín. Había sido justamente esta simpatía por la gimnasia la que le había inducido a reducir en un tercio el alquiler al maestro Fassi, al que había conocido hacía muchos años en el Gimnasio, y a acordar el mismo favor con la señorita Pedani, maestra de gimnasia en varios institutos, conocida por su valía como profesora y por sus entretenidos artículos en las revistas técnicas. El secretario pensaba que ese mismo sentimiento que le había movido a bajarle el alquiler a la inquilina, haría debilitar su oposición al matrimonio. Desde este punto de vista no era, por tanto, la dificultad más grave. La peor era arriesgarse a declararle abiertamente su pasión. Algo a lo que se había opuesto tajantemente durante tres meses su invencible timidez, derivada sobre todo de la gran inferioridad que reconocía en sí mismo frente a la maestra desde el punto de vista de las cualidades externas de la persona. Desde hacía tres meses, conocedor al dedillo del horario de todas sus clases, se las ingeniaba todos

los días, y más de una vez al día, para salir o entrar en casa justo en aquellos momentos para encontrársela por las escaleras y abrirle su corazón. Se la había encontrado cientos de veces pero lo único que conseguía hacer salir de su boca eran las típicas palabras banales y sosas. Y no le servía de nada prepararse antes la frase, atizarse precipitadamente dos copas de Caluso, o buscar el coraje en el sentimiento de honestidad de sus fines: cuando se encontraba frente a aquella muchacha, alta y fuerte, daba igual que estuviera en el escalón de arriba o en el de abajo, siempre se veía dominado como por una figura colosal. Entonces toda su ficticia osadía se derrumbaba, sin que la mayoría de las veces se atreviese ni siquiera a apartar la vista del contorno de su bella cintura o de sus estupendos hombros para levantarla hasta su rostro. Quizás ni siquiera había sido capaz de hacerle adivinar su pasión, en vista de la tranquilidad y la desenvoltura jovial con la que ella siempre lo saludaba y le hablaba. Y así vivía rumiando su amor, añadiendo día tras día una nueva imagen excitante a la interminable colección de posturas, tonos de voz, movimientos y serpenteos de su cuerpo que llevaba grabados a fuego en su cabeza y repasaba constantemente, meditando sobre cada uno de ellos y saboreándolos con una voluptuosidad y un tormento que iban en aumento y no le daban tregua. Finalmente no pudo soportarlo más y escribió la carta.

LA CASA SE PRESTABA A LOS ENREDOS y secretos de una pasión amorosa. Era una de las casas más viejas de Turín, al parecer un antiguo convento sin buhardillas ni terrazas al patio, que tenía únicamente dos escaleras mal iluminadas. A lo largo de cada una de ellas se distribuían sólo seis viviendas, la mayoría muy pequeñas y todas ellas habitadas por gente tranquila. En la escalera del dueño de la casa, en el primer piso, vivía la familia del ingeniero Ginoni, con la que la Pedani tenía relación porque había sido maestra en la escuela primaria de una de las hijas que por aquel entonces era alumna de la escuela Margherita. Habitaban en el mismo piso dos acomodadas ancianas que eran hermanas, fieles a la iglesia de los pies a la cabeza y que, siendo decentes, como es debido, no levantaban nunca los ojos ante el rostro de un hombre; además tenían muy buen fondo. Al principio saludaban amablemente a la Pedani, pero dejaron de hacerlo cuando se enteraron, a través del servicio, de que estaba asistiendo a un curso de anatomía y fisiología aplicadas a la gimnasia impartido por el doctor Gamba. En el segundo piso, frente al comendador, vivía un viejo profesor de letras, un tal caballero Padalocchi, viudo y jubilado, pésimo lingüista, decían, pero muy educado. De vez en cuando acompañaba a la Pedani subiendo las escaleras y hablándole de sus achaques. El tercer piso poseía un aire escolar y gimnástico y, por la vida que allí se llevaba, los dos apartamentos eran sin duda los más peculiares de la casa: sobre todo el de las maestras debido a las grandes diferencias que había entre ellas, de carácter y de vida. Parecía extraño que hubiesen decidido irse a vivir juntas. La Zibelli tenía treinta y seis años y físicamente era opuesta a su amiga. También era alta, pero delgada y estrecha de hombros, mona de cara, aunque ya estaba ajada, y su rostro resultaba demasiado pequeño. Lo mejor que tenía era la silueta, que parecía de un cuerpo bien hecho gracias al gusto con el que se vestía, y por la forma de echar los pies se entendía que sus rodillas eran amigas demasiado íntimas. Debía de haber sido una jovencita bastante simpática. Sus cabellos castaños fueron en tiempos bellísimos y se vanagloriaba de haber enamorado, en la escuela Domenico Berti, a un joven profesor de física que enrojecía al interrogarla. Pero era una vieja gloria y los cabellos ya le habían clareado. Las amarguras de un estilo de vida propio de una juventud que se prolongaba demasiado, para la que no había nacido, le habían provocado dos duras arrugas en las comisuras de la boca y enturbiado sus ojos que dejaban vislumbrar un alma descontenta. A pesar de todo conservaba un buen fondo, pero su humor irritable y cambiante lo estropeaba. Trabajó amistad con la Pedani cuando ésta entró en su sección municipal, dejándose llevar inmediatamente por una simpatía de hermana mayor hacia aquella bella criatura que mostraba una actitud indiferente hacia su aspecto, hacia las tareas domésticas y con la que compartía el entusiasmo por la gimnasia. Y había estrechado aún más los lazos con ella en el intento de sofocar con el afecto el principio de celos y envidia que sentía a causa de su exuberante belleza. Por eso incluso le propuso formar un hogar entre ambas, y desde hacía dos años vivían juntas. Pero en cuanto creció la confianza, se alteró la buena armonía. La primera discordia había surgido el

año anterior en el gran congreso gimnástico de Turín, en el cual, al determinarse la división de las escuelas seguidoras de Baumann y de Obermann, la Pedani se había inclinado decididamente por la segunda, que era más atrevida, mientras que la otra se había mostrado más proclive, acorde a su índole más femenina, por la primera. Después surgieron discrepancias por causas más graves. La Zibelli se enamoraba a cada momento, teniendo una increíble facilidad para creerse que la cortejaban; de hecho bastaba una mirada, una frase amable o equívoca, o el más insignificante acto de cortesía de un maestro, un superior, o un pariente de una alumna suya. Y siempre, en aquellos accesos repentinos de fantasía, encontraba o le parecía ver entrometerse entre ella y el supuesto amante a su bella amiga, que hacía desviar la atención atrayéndola hacia sí, quizás de forma involuntaria, pero provocándole precisamente por eso mayor despecho. Entonces venían malos tiempos durante los cuales no la podía sufrir, y emprendía disputas interminables por una luz fuera de su sitio, porque se levantaba demasiado temprano, porque se hacía esperar en la mesa y por los más absurdos pretextos. Y aún le irritaba más que su rabia no encontrara presa en aquella mente sana en cuerpo sano, en la que la vida discurría animada y cálida, y en la que el ajetreo continuo y alegre parecía sofocar cualquier posibilidad de sensibilización hacia los pequeños desacuerdos de la vida doméstica. Cuando la Zibelli se encaprichaba con otro, y mientras la ilusión duraba, regresaba la amistad de los primeros días, volviéndose a mostrar expresiva y protectora hacia ella. Le ayudaba a vestirse, se divertía con su desorden y casi disfrutaba de la admiración con que veía que la miraban. Sin embargo, conforme —según ella— las desilusiones por su causa se sucedían, las manifestaciones de acritud se iban haciendo más fuertes y duraban más tiempo. Entonces, cuando se encontraba en uno de aquellos períodos, no la acompañaba al colegio, la criticaba ante los vecinos, pasaba jornadas enteras sin abrir la boca o la contradecía obstinadamente de la mañana a la noche. Pero nunca conseguía exasperarla. En las discusiones, su amiga le daba la razón cuando la tenía y razonaba con calma en el caso contrario, prestando importancia únicamente al fondo del asunto y, cuando la Zibelli estaba contrariada, se contentaba dirigiéndole una mirada curiosa de vez en cuando, para luego seguir haciendo sus cosas con naturalidad, con una amistad viril inmutable que no cedía a blandenguerías ni caprichos; no daba mucho, pero pedía poco. El último altercado había surgido a causa del maestro Fassi, que inspiraba en la Zibelli una profunda simpatía, y cuyas continuas charlas con la Pedani sobre gimnasia la disgustaban amargamente. Habría sido capaz de cumplir su propósito, tantas veces repetido, de dejarla plantada en casa si la fuerza de la costumbre, un resto de bondad y el hecho de no tener un pretexto confesable no la hubiesen detenido. Pero lo que más había servido para detenerla era el convencimiento de que el secretario se había enamorado de ella. Y no sólo había decidido quedarse sino que había vuelto a dejarse llevar por la debilidad hacia su amiga.



PERO LA PEDANI NI SIQUIERA se había dado cuenta de ello. Se alimentaba de un solo pensamiento: la gimnasia; no por ambición o diversión, sino por un convencimiento profundo de que la gimnasia educativa, difundida y practicada como ella y otros entendían, era la única vía para regenerar el mundo. Su carácter masculino le había llevado siempre a preferir aquella asignatura, porque era tan reacia a la blandenguería y al empalago en la educación, que en las composiciones de las alumnas tachaba inexorablemente toda expresión de afecto, y ni siquiera toleraba los nombres de pila más usuales consagrados en el santoral. Con el nuevo impulso que el ministro De Sanctis había dado a la gimnasia y la fuerte propaganda de Baumann, lo suyo se había convertido en una verdadera pasión, que le había procurado una cierta notoriedad en el ambiente académico de Turín. Además de enseñar gimnasia en la sección femenina de Monviso, donde era también maestra ordinaria, enseñaba en la escuela Margherita, en el Instituto de las Hijas de los Militares, en el Instituto del Socorro y a las hijas de los socios del Gimnasio, imprimiendo por doquier a sus clases el empuje vigoroso de su entusiasmo. Verdaderamente parecía que había nacido consagrada a aquel único objetivo. No sólo conseguía ejecutar por placer los ejercicios más difíciles y viriles en la barra fija y las paralelas, sino que también había logrado con el esfuerzo del estudio ser una insuperable maestra teórica. Era la admiración de todos los inspectores por la peculiar rapidez con que variaba los ejercicios, cuyas innumerables tablas sacaba cavilando de su cabeza, por sus singulares y enérgicas dotes de mando que eran obedecidas por sus alumnas con movimientos rápidos, fáciles y simultáneos, por la agudeza de su mirada, a la que no escapaba la más insignificante incorrección en la postura o el movimiento, incluso en las filas donde las alumnas eran más numerosas. Impartía por entonces un curso de anatomía en el Gimnasio, pero ya había dado otro hacía dos años con gran diligencia, ayudándose de muchas lecturas. De manera que podía programar sus enseñanzas basándose en un conocimiento nada mediocre del organismo humano y de la higiene. A primera vista, era capaz de distinguir si una chica tenía actitud o no para la gimnasia; examinaba los cuerpos mal formados, buscaba los hombros asimétricos, los torsos encorvados, los abdómenes laxos, las rodillas torcidas, y estudiaba cómo corregir cada defecto con una serie concreta de ejercicios. A esto se dedicaba con celo materno: se esforzaba por convencer a las madres de la eficacia de su método cuando éstas se mostraban reacias; libraba una batalla implacable contra los torsos demasiado estrechos y los vestidos demasiado apretados; llevaba un cuadro con la estatura y el peso de algunas alumnas para comprobar los efectos de su cura. Se había comprado, costeando ella los gastos, un dinamómetro para medir su fuerza e iba haciendo pequeños ahorros con la intención de adquirir un aparato para medir la capacidad pulmonar. Le habría gustado que se hubiesen inventado artilugios para medir la belleza del porte, la destreza, la facultad de equilibrio; para todo. Además de sus clases, se ocupaba de problemas técnicos puntuales, seguía los distintos congresos regionales de maestros de gimnasia controlando los debates, leía cuantas obras

extranjeras traducidas sobre el tema caían en sus manos, y no se perdía un solo número de las diez revistas de gimnasia italianas existentes, en muchas de las cuales colaboraba. Uno de sus artículos sobre la utilidad práctica del salto, escrito con gracia y con garra, había despertado la admiración del maestro Fassi, abriendo paso a una amistad que, a decir verdad, era un poco interesada por parte del maestro ya que, aunque tenía la cabeza llena de ideas y conocimientos sobre la materia, carecía totalmente de estilo, como el *Maréchal* de Emilio Augier, y en parte también de gramática. La Pedani contribuía admirablemente a paliar su deficiencia convirtiendo sus apuntes en artículos, en los cuales él ponía su firma con mano desenvuelta. Pero a la Pedani, que no escribía en busca de la gloria, no le preocupaba. Dedicada como estaba en cuerpo y alma a sus clases, que le hacían dar vueltas a diario por todos los rincones de Turín, a estudiar sobre el pupitre cuando no daba vueltas, a realizar experimentos gimnásticos en solitario cuando no estaba encima de los libros, ejercía infatigablemente su apostolado en aras de la regeneración física de la raza, sin percatarse de las miles de miradas que a su alrededor envolvían su bellísimo cuerpo ni de las envidias y celos que suscitaba. Tan es así, que quienes la conocían de cerca la consideraban una mujer de naturaleza misteriosa, reacia al amor y casi carente de instinto sexual, y el ingeniero Ginoni, al que le gustaba bromear con ella, la llamaba «la vulneradora invulnerable». Ella parecía corroborar esta idea con la poca o carente atención que prestaba a su vestimenta, aunque cuidaba la limpieza de forma irreprochable. Salía un día con el sombrero torcido, otro con el abrigo desabrochado y las zapatillas de casa, caminaba con pasos demasiado largos, se le escapaban tonos de voz masculina que hacían volverse asombrada a la gente, y pronunciaba una erre cuadruplicada como la que produce el chirrido de una matraca. Pero no había nada que hacer. Todos estos defectos y su naricilla imperfecta se diluían en la belleza poderosa y triunfal de aquel cuerpo joven de guerrera.



TENÍAN, ELLA Y LA ZIBELLI, una chica de servicio a medias y una habitación que servía de sala común. En una zona del salón estaba la habitación de la Pedani, y en la otra la de su amiga; eran muy diferentes entre sí, como los talentos de sus ocupantes. La Zibelli la mantenía escrupulosamente ordenada y la había decorado con pasteles pintados por ella en otros tiempos, y con una profusión de pañitos de ganchillo y calados, flores artificiales de papel y cuero, pantallas, fruslerías y adornos de los que también era ella la autora. Entre todo aquello surgían varias estanterías cubiertas de paños bordados, en las cuales, mezcladas con los libros escolares, tenía muchas novelas francesas, ya que según el humor que tocase en el momento, se encerraba a cal y canto en la escuela refugiándose en la pedagogía como en un claustro intelectual para olvidar el mundo y sus tentaciones, o devoraba con avidez las lecturas de ficción. En la habitación de la Pedani, por el contrario, se respiraba siempre el barullo de un almacén de trapero: vestidos desperdigados por todas partes, camisolas de gimnasia de rayas oscuras colgadas de unos clavos, en una esquina un bastón Jäger, dos pares de mancuernas bajo la cama, unas zapatillas de gimnasia al pie del armario y, esparcidos por todas partes, números de las revistas *Nueva Competición*, *Campo de Marte*, *Gimnasio de Padua*, *Gymnaste Belge* y de otras del mismo género. En la cabecera de la cama, junto a un calendario escolar roto, colgaba de la pared, dentro de un marco dorado, dos versos manuscritos que le habían regalado sus alumnas de Parini:

¿De qué no es capaz un alma atrevida si en fuertes miembros cobra vida?



La librería era una montaña de volúmenes descosidos sobre una mesa cubierta por una revista, una colección dedicada a la gimnasia de prontuarios, manuales, atlas, literatura melogimnástica, opúsculos sobre higiene, natación y velocipedismo, y de

publicaciones del Club alpino, porque su pasión por la gimnasia abarcaba todas las disciplinas dedicadas al físico del género humano. Pero lo que confería a su habitación un aspecto curiosísimo era el gran número de retratos que contenía, la mayoría recortados de revistas ilustradas, pegados por las paredes, como si fuera una tienda de estampas. Además de Baumann, que destacaba entre los demás, había gimnastas italianos beneméritos: el Gallo de Venecia, el Pizzarri de Chioggia, y el Ravano de Génova. Encima de ellos, Ravestein y Nestore, gimnastas alemanes; Firmino Lampière, el *hombre vapor*; una fotografía de Bargossi; un retrato holográfico de Ida Lewis, condecorada con la medalla de oro del Congreso de Estados Unidos por haber salvado a unos náufragos; los había por docenas. Este extraño bazar le servía de dormitorio y de escritorio, y hasta incluso de gimnasio y de escuela, ya que aquí hacía todos los días sus ejercicios en cuanto se levantaba y daba sus clases particulares. Y era también un segundo salón para las dos porque, cuando se llevaban bien, la Zibelli aparecía constantemente, atraída por la peculiaridad de aquel desorden, para charlar un poco con su amiga.

ESTABAN ALLÍ LAS DOS, a las siete de la tarde después de cenar, sentadas alrededor de una pequeña mesa iluminada por una lámpara de petróleo, y mientras la Pedani hojeaba bajo la mirada de su amiga, que le había echado un brazo alrededor del cuello, la *Gimnasia de los aros* del doctor Orsolato, llegó la portera a traer la carta del secretario.

La Pedani la hizo entrar a su habitación para repetirle una vez más lo que llevaba diciéndole desde hacía un mes, que no torturase más a su hija. Tenía una niña pequeña con tendencia a encorvarse —decía ella— y se había dejado convencer por un ortopeda del barrio que le había puesto un corsé de ballenas metálicas que, al apretarle demasiado el costado, la hacía sufrir y gritar como una endemoniada. La Pedani quería que la madre tirase aquel artefacto que podía ocasionarle una consunción pulmonar, y que pusiera a la niña en sus manos para hacer una cura gimnástica. Pero ésta no creía en la gimnasia. Y una vez más le dio la misma respuesta:

—¡Ah! ¡Lo que le hace falta nada tiene que ver con su gimnasia, señora maestra!

—Me da usted pena —le respondió la Pedani.

Después, una vez que la portera se hubo marchado, miró la dirección escrita sobre la carta cuyos caracteres no reconocía. La Zibelli se levantó como para salir, pero su paso vacilante daba a entender que tenía tan pocas ganas de marcharse que la Pedani le dijo que se quedara; total, no tenía secretos ni con ella ni con nadie.

Una vez abierto el sobre, miró la firma, y empezó a leer sin dar ninguna muestra de asombro. Sólo sonrió cuando hubo terminado, meneando la cabeza con los ojos fijos en el papel, como si por primera vez su mente fuese capaz de ver con claridad toda una retahíla de indicios que deberían haberle permitido suponer lo que estaba pasando.

La Zibelli, picada por la curiosidad, pero frenada por aquel silencio, no se atrevió a hacer preguntas. Sin embargo siguió con la mirada todos sus movimientos. La otra se levantó, tiró con descuido la carta en el cajón de la mesita de los libros, se acercó al armario y cogió su sombrero. La Zibelli se acordó de que su amiga tenía que ir al Club alpino a escuchar una conferencia de la condesa Palazzi-Lavaggi sobre las escaladas alpinas de las mujeres. De pronto se le ocurrió una idea, pero para evadir sospechas dijo sonriendo: ¡Así que vas de misteriosa!

—No es un misterio —respondió la Pedani con indiferencia—, te lo contaré después. —Y se puso el sombrero descuidadamente.

La Zibelli la acompañó bromeando hasta la puerta, fue a comprobar que la chica de servicio estaba en la cocina, volvió a entrar apresuradamente en la habitación de la amiga, pilló la carta que estaba en el cajón, y al mirar la firma empalideció. Después leyó la carta entera y se cogió tal enfado que empezó a mirar a su alrededor poseída por la tentación de romper y pisotear todo lo que encontraba a su paso. ¡También le quitaba a éste! ¡Qué criatura tan nefasta! La habría acribillado a alfileretazos en aquel momento. Y lo que más rabia le daba era que, aunque en la carta no se hacía ninguna

mención al matrimonio, se sobrentendía por la seriedad casi cómica que había imprimido a cada frase que no era una declaración de amor hecha a la ligera que tuviera por objetivo una simple galantería, sino una carta rumiada y pensada, el desahogo de una pasión antigua, que encerraba un propósito serio. ¡Cómo se había podido hacer ilusiones de aquella manera, y sirviendo encima de comodín a los dos! Arrojó el folio en el cajón, dio dos o tres vueltas por la habitación, como si aquel aire la sofocase y, sintiendo la necesidad inmediata de una venganza, se arregló el pelo con un golpe precipitado de peine, salió de casa, atravesó el rellano y llamó a la puerta del maestro Fassi componiendo como pudo una cara sonriente.

LE ABRIÓ LA SEÑORA FASSI con un gesto hosco que había preparado para recibir a la Pedani. Pero al verla se serenó y le hizo pasar a una pequeña habitación de paredes blancas y desnudas, donde cuatro muchachotes armaban un ruido infernal alrededor de la mesa a medio poner. La Zibelli estaba segura de que podía encontrar en la señora Fassi una aliada segura contra la Pedani, cuya familiaridad con el marido le incomodaba más de lo que decía. Era una mujer de unos cuarenta años, con un pecho enorme que le entorpecía los brazos y unos labios que se desdibujaban en su gran boca. En casa iba siempre vestida como una carbonera. Tardaba tres cuartos de hora en subir y bajar las escaleras, parándose a hablar con voz lamentosa con todo aquel que se encontraba por el camino, y especialmente con el secretario al que ponía directamente al corriente de los cotilleos de la comunidad. Vigilaba celosamente los espléndidos treinta y ocho años de su marido, y parecía tener un concepto maravilloso de aquella ruda belleza de caporal que sólo se basaba en la arrogancia de sus posturas y en los dos bigotes espesos que recorrían su cara de la boca a las orejas. Pero también le temía, y por eso no osaba desairar abiertamente a su rival.

La Zibelli dijo que había ido para distraerse un poco, fingió estar alegre, acarició a los niños y esperó el momento oportuno dando vueltas por la habitación. Le pareció que el momento se presentaba cuando la señora Fassi le preguntó si aquella tarde estaba sola en casa.

—Sola —respondió—. María ha salido. Porque... ahora no se ocupa de mí. Hay otras cosas muy distintas... con las que se entretiene...

Al ver la curiosidad de la Fassi no se pudo contener y, con un tono de broma forzado y sin hablar de la carta, le insinuó el amor del secretario.

La otra se quedó boquiabierta: la cosa le parecía increíble. Después dijo:

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé —respondió la maestra.

—Pero... ¿para casarse con ella?

—Ella —respondió la Zibelli— por ahora se hace la indiferente. Pero le dará el sí diez veces seguidas, uno detrás de otro.

—¡Bueno! —exclamó la señora tras un momento de reflexión—. El señor Celzani se lo pensará antes un par de veces.

—¡Pero qué quiere que piense don Celzani! —rebatió la Zibelli. Y segura de que sembraba en buen terreno, haciéndose la distraída dejó caer algunas cosas que la otra recogió y registró en lo más profundo de la memoria.



—Don Celzani es un ingenuo. Para él lo mismo da una chica de treinta años que una de quince. Como no conoce el mundo, cree que los demás tampoco. Apuesto a que ni siquiera sabe que antes de venir a Turín, María fue maestra en media docena de ayuntamientos —y se echó a reír—. Ya se sabe de qué van las aventuras de las maestras en los pueblos. Circula por ahí hasta la historia de una compañía de soldados de infantería, nada menos... ¡Hay tipos originales en este mundo!

Empujada por la rabia, estaba a punto de decir cosas peores cuando de pronto se oyó un fuerte campanillazo. Los chicos enmudecieron de golpe, la señora corrió a abrir y entró el maestro Fassi, muy excitado, con la *Gazzetta di Torino* en la mano. Llegaba de Chieri, donde iba dos veces a la semana a dar clase de gimnasia en el liceo y en la escuela técnica.

Saludó de soslayo a la Zibelli y se volvió hacia su mujer mostrando el periódico que agarraba con fuerza en el puño cerrado y dijo:

—¿Quieres saber la última? El burro de un maestro de baile ha saltado al ruedo con un artículo en la *Gazzetta di Torino* y está ofendido conmigo porque en el *Competición* de la semana pasada he dicho que el baile es una rama de la gimnasia. ¡Desde luego hace falta...! Le he hecho un honor que no se merece al arte de las piruetas. ¡Te voy a ajustar las cuentas yo en otro artículo, y de qué manera, por esa jugadita presuntuosa!

Siguió vociferando y blandiendo el artículo mientras realizaba ejercicios con la cinta por la habitación.

—Ya va siendo hora de decir las cosas claras a esta pandilla de ignorantes. No distinguen entre un maestro de gimnasia y un acróbata de circo. ¡El maestro de gimnasia es un hombre de ciencia, señores! Tiene que conocer la gimnasia teórica, la anatomía aplicada, la pedagogía, la higiene, la historia de la gimnasia, la construcción de los aparatos y los gimnasios, y la tecnología. ¡Y ha de ser un artista! ¡Qué pedazo de burros! ¿No ven que hace falta una vida entera para aprender y tener presentes en la mente todos los ejercicios..., que sólo sobre la instalación de los aparatos se podrían escribir cien volúmenes?... ¡Y luego, ponte a pensar sobre lo que tiene que recurrir un maestro de gimnasia!

Sacó del bolsillo un folio en el que un profesor de matemáticas de Chieri había calculado mediante fórmulas algebraicas el número de cambios de posición en el ejercicio de las varillas.

Éste era su delirio, hacer la gimnasia lo más compleja y difícil posible, no sólo ante los demás, sino también para sí mismo. Su ideal no era, como en el caso de la Pedani, el bien de la humanidad; adoraba esta *ciencia* por las satisfacciones que en ella encontraba y allí depositaba la esperanza de su orgullo. Además de en Chieri, enseñaba en el liceo y en la escuela técnica de Carmagnola, en un gimnasio y en un liceo de Turín, en los Artigianelli y en la Sociedad de gimnasia, y en todos ellos se empeñaba en inculcar su idea. La primera nación del mundo, había dicho un gran hombre, será la que tenga más salud, es decir, la que haga más gimnasia. Hacia esta ciencia, por tanto —añadía él—, debían converger todos los esfuerzos de los grandes genios, de los gobiernos, de toda la sociedad; había que colocarla por encima de las demás ciencias, y los maestros de gimnasia debían constituir la clase aristocrática de la nación. Y, al mismo tiempo, buscaba la celebridad por todas las vías posibles, escondiendo múltiples y variadas ambiciones, destacando la de inventar un aparato al que dar su propio nombre.

Volvió a la carga con el bailarín, reprochándole haber profanado el nombre de la gimnasia a costa del baile, como lo profanaban las compañías de acróbatas que se apropiaban del adjetivo. La emprendió contra el gobierno que, no obstante las instancias del segundo congreso de la federación, se obstinaba en no querer prohibir que los saltimbanquis vituperasen la ciencia. Todo tenía remedio adoptando, como él había propuesto, la denominación más noble y más lógica de «educación física». Después preguntó bruscamente, al estilo Baumann: ¿alguna novedad?

La mujer le cantó la novedad: don Celzani quería casarse con la maestra Pedani. No vislumbró al decirlo la expresión de celos que se esperaba en el rostro de su marido. De hecho, él lo único que sentía por la Pedani era la admiración de un mecánico por un buen coche, y el único pensamiento que albergaba era el de servirse de ella para sus ambiciosos fines. Le contrarió, no obstante, aquella noticia al suponer que una vez casada se le iba a escapar de las manos, privándole de la posibilidad de

adueñarse de su estilo. Pero no expresó este pensamiento.

—¡Una locura! —dijo sin embargo—. Una verdadera maestra de gimnasia no debe casarse, ha de ser siempre un soldado libre en cuerpo y alma. La maestra Pedani debe consagrarse por entero a su misión. Y su misión no es tener hijos, sino enderezar los de los demás. No hará esa majadería. Yo la convenceré.

Después preguntó a bote pronto:

—¿Pero cómo ese meapilas ha tenido valor para enamorarse de una chica tan guapa?

La señora Fassi se atrevió a hacer alguna observación sobre la belleza. Le parecía, por ejemplo, que don Celzani tenía un aire más distinguido que ella. Y además la Pedani era una chica sin sentimientos, se veía. También la Zibelli apostilló: llevaba una vida interesante y eso era todo; porque por lo demás, sus facciones no eran finas al tener la cara demasiado ancha, carecía de gracia, en casa chocaba contra todo y su paso era el de una elefanta.

El maestro se encogió de hombros.

—Esto no tiene nada que ver —dijo—, la Pedani no es para él, no se hizo la miel para la boca del asno. Teniendo en cuenta que él es un borrico y ella una chica de talento.

—¡Talento! —exclamó la mujer volviéndose hacia la Zibelli—. Mi marido le corrige los artículos.

La Zibelli, que sabía la verdad sobre este asunto, fingió que lo creía sonriendo. Y dijo con gravedad:

—No tiene sintaxis. Escribe entrecortadamente.

—Eso es verdad —observó el maestro—. En cuanto a experimentos periodísticos se refiere, sería mejor que se contentase con un papel más modesto que no estuviese tan a la vista. Hay cuestiones en el campo de la gimnasia que una mujer no puede y no debe afrontar. Pero ya veréis cómo al final don Celzani no se casará con ella. Ya le meteré yo una mosca detrás de una oreja, que sé cómo hacerles agachar la cabeza a estos meapilas.

Lo interrumpió la campanilla de la puerta. Era la Pedani que regresaba del Club alpino y venía a buscar a su amiga. Entró en la habitación y no se quiso sentar. El viento cortante había teñido su rostro de rosa; jadeaba un poco, dilatando la nariz e hinchando su ancho torso. Su figura negra se recortaba contra la pared blanca, dibujando unos contornos tan atrevidos y vigorosos que la señora Fassi tuvo que dirigir la palabra a los chicos para romper el silencio de admiración que aquella visita había provocado.

—Venía a buscarte —le dijo a la Zibelli, metiendo cuatro erres en la última palabra. Cualquiera que la viera creería que, más que una amiga, era su marido.

La Zibelli se movió y, después de cruzar algunas palabras más con los dueños de la casa, salieron las dos, la Pedani detrás, llenando por un instante con sus bellos hombros todo el hueco entreabierto de la puerta.

—En definitiva —dijo el maestro mirando una vez más la puerta después de que se hubo marchado—, no se puede decir que don Celzani tenga los ojos en el trasero.

Y su mujer añadió con una sonrisa astuta:

—Todavía no se ha casado con ella.

EL SECRETARIO ESTUVO un día entero y la mañana del siguiente apesadumbrado, dudando entre si debía esperar una respuesta por escrito, o tener coraje y pedírsela de viva voz. Acabó decidiéndose por tener coraje y a las dos menos cuarto, hora a la que sabía que los domingos la maestra salía sola para ir al gimnasio, se plantó al acecho detrás de la puerta de su casa, espiando por el agujero de la cerradura para ver cuándo aparecía ella en el rellano de la escalera. Viéndolo en aquella tesitura, jadeando agitado, parecía un hombre apostado para cometer un asesinato. De pronto un ruido sobresaltó su cuerpo. Asomó la cabeza, pero la volvió a esconder inmediatamente: era el viejo profesor Padalocchi envuelto en su gran abrigo peludo, que salía encorvado tosiendo para darse su acostumbrado y saludable paseo. Un instante después escuchó el paso de la Pedani. ¡Alabado sea Dios! Una ocasión perdida. La maestra, una vez que alcanzó al viejo en el rellano, que le hizo un gran ademán de saludo, se detuvo y pegó la hebra con él. Cada palabra de su conversación caía como una losa sobre el corazón del pobre enamorado. El señor Padalocchi se lamentaba de un nuevo achaque: padecía insuficiencia respiratoria.



—¿Por qué no practica un poco de gimnasia pulmonar? —le preguntó la Pedani. Él sonrió y ella insistió.

—Se lo digo en serio. No hay nada mejor para dilatar el pecho. Pruebe a hacer todos los días, nada más levantarse, inspiraciones y expiraciones largas y repetidas... de esta manera.

Y se puso a hacerlas. Al secretario se le subió la sangre a la cabeza.

—Haga diez o veinte al principio —continuó la maestra— y añada cada día, si puede, diez más. Le aseguro que pasadas dos semanas se sentirá mucho mejor. Es un ejercicio cuyo efecto no falla. Yo hago todos los días ciento treinta.

El profesor pareció convencido y le dio las gracias.

—Haga la prueba —repitió la Pedani— y ya me contará. Y después... le prestaré un libro donde puede encontrar todas las pautas. Hasta pronto.

Dicho esto, apretó el paso. El secretario guardaba la esperanza de poder captar algún destello de su ánimo dependiendo de la forma en que ella mirase la puerta de su casa al pasar por delante. Pero pasó sin mirar y eso lo dejó abatido. No obstante, todavía estaba a tiempo de alcanzarla en el portón, aunque sólo fuera para interrogarla con los ojos. Pero en el momento de lanzarse, oyó cómo le llamaba una voz por encima de él:

—¡Hombre, mi buen secretario!

—¡Alabado sea Dios!

Era el ingeniero Ginoni que venía, como todos los años, a rogarle al casero, su viejo amigo, que bajase aquella tarde y se uniese al pequeño encuentro familiar que solía celebrar el día del cumpleaños de sus gemelos. También el segundo intento había fallado. Sólo le quedaba esperar la sentencia de correos.

HABÍA POCA GENTE AQUELLA TARDE en casa de los Ginoni. El profesor Padalocchi no había podido ir, la Zibelli no había querido y el casero no aparecía. En el comedor, alrededor de una gran mesa ovalada cubierta de fruteros llenos de dulces y botellas de vinos sardos y sicilianos sólo estaba la familia, la maestra Pedani y tres amigas pequeñas de la hija con su abuela que vivían en la otra escalera. La presencia mayoritaria de la juventud le daba a la reunión gracia y alegría, formando una buena corona de cabezas rubias bajo el calor de la luz de una rica lámpara de gas, que teñía de dorado toda la habitación. La niña, de la que la Pedani era todavía maestra de gimnasia en la escuela Margherita, tenía trece años, y era el vivo retrato de su hermano más pequeño, su gemelo, alumno de tercero. El hijo mayor, Alfredo, de veintiún años, estudiante de matemáticas en la Universidad e ilustre velocipedista, rubio y atrevido, con un buen par de ojos maliciosos, se desenvolvía como un hombre de mundo. Se sentó tan cerca de la maestra que ésta tuvo que echarse un poco hacia atrás para no rozarle con el hombro y la cadera. Él era el ídolo de su madre, que aún no tenía cuarenta años: un fideo elegante e indolente, con una gran nariz aristocrática. Ella se mostraba benévola cuando no le herían en el amor ciego que sentía por aquel hijo. El más simpático de la familia era el ingeniero, hombre apuesto de unos cincuenta años, entrecano, sonriente, gran trabajador y conversador, muy jovial, amante del buen diente, pero no del humo. Marido y mujer profesaban una simpatía cordial por la Pedani, en parte por la originalidad respetable de su carácter, pero sobre todo porque su hija la adoraba. Lo único que les distanciaba de ella era la aversión que declaraban a la gimnasia, que había nacido hacía unos años cuando un sobrino de ellos, alumno de un internado de Milán, se rompió un brazo cayendo desde lo alto de las pértigas.



—Amigos —le solía decir el señor Ginoni cuando se topaba con ella por las escaleras—, pero sólo hasta el umbral del gimnasio.

O bien:

—¡Abajo la gimnasia! —y cada vez que se encontraban la pinchaba con gracia tocando el tema.

También aquella tarde la conversación se centró ahí. Entre otras cosas, para criticar el nuevo método de enseñanza, el ingeniero contó que había visto el año anterior ejecutar unos pasos rítmicos a las hijas de los militares del instituto de San Domenico, al que había ido para visitar los locales. Sí, el espectáculo le había gustado. Aquellas ciento cincuenta chicas mayores, con sus vestidos negros y azules tan bonitos y delantales blancos, colocadas en formación en un gran patio, se movían todas al unísono al compás de la maestra, ejecutando con gracia movimientos de contradanza y emitiendo un murmullo acompasado que parecía una música de susurros; aquellos brazos contorneados y manos pequeñas revoloteando por el aire,

aquellas trenzas gordas que retozaban sobre las nuca rosáceas y los torsos delgados, aquellos trescientos pies finos en forma de arco y la gracia indescriptible de sus movimientos, a caballo entre el baile y el salto, con aquellas vestimentas largas que le daban el aire de un ballet pudibundo, era un espectáculo nuevo y seductor, sin duda alguna. ¡Pero Dios mío! ¡Cuántas palabras profería aquella maestra para conseguir que se moviesen! Peroraba más de lo que ellas se movían: eran órdenes interminables de general de brigada, una verdadera complicación de coreografía. Y luego, un movimiento contenido y medido al centímetro, insuficiente para aquellos cuerpos maduros y llenos de vida, una tabla de ejercicios acompasados, conseguidos a base de bolígrafo, para servir de espectáculo a comisiones e invitados. Él había sentido ganas de trincar la representación a la mitad, dando rienda suelta a todas ellas en un prado florido, como una manada de potrancas.

Pero la Pedani estaba de acuerdo con él en eso. Ella era seguidora de Baumann, precisamente porque éste le hacía la guerra a la gimnasia coreográfica y quería para las chicas una escuela más viril.

—Entonces —dijo el ingeniero—, para hacerle rabiar, le criticaré a Baumann.

—Y yo lo defenderé —respondió la maestra—. Inténtelo.

—No —dijo él sonriendo—, no lo haré, no tengo un conocimiento lo suficientemente enciclopédico, porque ahora la gimnasia abarca todas las ciencias. —Y citó a un conferenciante de la Filotécnica que, unos días atrás, obligado a abordar el tema de la gimnasia, había hecho antes un recorrido exhaustivo a través de la filosofía, la etnología, la antropología, poniendo patas arriba todo el conocimiento humano para luego acabar en las mancuernas.

—La gimnasia —respondió tranquilamente la Pedani— guarda relación con todas las ciencias.

—¿Cómo no? —rebatía el ingeniero—. Es más, es la llave de todas ellas. Ahora dicen que un chico que encuentra dificultad para resolver un problema sólo tiene que hacer un cuarto de hora de ejercicio en las paralelas, luego se vuelve a sentar en el pupitre, y asunto arreglado.

—Si el señor ingeniero está de broma —dijo la Pedani levantando los hombros—, yo no discuto más.

—No estoy de broma —respondió Ginoni sin dejar el tono jocoso—. ¿No se ha dicho también que la gimnasia le pondrá una zancadilla a la medicina? Me parece que es el maestro Fassi el que ha escrito que hay ejercicios que equivalen a una receta médica. ¡Buen tipo el maestro Fassi! Creo que también él observa transformaciones maravillosas en la musculatura de sus alumnos de lunes por la mañana a sábado por la tarde. Por ejemplo, su sociedad ideal es originalísima: la gente saltando por las calles potros y paralelas en todas las plazas, el pugilato obligatorio en todas las oficinas, ejercicios para las articulaciones superiores en los salones...

—No siga, ingeniero —dijo la Pedani—, porque me apena de verdad escuchar cómo un hombre como usted ridiculiza una cosa tan seria. ¡Cómo se puede bromear

con la gimnasia: de trescientos mil inscritos en la mili, ochenta mil se libran por incapacidad física! ¡Mientras los gimnasios están llenos de jovencitos pálidos, que tienen el pecho y los brazos de un niño, y de cada diez chicas de la flor y nata de la sociedad no hay dos que no tengan algún defecto de constitución...! Es una broma un poco triste.

—Pido disculpas —respondió el ingeniero—. Yo no me meto con la gimnasia... gimnasia. Sólo estoy en contra de esta nueva gimnasia científica-literaria-apostólica-teatral que se han inventado para dar fiestas y espectáculos, para fabricar grandes figuras y multiplicar los congresos, y para menear la lengua y la pluma mil veces más que los brazos y las piernas. No será desde luego ésta, creo, la gimnasia que defiende la señorita.

—No la defiende —respondió ésta— porque no existe, porque no es más que una invención de señores como usted. Yo sólo conozco una gimnasia motivada y basada en el conocimiento de la anatomía, la fisiología y la higiene, que da a la infancia fuerza, agilidad, gracia, salud y buen humor, y que ensalza todas las facultades morales e intelectuales. Yo creo en estos efectos porque han sido demostrados y los veo. Creo, por tanto, que la gimnasia es la más útil y la más santa de las instituciones educativas de la juventud, y los que se meten con ella, permítenme... me dan pena, me parecen gente ciega, enemigos inconscientes de la humanidad.

El ingeniero se rió un poco del ligero tono de declamación de las últimas palabras.

—No, señorita —dijo después—, no soy un enemigo de la humanidad. Soy enemigo de quien sin consultar al médico, como siempre debiera hacerse y nunca se hace, pone a hacer gimnasia a chicos con enfermedades y defectos que acaban haciéndose daño, ¿me comprende? Soy también enemigo de los que fomentan competiciones de amor propio entre robustos y débiles que a los débiles les cuestan roturas de cuello; enemigo de quien reduce la gimnasia, que debería ser un alivio para el espíritu, a un artificio teórico que ocupa y fatiga la mente como cualquier otro estudio. Esto es lo que ocurre. Y soy también enemigo de las exageraciones. Creo que los efectos positivos de la gimnasia, que son innegables, se exageran hiperbólicamente, engañando al mundo. Permítame que le diga, por ejemplo, que jamás un ejercicio o un aparato le podrían dar a usted la salud floreciente de la que goza, ni la... figura, que usted misma puede contemplar en el espejo del armario.

El hijo mayor dio su aprobación, haciendo el gesto de aplaudir. Por los ojos de la Pedani cruzó un amago de sonrisa. Pero enseguida se puso seria.

—Siempre igual —respondió—; yo le doy argumentos y usted hace bromas. Sólo le digo una cosa: Alemania e Inglaterra, que son las dos primeras naciones de Europa, son las que practican más gimnasia. El pueblo griego, que fue el primero de la antigüedad, era el pueblo más gimnasta del mundo. —Y añadió con una sonrisa:— Usted lo sabe: Aristodemo, para que los habitantes de Cumas, a los que había sometido, no pudiesen rebelarse contra su tiranía les prohibió hacer gimnasia.

—Lo haría para amigarse con ellos —respondió el ingeniero.

La maestra guardó silencio un momento. Después dijo con vivacidad:

—Afortunadamente no todos piensan como usted. No conoce nuestro mundo. Esta idea se está arraigando en todas partes, también en Italia. ¿Sabe usted que tenemos centenares de sociedades gimnásticas, que hay señores apasionados que invierten su patrimonio para fundar gimnasios, que un gran número de médicos jóvenes consagran a la gimnasia todos sus estudios, y cientos de maestros aprenden a propósito lenguas extranjeras para estudiar la literatura gimnástica universal, que cuenta con miles de volúmenes escritos por científicos eminentes?

El ingeniero realizó un vago ademán, sin responder, porque llevaba un rato ocupado en hacer gestos con la cabeza a su hijo mayor, que se había acercado demasiado a la maestra y la devoraba con los ojos de tal manera que resultaba una verdadera indecencia.



—¡Abajo Baumann! —dijo al final, por decir algo.

Pero cuando le tocaban a Baumann, la Pedani no admitía chistes. Dio un brinco. Baumann era el hombre con más mérito del país, el fundador de una nueva gimnasia que iba a dar inmensos frutos, un gran genio, un gran docto, un creador de modelos. Ella lo había conocido en el Congreso: era un hombre relevante predestinado a hacer grandes cosas. Aunque tenía casi sesenta años, parecía un joven. De frente clara, el gesto fulminante, la palabra mordaz y una elocuencia dominante de soldado y apóstol. Si le hubieran proporcionado los medios, Baumann habría reconstruido la nación. Aunque sólo fuera por la reforma que quería hacer de la gimnasia femenina, las mujeres de Italia le deberían erigir una estatua.

El ingeniero, al mismo tiempo, dibujó una pirueta y un tirabuzón con una mano. La señora Ginoni tomó entonces la palabra con su voz indolente:

—No crea, querida maestra, la gimnasia para las chicas tiene también sus inconvenientes. Los maestros de baile observan que les quita gracia y habitúa a movimientos sin armonía y los maestros de piano dicen que a las señoritas, cuando vuelven del gimnasio, se les olvida tocar. También los profesores de dibujo se lamentan.

—Son celos de la profesión —respondió la maestra—, créame, señora, es imposible que el ejercicio gimnástico haga daño al baile o a ningún otro arte, porque por efecto de este ejercicio la sinovia riega con más abundancia las articulaciones móviles de los huesos y hace que los movimientos sean más fáciles y más libres... ¿Lo ve? También su hijo me da la razón. A propósito —añadió volviéndose hacia el estudiante—, tengo que darle las gracias por su bonito regalo.

El joven dio un brinco, pero no manifestó ni un atisbo de rubor: habría hecho falta algo más. Sin embargo, hubiera preferido el silencio. Y con mucha desenvoltura confesó a su madre haber mandado a la maestra, pensando que le gustaría, el plano de un gimnasio griego copiado por él en la biblioteca. La señora sonrió en voz baja. Y dijo a la Pedani:

—El domingo pasado, Alfredo ganó de premio un banderín en las carreras de velocípedos.

La Pedani se interesó por el asunto: se ocupaba con curiosidad de aquellas competiciones, conocía los nombres de los vencedores habituales, iba a veces a la pista y, aunque no hubiera montado nunca en un velocípedo, hablaba de bicis, triciclos y bicicletas con pleno conocimiento de causa. Pero esta vez, mientras le contaba los avatares de la carrera, en la que él había esperado con caballerosidad a que se levantase un competidor que se había caído, el joven se le echó encima coqueteando de tal manera con la cabeza y los ojos, que su padre no pudo por menos de hacerle un gesto severo, que él sin embargo no vio.

—Lo ve —dijo la maestra al ingeniero echándose atrás con la silla—, también su estudiante está con nosotros. En esta casa somos mayoría a favor de la gimnasia. El

señor Fassi, yo y mi amiga, el señor Padalocchi que hace gimnasia pulmonar, su hijo, el comendador Celzani...

Al oír el nombre de Celzani, el ingeniero soltó una risotada.

—Bueno, lo del comendador Celzani —dijo— vamos a dejarlo.

—¿Cómo? —preguntó la Pedani—. ¿Acaso no va a todos los ensayos de gimnasia que hay, del primero al último, al gimnasio, a escuelas, a institutos?... Su opinión a favor es muy valiosa. No me podrá negar la seriedad del comendador Celzani.

—Yo no se lo niego, ¡todo lo contrario! —respondió el señor Ginoni con determinación—. Además es un buen amigo mío. Es más, le digo que es una de las canicies más venerables de Turín. Sólo que...

Y entonces miró furtivamente a las niñas rascándose el mentón, como buscando una forma de explicarse que ellas no pudieran entender. Pero las niñas, ocupadas en repartirse los dulces, no se fijaban en él.

—Sólo... —retomó la palabra— que su culto por la gimnasia es demasiado parcial. Habría que fijarse en si también se preocupa tanto por la masculina. Y después da mucha más importancia a la edad adulta que a la juventud. Sin embargo, es asombroso cómo acude puntualmente a los espectáculos y la atención que les presta. Para él son una fuente de satisfacción... intelectual y acude a ellos con expresión seria y sus dulces ojos azules entreabiertos, inmerso en profundos pensamientos. ¡Ay, si se pudiesen contar por escrito! Yo lo conozco y no es el único caso. Se trata de un auténtico personaje. La gimnasia femenina ha sido todo un redescubrimiento inigualable para estos señores, un verdadero consuelo para su vejez, una fuente de delicadísimas delicias mentales, de las que nosotros los profanos no nos podemos hacer ni la más remota idea. El comendador Celzani no tiene nada que ver con la gimnasia científica, créame. Cite a otras autoridades, señorita.

—Un día le citaré a usted —respondió la maestra para cortar la conversación—, porque yo lo convenceré y se apuntará al gimnasio.

Todos se rieron.

—*Jamais de la vie!* —exclamó el ingeniero—. ¡Si voy al gimnasio, sólo será para verla a usted en las paralelas!

—Pues hay mucho que ver —respondió la muchacha—, ¿sabe que solamente en las paralelas hay quinientos movimientos?

El ingeniero estaba a punto de responder con una broma un poco fuera de lugar, cuando de pronto sonó el timbre e irrumpió el secretario.

Fue un golpe de escena.

Venía a presentar las excusas de su tío, que no podía salir de casa a causa de un resfriado. Entró sin pensar que la maestra pudiese estar allí y al verla sintió una especie de fuerte sacudida eléctrica. A pesar del inmenso temor a ser descubierto, no pudo vencer la violenta necesidad de buscar en su rostro la impresión que le había causado su carta. La miró fijamente, dilatando desmesuradamente sus pequeños ojos,

y con los músculos temblorosos puso una cara extrañísima, encendida al rojo vivo, color al que sucedió la palidez de la cólera.

Aquella cara le había revelado todo en un santiamén al señor Ginoni, que miró inmediatamente a la maestra mientras ésta dejaba escapar una sonrisa indefinida, que no llegaba a dibujarse en la boca ni en los ojos, difuminándose en su rostro inmóvil como el reflejo externo de una imagen cómica.

El secretario hizo sus honores moviendo con dificultad sus gruesos labios que parecían pegados con cola.

«Bueno, bueno, bueno», dijo para sí el ingeniero, saboreando su descubrimiento. Le llevó al secretario una silla, en la que se sentó como sobre un montón de espinas, y le ofreció un vaso de Malvasía que éste aceptó acercándolo a su pecho con actitud de santurrón.

En ese mismo instante al señor Ginoni se le ocurrió poner en marcha un acoso chistoso.

—Perfecto, mi querido secretario —le dijo—, ha venido usted a caer en el medio de una discusión de gimnasia. Estábamos discutiendo con la señora maestra. Nos tiene que decir también usted a qué escuela pertenece. ¿Es de la escuela de Baumann? ¿Es de la escuela..., qué otra escuela hay señorita Pedani?... ¡Obermann! ¿Es de la escuela de Obermann? ¿Qué piensa usted de los efectos de la gimnasia sobre las funciones del corazón?

La maestra elevó los ojos al techo. El secretario, aterrado, apartó inmediatamente el vaso de la boca y miró al ingeniero. Después se bebió el vino de un trago y respondió levantándose confuso:

—Veo que el señor ingeniero quiere bromear. Siento no poder quedarme, tengo que subir ya a ver al comendador...

—¡No, señor! —dijo Ginoni—. No le permito que se escape de esta manera. Además... no puede irse ahora porque, al estar abierto el portalón de casa hasta las once, nunca se sabe a quién se puede uno encontrar por la escalera, y usted, como buen caballero y secretario cortés, tiene el deber de acompañar a la señorita Pedani hasta la puerta.

El secretario se volvió a sentar enseguida, pero el estudiante hizo un gesto desairado porque esperaba ser él el acompañante.

—Yo no tengo miedo de nadie —dijo la maestra con voz viril.

—No basta con no tenerlo —respondió Ginoni—, hay que dar miedo a los demás y este... no es su caso.

El estudiante desvió la conversación interrogando a la Pedani sobre las grandes fiestas que se habían anunciado para el Congreso de gimnasia de Frankfurt, y ella le informó. Debían de ser las fiestas más bonitas que se habían celebrado jamás en Alemania: iban a intervenir representantes de todos los países de Europa, muchos de ellos de Italia. Envidiaba a sus afortunados compañeros que iban a ver aquel espectáculo único en el mundo y a conocer a los más ilustres *gimnasiarcas* de los

estados alemanes: Kloss, Niggeler, Danneberg, el famoso padre de la gimnasia, Jhan Turn Vater, y tantos otros; ella ni siquiera podría procurarse sus retratos.

Mientras hablaba, el secretario le lanzaba miradas de reojo, muerto de celos ante la aparente familiaridad con la que se entretenía con el joven, y a la vez desconsolado, viendo que todos los pensamientos y sentimientos de ella estaban puestos en la gimnasia, con tanto ardor que no cabía esperar que le cupiese otra pasión en el corazón. A pesar de todo, brillaba en sus pequeños ojos un destello de esperanza, y aguardaba, tembloroso e impaciente, el momento de marcharse para acompañarla.

Saltó de la silla en cuanto vio que la Pedani se levantaba para marcharse.

Pero el ingeniero fue incisivo.

—Ahora que lo pienso —dijo mientras todos se levantaban—, el señor secretario es tan tímido con las señoras que es capaz de dejar a la maestra en el segundo piso. Le acompañaré yo también.

¡Alabado sea Dios! Para don Celzani fue como si le abofeteara una mano helada, pero no osó rechistar. Y mientras todos se saludaban y el estudiante le daba la mano a la maestra, observó un movimiento fugaz en el rostro de ella, como si el chico le hubiese dado un apretón de manos demasiado fuerte. Fue para el pobre hombre una segunda bofetada. Salieron los tres y subieron lentamente las escaleras casi a oscuras. El ingeniero continuó haciendo chistes y al secretario, sumido en su gran dolor, no le llegaban las palabras a la boca. Subió a duras penas, deteniéndose cuando Ginoni y la maestra se detenían y quedándose un poco rezagado de vez en cuando para devorar con los ojos aquella belleza, como queriendo robar una respuesta a sus formas o apuñalar con la mirada la espalda de su verdugo. Cuando estuvieron delante de la puerta, donde no llegaba la luz del gas, el ingeniero encendió una cerilla, y la maestra tocó el timbre. El secretario estaba atento a captar e interpretar la esperada mirada del saludo. En efecto, al entrar lo miró. ¡Pero qué desilusión!, la mirada no le dijo nada. Y en el mismo instante en que se apagó la cerilla, se apagó su esperanza.

El ingeniero adivinó por su silencio la tristeza de la desilusión y, sintiéndose más libre envuelto en la oscuridad, le dijo a quemarropa:

—Querido secretario, usted está enamorado de la maestra.

El secretario pegó un brinco, luego lo negó, después se irritó y por último se mostró perplejo y ofendido por la broma.

—¿Y por qué no? —preguntó el señor Ginoni, medio en serio medio en broma—. ¿Por qué iba a ser una deshonra, en caso de que fuera cierto? Es una chica guapa y honesta, muy original, fuera de lo corriente. ¿Por qué no me dice la verdad? Soy un buen amigo y le podría dar buenos consejos. Como caballero que soy respeto los afectos.

Don Celzani se quedó en la oscuridad un rato en silencio; después respondió con la voz conmovida:

—Bueno... es verdad.

—Ya era hora —dijo el ingeniero—, viva la sinceridad. Se ha llevado una desilusión, se comprende, pero no se desanime. Yo conozco a las mujeres. Conozco el carácter de la maestra. Es la típica bomba de mecha larga y escondida, que arde largo tiempo sin dar señales y luego estalla de repente, cuando uno menos se lo espera. Ha de tener una constancia de hierro y una paciencia de santo, y un día... Porque usted la cortejará *pour le bon motif*, ¿no es verdad?

—Me deja estupefacto —respondió don Celzani—, cómo no voy a tener intenciones honestas.

—Es justo lo que quiero decir —dijo el ingeniero, al que el malentendido había hecho volver al tono de broma—. Pues bien, le voy a dar un consejo. A esa clase de mujeres no hay que atraparlas con un asalto directo, hay que revolotear a su alrededor. Ella posee una pasión: la gimnasia. Pues bien, conviene pillarla a través de esa pasión. Usted se tiene que hacer socio del gimnasio, hacer ejercicio, estudiar la materia en los libros, hablarle de ello, hacerle gracia de esta manera. Éste es el primer consejo que le doy. Más adelante le daré otros. ¡Por ahora, los instrumentos! Y ánimo.

Don Celzani, que no sabía si le hablaba en serio o en broma, no respondió.

Mientras tanto, habían llegado a la puerta del comendador.

—Buenas noches —dijo el ingeniero—. Soy un caballero y guardaré el secreto.

El secretario le respondió con un «buenas noches» flojo y desconfiado, y entró en casa arrepentidísimo de haber hablado.

ESTABA ARREPENTIDO Y DESCORAZONADO, pero sintió de nuevo un hálito de esperanza cuando entró en su habitación y encendió la vela de la mesilla. ¡Quién sabe! Quizás ella le había escrito ese día y la carta llegaba al día siguiente. Por desgracia, era capaz de presagiar qué tipo de carta. Pero cualquiera que fuese la respuesta, le parecería menos dura que el mutismo indiferente que lo estaba destrozando. Con este pensamiento se desvistió agudizando el oído, pues su habitación estaba bajo el cuarto de la Pedani y, al tener un suelo muy delgado, podía oír los ruidos más insignificantes. Pero no oyó nada: debía estar en la mesa estudiando. Le asaltó una sospecha y a la vez una nueva esperanza: quizás había hecho mal al no expresar claramente en su declaración su propósito de matrimonio. Quizás ella había creído que él sólo le pedía que correspondiera a su amor... ¡Qué error había cometido!... ¡Y eso que la carta le había parecido tan clara!... ¡Dios mío, era una belleza! Nunca la había visto tan bien como aquella tarde, sentada con el busto erguido, como una emperatriz en el trono, con su ancho pecho palpitante y lleno de vida, sobre el que haría rodar su cabeza aún a costa de quemarse como en un brasero. La luz de la gran lámpara confería a su tez tal esplendor de juventud, que daba la impresión de que cada beso estampado en su piel pudiese hacer rejuvenecer un año. Había observado sobre la mesa su mano ligeramente robustecida por los ejercicios gimnásticos, pero larga y bonita, llena de fuerza y de gracia; se habría lanzado sobre ella como un buitre sobre una tórtola. Pero no, la realidad era que él no le gustaba. ¡El ideal para ella debía de ser otro tipo de hombre bien distinto! Y sin embargo sentía esa pasión desbordante que colma cualquier vacío, que elimina las diferencias, que desafía cualquier comparación. El cerebro le quemaba como una girándula encendida. Al primer ruido que escuchó arriba, pegó un brinco, se sentó en la cama y fijó en el techo los ojos ardientes conteniendo la respiración. Nunca aquellos ruidos le habían agitado tanto la sangre como aquella tarde. Los conocía todos y a través de ellos seguía todos sus movimientos. Desplaza la silla, da vueltas por la habitación desperdigando la ropa, abre y cierra el armario, pone la palmatoria en la mesilla, deja caer un botín, luego el otro... ¡Ay, qué vida más miserable! Ése era el momento en que don Celzani sentía con más fuerza su rencor contra la naturaleza, que parecía haberlo esculpido a propósito para el ministerio eclesiástico, y se sentía capaz de dar veinte años de vida con tal de cambiar de rostro. Pero después, poco a poco, según prolongaba la vigilia, la exasperación del deseo iba cediendo al cansancio y se dulcificaba, convirtiéndose en un sentimiento de tristeza afectuosa y humilde durante el cual, abandonando a la persona adorada, se contentaba fantaseando con los objetos que había oído caer uno a uno; y le parecía que sólo tenerlos, palparlos, besarlos, morderlos era un desahogo suficiente. Casi no durmió aquella noche. Amaneció al alba, esperando los ruidos habituales que volvían a despertar la violencia del deseo acallado por el cansancio. Y en efecto, a la hora precisa en que la Pedani solía saltar de la cama, oyó el ruido sordo de los pies desnudos sobre el pavimento que hizo temblar todo su cuerpo; oyó el usual rumor

que hacía al vestirse, luego el ruido sordo de las mancuernas que sacaba de debajo de la cama, pues todos los días, en cuanto se levantaba, practicaba un poco de ejercicio. Y la última imagen de aquellos brazos enérgicos que se disparaban por encima de su cabeza le dio por fin el impulso para tomar una resolución audaz. Quería abreviar el martirio de la incertidumbre, esperarla a la salida a las ocho y media y pedirle una respuesta.

Tal y como había decidido, la esperó y, para su fortuna, ella bajo sola. Fue hacia ella, la saludó y le preguntó con la voz temblorosa: ¿No tiene nada que decirme?

La maestra respondió, tranquila:

—Sí, sólo una cosa. Quería agradecerle sus buenos sentimientos.

—¿Nada más?

—No, señor secretario —respondió con cortesía—, nada más.

Y siguió bajando.

EMPEZÓ ENTONCES PARA ÉL una secuencia de días tristísimos, porque había decidido volver a intentarlo con una propuesta formal de matrimonio, pero entendía que hacerlo de inmediato después de aquella humillación, sin preparar el terreno, era una locura. Por si fuera poco no paraban de lloverle disgustos uno tras otro.

El primero fue que la maestra Zibelli, sin más ni más, le retiró el saludo. Se habría disgustado menos si hubiese sabido que ella había entrado en una de aquellas fases en las que el desencanto por el mundo le hacía refugiarse en una especie de entusiasmo forzado por su oficio de maestra. Leía libros didácticos hasta por la calle, con tal de evitar ver pasar a su lado la juventud y el amor y era escrupulosamente celosa de sus deberes y rígida con las alumnas, los parientes, las colegas y el mundo entero. Pero don Celzani, que no lo sabía e ignoraba la verdadera causa del desaire y era bueno y amable con todo el mundo e incapaz de imaginar otra cosa que no fuera un arranque imprevisto de antipatía, se sintió herido en lo más profundo de su corazón.



Le había parecido también extraña la conducta del maestro Fassi porque, al encontrárselo por la escalera, le había enseñado el borrador de un artículo titulado *Berlín gasta medio millón al año en gimnasia*, en el cual hacía una comparación con Italia, que gastaba la mitad; y después, cambiando bruscamente de tema, había empezado a hablar de la Pedani:

—¡Qué pedazo de mujer! —exclamó—. Sería digna de casarse con el hombre

más guapo de Italia. Me apuesto a que con los brazos extendidos usted no sujeta las dos mancuernas que ella levanta con una sola mano. El que se case con ella hará bien en calcular antes sus fuerzas.

¿Y aquello qué tenía que ver? Él no se sentía ofendido por tal comparación: su única preocupación era la diferencia de belleza entre ambos, respecto a lo demás tenía la conciencia tranquila. Pero le inquietaba que el maestro conociese sus intenciones.

Otro día le volvió a sacar el mismo asunto.

—He dejado arriba a la Pedani, que está planeando una nueva tabla para las chicas con el bastón Jäger. Está totalmente dedicada al estudio, carece de distracciones amorosas. Quizás porque no encuentra a nadie que le convenga. También en el amor *simila cum similibus*, usted que sabe latín. ¿Pero dónde piensa que va a encontrar a su media naranja? Desprecia a los hombres mediocres. Y si se atolondra y se casa con uno de esos... ¡pobre de él!

Y miró fijamente al secretario, que una vez más se sintió turbado ante el temor de que el maestro le leyese su pensamiento y no por las palabras que le dijo, que por el contrario agudizaron sus deseos, mascullándolas después con voluptuosidad.

Hubo aún cosas peores. Dos o tres veces, mientras seguía a la Pedani cuando bajaba las escaleras, vio irrumpir en el rellano al estudiante Ginoni, en cuyo rostro se dibujaba la intención de entrar al asalto. Al ver a don Celzani se volvió a meter en casa con un gesto enfurruñado. Una mañana lo vio siguiendo de lejos a la maestra por la Via San Francesco d'Assisi. Le produjo un gran dolor. La juventud, el garbo y el descaro de aquel rubito llenaban su alma de desaliento. Y comenzó a vigilarlo a diario.

Pero el disgusto más grave se lo llevó con la mujer del maestro Fassi. Ésta lo andaba buscando hacía varios días hasta que lo encontró una tarde en el portalón y se detuvo ante él.

—¿Cómo está el señor Fassi? —le preguntó el secretario.

Con una voz llorosa que parecía salir de un pecho oprimido por el peso de las mancuernas, respondió como siempre, glorificando la gran tarea que desempeñaba su marido. Y dale que te pego con que cómo trabaja, y que hay que ver si comparamos los sueldos de los maestros de gimnasia de Suecia y de Italia. Porque es una vergüenza que tiene que acabar. Y pensar que, con lo que hay que estudiar, a los maestros de gimnasia se les paga como a un empleado cualquiera, y ni siquiera tienen el título de profesores, que sin embargo poseen todos los que enseñan a hacer garabatos. ¡Cuando pienso que con el ingenio y la presencia que tiene podría haber hecho otra carrera! Porque usted no se hace una idea de lo que ha estudiado este hombre. Y encima le molestan constantemente con problemas y visitas. La maestra ésa, la Pedani, viene a cada momento a pedir ayuda y consejos. Dígame usted si es decente que se tome esa libertad una chica joven con un hombre todavía en la flor de la vida. Y eso, dándose cuenta de que estoy yo, ¡imagínese si no estuviera! Vaya

usted a juzgar a las chicas por los aires que se dan... y parece la dignidad personificada. Una señorita que en plena clase, como hizo el año pasado en el curso de anatomía, con el pretexto de no haber entendido, se levanta para preguntar al profesor: «Señor profesor, ¿dónde está el nervio de la simpatía?», está sentenciada.

Observando con una rápida mirada el efecto que sus palabras producían en don Celzani, prosiguió con la sensación de estar diciendo cosas que nada tenían que ver con él:

—Por lo demás, habría otras muchas cosas que decir. Estas maestras jóvenes que antes de venir a Turín han pasado por media docena de ayuntamientos... Ya se sabe cómo son las aventuras de las maestras en los pueblos. Cuentan por ahí una historia de una compañía de soldados que fue un escándalo. Lo que me sorprende es que la hayan aceptado en Turín. Pero lo cierto es que en la ciudad la conocen, y está apuntada en la lista negra. En definitiva, pienso que no pasará mucho tiempo sin que veamos o nos enteremos de cosas increíbles.

Después empezó a criticar a otros vecinos, pero el secretario ya no la oía y, aunque desconfiaba de aquella lengua viperina, en cuanto se despidieron se quedó descompuesto. La idea de que aquella muchacha hubiera tenido un oscuro pasado le producía una amargura indecible, unos celos feroces, una tortura que lo atormentaba. Sobre todo aquella compañía de soldados que lo persiguió bayoneta en ristre toda una semana. Y sufría más porque hacía varios días que por distintas razones no conseguía verla. Estaba ansioso por enterarse y librarse de aquella horrible duda, pero no sabía a quién dirigirse ni donde ir a darse cabezazos. Por fin una mañana se la encontró... y gran parte de sus sospechas se desvanecieron nada más verla. No, ¡alabado sea Dios!, no era posible, toda su persona de la cabeza a los pies desmentía semejante calumnia; aquel bonito cuerpo inspiraba el orgullo de una firme virginidad, salida intacta y triunfante de todas las batallas, como una armadura mágica. Pero una hora después renacieron sus sospechas y lo invadió de nuevo la angustia.

Entonces ocurrió un hecho que lo empujó a tomar una decisión imprevista.

Una mañana se encontró al maestro Fassi y éste le soltó *exabrupto*, como continuando un tema ya empezado:

—Esa Pedani, ¡qué espartana! La he visto desde mi habitación. Tiene allí metida a una pobre diabla que va a aprender pasos rítmicos y le da la clase con la ventana abierta de par en par, ¡con esta deliciosa temperatura que hace! Está obsesionada con que hay que hacer gimnasia al aire libre.

El secretario formuló para sí un razonamiento rapidísimo: si desde el cuarto del maestro se veía la habitación de la Pedani, se debía ver mejor aún desde la claraboya del desván que estaba encima de la ventana de su habitación. En cuanto estuvo solo, volvió a entrar en casa, cogió la llave del desván y subió a prisa las escaleras. Abrió la puerta y avanzó agachado bajo las vigas del tejado entre montones de leña, restos de muebles y pilas de baldosas. Cuando llegó a la claraboya, trepó y se tumbó cuan largo era sobre una montaña de fajinas, asomó la cabeza en el vacío y soltó una

exclamación de placer. La ventana de la habitación, que estaba en el otro muro de la casa, permanecía abierta de par en par. La Pedani, situada de canto respecto a la ventana, miraba de frente a la alumna, oculta del campo visual. Su voz sonora de contralto llegaba clarísima hasta el tejado.

—¡Que no! —decía—. De esa manera no me hace usted medio paso sencillo saltando; me hace un paso largo saltando. No nos entendemos. Repítalo.

El secretario oyó el paso de la alumna invisible.

—No —repitió la maestra—, todavía lo hace demasiado exagerado.

¡Oh, aquella bonita voz profunda, caliente, vibrante haría imaginar un cuerpo admirable incluso a quien la escuchara con los ojos cerrados!

La Pedani parecía descontenta también de la segunda prueba, porque sacudió la cabeza con fuerza. Y agarrando impacientemente la faldita negra con las dos manos, para dejar ver el movimiento de los pies dijo:

—¡Esté atenta! —y lo ejecutó.

—¡Alabado sea Dios! —gimió el secretario. Vio centellear sobre sus botines una blancura que lo deslumbró como un rayo de sol que rebotara en sus ojos a través de un espejo y le subió la sangre a la cabeza como si lo hubiesen puesto bocabajo. Fue sólo un instante pero le bastó. Ya no escuchó las demás órdenes, saltó de las fajinas, se sacudió con las manos temblorosas las hojas secas y los palillos y, con aquella visión blanquecina en los ojos, atravesó casi corriendo el desván y bajó las escaleras con paso decidido. Una vez dentro de casa se sentó en la mesa y se agarró la cabeza entre las manos recogiendo sus pensamientos. Había tomado la decisión irrevocable de intentar el golpe supremo con una abierta y explícita petición de matrimonio.

SU ÚNICA INQUIETUD era un compromiso que no podía dejar de cumplir: dirigirse primero a su tío para pedir su aprobación y consejo. Además, si le hacía la pregunta después de obtener su aprobación, e incluso la formulaba su propio tío en persona, tendría otro efecto totalmente distinto. La pasión lo cegaba en aquel momento hasta tal punto que no le cabía ninguna duda sobre aquel consentimiento. En el peor de los casos no le contestaría con un no rotundo, dudaría y se lo pensaría, pero al final le daría esperanzas y luego no tendría corazón para quitárselas. Así pues, preparó su discurso y cuando tuvo clara en su cabeza la primera frase y el esquema general, con expresión de seriedad y una mano sobre la otra apretadas contra su pecho, se dirigió a la habitación del comendador, se sentó delante de él y, después de pedirle permiso para hablar, lentamente, con la voz temblorosa y fijando los ojos sobre las rodillas de aquél, le espetó su secreto.

El comendador Celzani era un hombre que no se asombraba ante nada porque daba poquísima importancia a las cosas de este mundo. Pero cuando oyó de qué se trataba, no pudo por menos que levantar de la butaca su majestuosa cabeza blanca y mirar a su sobrino a los ojos. Después se volvió a abandonar sobre el respaldo revolviéndose en la bata y escuchó el resto con la mirada errante sobre las pinturas al fresco de la bóveda. El secretario había tenido la fortuna de pillarlo en un momento en que su disposición de ánimo era excelente, porque ese día tenía que acompañar a un inspector de Milán para ver un ensayo de gimnasia femenina en el Instituto del Socorro. Por otro lado, embelesado como solía estar por las delicias de un mundo fantástico, en el cual se impacientaba por entrar cada vez que se veía forzado a salir, no contradecía nunca a nadie y, limitándose a no hacer nada después o todo lo contrario de lo que los demás esperaban, no rechazaba nunca una petición de aprobación ni una promesa. Cuando su sobrino terminó, se miró primero las uñas perfectamente pulcras, luego las zapatillas bordadas y murmuró unas palabras vagas, que no querían dar un consentimiento explícito pero tampoco una desaprobación. Sólo pretendía decir que había que proceder con cautela. Sin duda, la señorita inspiraba simpatía y su aspecto y compostura eran los de una persona digna de estima. Pero (y ésta era la meta de su circunloquio) antes de dar un paso, él creía conveniente ir en busca de más información. Y mientras el sobrino lo miraba con aire interrogante e inquieto, mascullando las palabras y mirando para otro lado, le aconsejó recurrir a su amigo el caballero Pruzzi, director general de las escuelas municipales, el cual, con toda certeza, podía darle información detallada y fiable sobre cualquier «sujeto contratado» del personal docente. El consejo le pareció excelente a don Celzani. El comendador contó con los dedos y le dijo que el sábado siguiente era el día más oportuno. Bastaba presentarse con su tarjeta de visita. El caballero Pruzzi era un hombre que con toda seguridad mantendría el secreto con la más escrupulosa delicadeza, cualquiera que fuera el resultado del asunto. Dicho esto, como si se tratase de un asunto de importancia secundaria, pasó a otro tema.

La gran alegría que se había llevado don Celzani con aquella aprobación a medias

se vio profundamente empañada de amargura unos días después con el renacer de las tristes sospechas que le había metido en el corazón la señora Fassi, las cuales se fueron agravando poco a poco hasta hacerse tan terribles en su imaginación que el día fijado subió las interminables escaleras del Ayuntamiento con el ánimo de un enfermo que va al médico a escuchar su sentencia de muerte. Además, aunque conocía al caballero Pruzzi, al que tenía por un hombre de gran bondad, y él lo conociese también, le fastidiaba tenerle que confesar su pasión y sus propósitos, pues no podía formularle aquellas delicadas y necesarias preguntas sin confesárselos.

Entró tímidamente en la modesta oficina del director, que era una pequeña habitación iluminada por una sola ventana, con estanterías en las que aparecían escritos con grandes letras los nombres de todas las escuelas de Turín. El director, encorvado sobre un montón de cartas, apoyaba los codos sobre la mesa y las manos en el peluquín. Al verlo tan pequeño y gordo, con aquella cara imberbe y lánguida en la que merodeaba constantemente la inquietud de su «enorme responsabilidad», el secretario recuperó ligeramente el ánimo.

Lo recibió con rostro sonriente y lleno de arrugas similar a una máscara de barro que estuviese agrietándose. Le hizo sentarse delante de él, cogió la tarjeta de su tío y lo invitó a hablar.

El secretario se quedó un poco estupefacto al ver que no daba la más mínima muestra de asombro mientras le exponía con palabras tímidas y confusas el objeto de su visita. Lo único que hizo fue balancear la cabeza y poner en su rostro esa particular expresión de seriedad que parece decir: «Señor, en este momento tomo posesión de mi cargo».

Cuando don Celzani acabó, se pasó una mano por el mechón del peluquín, y sentenció:

—La cosa es delicada. —Después preguntó el nombre y apellido de la maestra y a qué sección pertenecía.

Una vez que entendió todo, se tapó los ojos con las dos manos y permaneció un instante recogido en aquella postura, como buscando las características físicas y morales de la señorita en medio de aquel ejército femenino cuyas esfinges llevaba casi grabadas cara por cara en su lúcida memoria.

—¡Ah diantre! —exclamó de repente al descubrir la cara, asombrado por no haber encontrado antes una figura tan original. Entonces fijó su mirada lenta en el secretario, como queriendo compararlo con ella. Después se rascó ligeramente la punta de la nariz con el dedo índice y dijo inclinando un poco la cabeza: —Me alegro...— Demasiado tarde: don Celzani había captado ya el resultado de la comparación. Aunque no se sintió herido y se quedó esperando con ansiedad.

—Entonces —empezó a decir el director respirando entrecortadamente y cogiendo de la mesa un folio de papel que se puso a doblar una y otra vez sin mirar al secretario— usted querría información, como es natural... de carácter, como suele decirse, privado. Pero... no es tan fácil que se la pueda proporcionar, como usted se

puede suponer. Dese cuenta, con quinientas profesoras... cómo se puede saber... Y además, con el montón de cosas que tengo en la cabeza, de preocupaciones, de disgustos... Justamente llevamos un invierno de los más desgraciados y estamos teniendo una barbaridad de bajas en todas las secciones... Se diría que todas las maestras casadas se han puesto de acuerdo para aumentar la población este mes. Estas benditas familias de docentes... cuando está enferma la maestra, falta también el maestro, cuando está enfermo el maestro, falta la mujer, cuando está enfermo el niño, faltan los dos. Y no hablemos de las señoritas, que se resfrían con un soplo de viento... Y luego están los impedimentos con fecha fija. Mire aquí la sección de Savoia: —y le mostró un cuadro con las bajas— es un hospital. ¿Qué podemos hacer? ¿Mandar siempre al médico de la ciudad a inspeccionar el domicilio...? ¡La que se puede armar! Además, no siempre es conveniente. Debería ponerse una multa por cada falsa baja. Pero... ¿quién es capaz? Unas veces te vienen dudas, otras escuchas a tu corazón, otras se... Le aseguro, señor Celzani, que es un asunto serio, serio, bastante serio.

Y entonces soltó un suspiro, como si hubiera terminado una carrera. El secretario hizo un gesto respetuoso para que el director volviera al argumento.

—¡Ah! —dijo éste—, que usted ha venido en busca de información. Bien, como le decía, imagínese el trabajo que da vigilar a cientos de señoritas, la mayoría de ellas son jóvenes, muchas... o mejor, demasiadas... guapas, despiertas, otras muchas independientes, desperdigadas por una gran ciudad, por los suburbios, a dos y a tres millas fuera de la muralla. Desde luego se hace lo posible, como requiere el decoro. Pero, en definitiva, no podemos contar con un cuerpo policial para los pretendientes de las maestras. Y tampoco se pueden sobrepasar los límites... de una libertad razonable. Es una cosa delicadísima. Y no se puede imaginar las denuncias, las venganzas encubiertas, las intrigas... Recibimos montañas de cartas anónimas —y aquí le faltó el aire un instante—... Hay algunos personajes que nos desesperan sin ser culpables, por causa de la madre naturaleza, que las ha hecho como son y atraen las miradas. Y ya no entro en lo demás, en las quejas sin fin que nos llueven de las familias por una nota injusta o una regañina inmerecida, porque la escuela está demasiado fría o demasiado caliente, por las toses, las paperas, las enfermedades de los ojos. Y luego, señoras ofendidas por una palabra, maestras que se creen perseguidas, directoras... estas benditas directoras, que son como madres abadesas de tiempos pasados... Y para qué vamos a entrar en la montaña de cuestiones que se suman cada vez que hay un examen de concurso, un traslado, un galardón, un castigo... Dese cuenta de las dificultades, querido señor, imagínese la diplomacia, imagínese el tacto que hace falta.

Y con un gran suspiro puso punto final.

—Caballero —observó tímidamente el secretario—, la información...

—Pasemos a ello —volvió a empezar el director—. Ciertamente, sería mucho más fácil informar sobre un maestro. En ese caso sólo se trata de decir: es un

caballero o no, es monárquico o republicano, tiene o no tiene deudas, bebe o no bebe. Yo los tengo a todos en la cabeza, me puede preguntar... ¿Pero cómo se hace con las maestras? ¿Cómo se hace? Es muy complejo, es un asunto... espinoso. Además de que, incluso estando informado, hay que andarse con ojo. Tienen padres, hermanos, relaciones. A veces uno adopta una decisión que es de justicia, y luego se encuentra en una esquina a un desconocido con barba que le mira a la cara con malos ojos... volteando un bastón. Se corre también el riesgo de que le jueguen a uno una mala pasada. Hay que tener en cuenta que por una nimiedad recurren a los periódicos. Y los periódicos, fíjese, para mí los periódicos son muy perjudiciales en estas cuestiones, hacen mucho daño. Los periódicos me dan miedo, se lo digo sinceramente, y no por mí sino por el bien de la administración y la disciplina me dan verdadero miedo. Puede hacerse cargo de la clase de oficina que es esta, querido amigo, dese cuenta de qué responsabilidad acarreo sobre mis espaldas, tome nota de qué tipo de cuentas he de rendir al público y a mi conciencia.

Dicho esto, jadeando, reposó un momento su nuca sobre el respaldo de la silla.

Una sospecha siniestra cruzó la mente del secretario: el director no quería hablar para no verse obligado a contarle cosas gravísimas, de esas que no tienen excusa ni atenuante. Y poniéndose de pie para obligarle a dar el golpe de gracia:

—En resumen —le dijo con la voz afligida pero decidida—, dígame si sabe algo, sea lo que sea. ¿Qué información puede darme sobre la maestra Pedani? Le pido que sea franco y concreto, se lo pido también en nombre de mi tío.

—Pero yo... —respondió el director—, no sé nada. Una excelente profesora. Esto se lo puedo asegurar. En cuanto a lo demás...

Don Celzani parecía un signo de interrogación.

—No hay nada que decir... —añadió el director— que yo sepa. Se podría... pero no. Me explico: habría que decir lo que se puede decir de cualquier chica guapa... que tiene gente alrededor... quizás, pretendientes. Usted me entiende.

Don Celzani le preguntó si sabía algo positivamente, si ella había dado pie alguna vez a habladurías sobre su vida privada, si a las autoridades les constaba algún hecho relacionado con su conducta en los ayuntamientos rurales donde había ejercido.

—Pero si ya le he dicho que no lo sé, que no nos consta —respondió el caballero—. Si me constase..., tratándose de un asunto serio y de un amigo como es el caso, hablaría. Pero... no está en mi mano... Más bien...

—¿Más bien? —preguntó el secretario.

—Más bien —continuó el director— yo diría, si me permitiese un consejo de amigo: las informaciones negativas de las autoridades cuentan poco en estas cosas. Investigue otros caminos: busque noticias de la familia, que es lombarda de Brescia, si no me equivoco. Sea cauto; en estos asuntos nunca sobra la prudencia. Es más...

—¿Es más? —repitió don Celzani.

—Es más —dijo el director, casi con un arranque brusco de sinceridad—, si tengo que serle sincero... ¿Qué quiere? ¿Una maestra?... Las maestras, a mi manera de ver,

deberíamos dejar que se dedicasen a su profesión de maestras. Tienen una misión: deberían dedicarse a ella, como las monjas. Cada uno tiene que tomar su camino. Y luego... ciertamente nunca se sabe... Perdóneme si le expreso libremente mi opinión... Pero esto no tiene que ver. Repito: no hay constancia de nada. Es decir... Repito: infórmese en otra parte... y vaya con prudencia. Se lo aconsejo por el bien que le deseo a la familia Celzani. Y... no tengo nada más que decir.

Una nueva sospecha hizo temblar a don Celzani: podía ser una maniobra secreta de su tío que, para evitar el fastidio de tener que darle su desaprobación o la lata de convencerle de que no perseverara en el intento, habría inducido al director a mantener la incertidumbre con palabras vagas. A pesar de todo, intentó una última prueba.

—Usted es consciente de mi situación —dijo—, puede imaginarse el estado... de mi corazón: ¿me da su palabra de honor de que me ha dicho todo lo que sabía?

En ese momento entró un conserje con un paquete de cartas y periódicos.

—¡Pero qué quiere decir con que le de mi palabra —respondió el director cogiendo aire con fuerza— con este lío de problemas. Como ve, no me dejan un minuto de respiro y no sé para dónde tirar! ¡Que Dios nos ampare! Todo lo que podía decir he tratado de decírselo... y usted sabe el cariño que le tengo a su tío. Hasta pronto, lo dicho, y... siga mi consejo.

Después, para compensarle, le comentó despacio:

—¡Una señorita guapa, desde luego! ¡Una señorita muy guapa! —Y lo empujó con gentileza al pasillo.

En conclusión, el pobre don Celzani, ante las nuevas dudas, se quedó con sus viejos temores y volvió a casa tan desconsolado, afligido y ansioso que ni siquiera se ocupó de dar cuenta de la visita al comendador. Y el hecho de que esa misma tarde éste no le preguntara por el asunto confirmó su sospecha de que soterradamente hubiese podido tramar una maniobra en su contra. Se quedó resentido y angustiado, pero aquel candor divino que había visto desde el desván brillaba ante sus ojos como una hoguera de luz eléctrica, a pesar de todos y de todo, y después de aquella visión su amor se encendió aún más obstinado y ardiente.

Sin embargo, con aquellas informaciones vacuas del director, entendía perfectamente que su tío contaba con un pretexto más que razonable para negarle el consentimiento que él necesitaba. Tenía que haberle dado su aprobación cuando hablaron al día siguiente, aunque la sospecha de la maquinación no se había desvanecido. Y no sabiendo a qué agarrarse, tuvo la arriesgada idea de confiarse con el ingeniero Ginoni. Lo fue a buscar y le expuso su caso pidiéndole consejo. El ingeniero se quedó asombrado. ¿Qué necesidad había de información? ¿No se veía, por la información escrita en su rostro, que era de lo mejor que se podía esperar? Desde luego él ponía la mano en el fuego. Por otro lado, sabía algo: era de Brescia, huérfana, hija de un médico militar fallecido hacía muchos años. Tenía un hermano honesto, negociante establecido en Nueva Granada. Estas noticias le gustaron a don

Celzani.

—¿Y qué otra información desea? —continuó Ginoni—. ¿Pretende mandar una circular a todos los ayuntamientos en donde ha ejercido la maestra? Es de risa. Una chica siempre es un misterio. Sólo hay que fiarse de lo que a uno le inspira su rostro y el propio corazón. Pero... dígame..., querido secretario, ¿hasta qué punto hemos llegado con la correspondencia?

Don Celzani, bajando los ojos como un cura ante el altar, puso una cara tan desanimada que el ingeniero no pudo por menos que reírse, al tiempo que sentía piedad. Y le dijo:

—Escuche... y si yo le echase un cable hablándole bien de usted... ¿eh? ¿Qué le parece? ¿Si escrutase un poco su corazón? No puedo darle mejor prueba de amistad...

—De acuerdo, escrute —respondió tristemente el secretario.

—Escrutaremos —dijo el ingeniero—. ¡Quién sabe! En el corazón de las mujeres sólo puede ver claro un analista desinteresado. Déjeme a mí y quédese contento.

Y se propuso hacer lo que había prometido, no sólo por la curiosidad que sentía hacia aquel caso psicológico, tan original por la singularidad de las dos personas, sino también porque desde hacía unos días sospechaba que su hijo, con aquel descaro que tan bien conocía, paraba por las escaleras a la maestra, la cual debía de haberse abstenido de quejarse por no darle un disgusto, no por otra cosa. Le parecía un acto de política paterna poner entre el hijo y ella un impedimento.

A la mañana siguiente, al salir de casa, se encontró en el rellano a la Pedani junto a su sirvienta, a la que sugería algunos ejercicios gimnásticos para curar los sabañones. Baumann había sido el primero en descubrir que la gimnasia en la escuela podía prevenir ese achaque. Ella lo sabía todo al respecto.

Al ver a su patrón, la camarera volvió a entrar y él lanzó a la maestra el acostumbrado saludo jocoso:

—¡Abajo la gimnasia!

Ella respondió en el mismo tono: ¡Abajo los fautores del linfatismo y del raquitismo!

El ingeniero se rió y bajó con ella las escaleras. Después le preguntó en voz baja, deteniéndose:

—¿Pero cómo puede estar tan tranquila mientras hay desgraciados que sufren a morir y con pasión por su causa?

Ella lo miró fijamente y le preguntó:

—¿Quién se lo ha dicho?

—El que se lo ha escrito.

—En tal caso —dijo con indiferencia la maestra—, hablemos de otra cosa.

—¡Cómo! ¿Ni siquiera puede oír hablar de él? —preguntó el ingeniero—. ¿Ni un sentimiento de piedad? ¿Hasta ese punto endurece la gimnasia el corazón?

No, respondió ella, no tenía el corazón duro: lo tenía ocupado. Estaba dominada

por una sola pasión y había decidido consagrar a la misma toda su juventud. En cualquier caso, sólo se uniría a un hombre que quisiese dedicar su vida al mismo objetivo. Y confesó con sencillez:

—El que se case conmigo va a hacer mucha gimnasia.

El ingeniero se sonrió y mirando fijamente a la maestra dijo:

—Lo creo. —Luego preguntó:— ¿Entonces el destino del desventurado ya está irrevocablemente decidido?

—De mí no depende el destino de nadie. Y con eso basta.

—¡Amén! —murmuró Ginoni.

Bajaron en silencio los últimos escalones.

—Y sin embargo —dijo el ingeniero en el portalón—, usted todavía le está dando vueltas...

—¡Seguro! —respondió la Pedani—, estaba pensando en otra cosa. Pensaba que los movimientos de los miembros inferiores permitidos a las niñas son demasiado pocos. ¡Fíjese!

El ingeniero soltó una risotada y, apartándose de ella, exclamó:

—¡Abajo Esparta!

Ella se giró:

—¡Abajo Síbaris! —y enfiló la acera a zancadas.

DON CELZANI QUEDÓ HERIDO en el alma por lo que le había contado el ingeniero de forma un poco dulcificada. Y no se sintió confortado en absoluto cuando le animó a no desistir, repitiéndole la comparación con la dinamita de mecha larga, que indudablemente explota más tarde. Cayó entonces en un estado de tormento que producía compasión. Siguió espiando a la maestra cuando salía o regresaba a casa, para toparse con ella o seguirla, y la desesperación, que le había dado todavía más coraje, lo empujaba a dirigirle largas miradas indagatorias e implorantes que acompañaba quitándose el sombrero como un mendigo que, por amor de Dios, suplicase una sonrisa. Ella siempre se mantenía en su sitio, saludándolo con gracia, sin ostentación de su indiferencia, ocultando que se había dado cuenta de que él se apostaba detrás de la puerta, los pilares, las esquinas de las paredes, la portería, y de que se detenía un rato a contemplarla cuando ella pasaba. Era consciente, por otro lado, de que la pasión del pobre hombre se encendía cada día más. Pero no sospechaba cuál era la nueva razón que se escondía tras ello. La reputación de la muchacha iba en aumento. Un artículo suyo sobre Pier Enrico Ling, el fundador de la gimnasia sueca, publicado en *Nueva Competición*, curioso por su temática y su estilo de vivacidad evidente y brusca, especialmente en la descripción de los ejercicios en la escalera ondulada y las espalderas, había sido publicado en un periódico político de Turín y había logrado cierta repercusión. Otra tarde dio una conferencia en la Filotécnica sobre la institución de una gimnasia curativa especial para ciertas deformaciones de los jóvenes, explicando sin pedantería una rara teoría sobre la anatomía. Los periódicos se hicieron eco aludiendo con palabras de simpatía a su persona, a su bonita y extraña voz y a su singular compostura, de gestos vigorosos y contenidos a la vez, que arrancaba los aplausos. Todo esto hizo que fuera muy solicitada para impartir clases particulares, y acudían a su casa maestras que aspiraban a enseñar gimnasia, al no haber cursos abiertos en el gimnasio aquellos meses, chicas que debido a sus defectos no querían hacer los ejercicios ante las demás, profesoras experimentadas que buscaban explicaciones y apoyo. Don Celzani se las encontraba constantemente por las escaleras y a ellas y a otros oía repetir con admiración aquel nombre dentro y fuera de casa. Esa celebridad naciente era un nuevo acicate para su amor, un nuevo estímulo provocador y exquisito para sus anhelos. Sentía un deseo más refinado cuando se imaginaba como el poseedor absoluto de una mujer conocida y admirada. Pensaba que iba a ser doblemente feliz a su sombra, al tenerla para él cuando volvía de una conferencia donde había sido aplaudida, al ser el dueño de aquellas formas que tantos otros sólo alcanzaban a acariciar y a desear con los ojos. Le parecía que incluso aquella felicidad sería más dulce y profunda cuanto más pequeño e insignificante se volviera él junto a ella, un simple marido a ciertas horas, olvidado durante el resto del día, tratado como un servidor, un instrumento, un entretenimiento, una fuerza bruta en casa. ¡Alabado sea Dios! Y esto encendía su corazón todavía más, pues con su cabezota de hombre meditativo, no sin cierto refinamiento clerical, había sido capaz de leer en el fondo de

su espíritu, y de entender que cuando ella diera el paso definitivo iba a ser una mujer fiel, aunque sólo fuese por un sentimiento de dignidad o por la fuerza de la razón, a pesar de que lo considerase inferior a ella en todo. Lo importante era llegar, y además ¡qué le importaban las tomaduras de pelo y las insidias! Sabría lo que hacía, sabría custodiar su tesoro ante las barbas del mundo entero. ¡Se reía de las sátiras del maestro Fassi!



La verdad es que éste le seguía lanzando pullas cada vez que se encontraban, pero con un sentimiento nuevo de acritud hacia la Pedani pues la creciente brillantez de ella lo ensombrecía a él, y además, al estar ocupada con otras cosas, le racaneaba cada vez más la colaboración que tanto necesitaba. Aquellos días había publicado varios artículos provocadores en la revista *Competición* y se había echado encima una horda de enemigos. Atacaba a todos los adversarios de la gimnasia diciendo que los bailarines, al ejercitar sólo los miembros inferiores, obtenían piernas atléticas pero

torsos de pollo; acusaba a los maestros de esgrima de fortalecer las caderas y el hombro derecho en detrimento de unas proporciones equilibradas del cuerpo; la tomaba con los profesores de piano porque eran la causa principal de la vida demasiado sedentaria de las chicas, y con los traumatólogos, que se oponían a la gimnasia porque desacreditaba sus instrumentos de tortura; había pinchado hasta a los boticarios y los drogueros, escribiendo que calumniaban «la nueva ciencia» porque habían hecho caer las ventas del aceite de bacalao. De todas partes le habían llegado agrias reacciones, a las que le daba apuro contestar él solo; y justo en medio de aquella difícil coyuntura la Pedani lo abandonaba. Fassi desahogaba su despecho con el secretario, sin revelar la verdadera razón, tachando a la maestra de ambiciosa e ingrata, aunque por interés mantuviese todavía con ella las mejores relaciones. Y cuanto más la defendía el secretario, peor la ponía él. Finalmente un día discutieron dirigiéndose palabras llenas de brusquedad. El maestro llevó sus críticas más allá de lo acostumbrado y don Celzani le respondió resentido:

—La señorita Pedani es una chica honesta.

—¡Puf! —dijo Fassi—. ¡Si hubiese querido!

—¡Eso no es verdad! —exclamó don Celzani indignado.

El otro estuvo a punto de responder con una buena insolencia, pero recordó que gozaba de una renta reducida y frenó la frase entre los dientes.

—Creo que es mejor —se contentó con decirle— que no intente experimentarlo en propia carne.

El secretario insistió, se separaron bruscamente, y desde aquel momento sólo se saludaron con frialdad.

TAMBIÉN AQUELLA DISPUTA acrecentó el fuego de su amor. Estaban todos de acuerdo para calumniarla y ponerse contra ella. Su tío, el maestro, su mujer, el director, la Zibelli, todos mentían, pero él la amaría a pesar de todo. Y de hecho la amaba más que nunca, pues en la firme constancia de su conducta hacia él e incluso en cada actitud y actuación nuevas que él descubría, encontraba una prueba más de la honestidad de su vida. Apareció un motivo de excitación añadido. Una vez que los albañiles que arreglaban el pavimento del rellano colocaron una tabla sobre la parte que habían quitado para que sirviese de puente a los inquilinos, era para él un verdadero voluptuoso placer salir de casa a tiempo de ver pasar sobre aquella tabla a la Pedani y medir la curvatura de la madera a su paso, lo que de alguna manera le transmitía una sensación indirecta y a la vez dulcísima de su peso. Una mañana tuvo una gran fortuna. Habían quitado la tabla de en medio. Atravesó a tiempo el umbral para ponerla en su sitio cuando la maestra estaba a punto de pasar, imprimiendo a su acto cierta violencia para hacer notar su fuerza. Ella no aprovechó el detalle y superó el obstáculo de un salto; pero al saltar rozó con el vestido su cara ladeada, produciendo en el secretario el efecto de un placentero latigazo. Después le dio las gracias con una sonrisa que lo hizo feliz durante bastantes días. ¿Fue una realidad o una ilusión? Después de aquel día, le pareció ver en sus ojos algo nuevo, un destello de benevolencia, y entendió que era el comienzo de un cambio duradero. Entonces empezó a escrutar aquel rostro con un ardor insólito, como un astrónomo que escruta la cara del sol, unas veces convencido y otras dubitativo, pues el cambio era verdaderamente minúsculo. ¿Podía arriesgarse a plantear su pregunta? ¿Sería demasiado pronto? ¿Pero qué otro estímulo podía esperar?

Vino entonces en su ayuda el ingeniero Ginoni con una idea brillante. Una tarde que se lo encontró en Via San Francesco le dijo:

—Querido secretario, si usted es un hombre de los que hilan fino, tiene que hacer una cosa. En los escaparates de Berry hay una fotografía del barón Maignolt, ese que ganó la carrera de París a Versalles, un velocipedista famoso. La señora Pedani es una gran admiradora del barón. Debería usted coger el retrato para regalárselo. ¿Qué le parece? Ya verá cómo la va a impresionar. Pero escuche: no basta con regalar fotos, hay que emular a los fotografiados. Haga una carrera de resistencia de Turín a Moncalieri, y que hable de ello la *Gazzetta del Popolo*: con eso conseguirá más que con diez años de suspiros.

Don Celzani no dijo ni sí ni no, pero aquella misma tarde compró la fotografía y se la entregó a la chica de servicio de las maestras. Tenía puestas pocas esperanzas en aquella iniciativa, pero aún así esperó a la Pedani a la mañana siguiente, aunque sólo fuera para recibir un frío agradecimiento. Ella bajaba con la Zibelli, que al verlo apretó el paso sin saludar. La Pedani se detuvo y, dedicándole la sonrisa más bonita que jamás le había visto, le dijo con una vivacidad insólita:

—¡Ah, señor secretario, qué amable! ¿Cómo ha hecho para adivinar mi deseo?
Don Celzani se regocijó.

Y la maestra le dijo alegremente, mientras se alejaba:

—No sé cómo corresponderle. Dígame si le puedo servir en algo.

¡Fantástico! Don Celzani estaba en una nube. Se sentía feliz y alucinado, y le pareció que había dado un paso gigantesco, así que había llegado el momento. Con tío o sin tío, con información o sin ella, ya no podía aguantar más, tenía que hacer su propuesta formal lo antes posible, mientras el hierro estaba candente. Lo único ante lo que dudaba era si debía hacerlo de palabra o por escrito, por lo que dejó en suspenso la decisión. Mientras tanto, se puso a elaborar con profunda atención la fórmula que iba a utilizar en ambos casos... Pero mientras la estaba elaborando los hechos se adelantaron.

HACÍA VARIOS DÍAS QUE LA ZIBELLI había vuelto a hacer las paces con su amiga, lo que produjo en su vida un nuevo cambio. Se había encontrado un día en el portalón con un joven maestro de gimnasia, exsargento del Arma de Ingenieros, rubio y elegante, al que ella había escuchado hablar una vez con mucho garbo en una reunión de la Sociedad de la Caja de Docentes. Iba a ver al maestro Fassi, de quien era amigo. La saludó quitándose el sombrero y la acompañó subiendo las escaleras, hablándole con una especial expresión de respeto y simpatía. Se volvieron a encontrar dos días después en casa de Fassi mientras éste estaba ausente y la mujer, al ver que se conocían, no hizo las presentaciones. Como el joven era maestro en la cárcel de La Generala, su conversación tomó un cierto cariz sentimental, explicando cómo habían cesado en aquella casa las peleas sanguinarias, las rebeliones y otros actos violentos, gracias a la institución de la gimnasia, que servía para desahogar la naturaleza de los más fuertes, orgullosos y rebosantes de vida, que tras vencer públicamente en la ejecución de los ejercicios, dominando a los débiles, habían saciado así su orgullo. Continuando el discurso, le pidió explicaciones y consejos, y la escuchó con tanta atención y amabilidad que ella se sintió conmovida. De ahí que con su acostumbrada rapidez renaciese en ella la ilusión de un amor y a la vez la alegría, la cordialidad, la amistad. Se reconcilió con la Pedani, sofocando incluso la envidia por sus glorias gimnásticas que estaban empezando a corroerla; había vuelto a portarse bien en la escuela, deshaciéndose de la capa negra de la pedagogía en la cual llevaba envuelta hacía tiempo, y había empezado a leer libros de literatura e incluso a escribir versos a escondidas, descuidando la administración de la casa, que solía recaer sobre sus espaldas. Con esta nueva disposición de ánimo, le encargó a la Pedani que el primero de mes llevase ella misma el dinero del alquiler al secretario, tarea que era incumbencia de su amiga. Se quedó un poco asombrada, precisamente porque se trataba de ir a ver a don Celzani. Pero la Zibelli, aunque guardaba cierto sabor amargo en relación a él, ya no estaba celosa.

—Ve tú —le dijo bromeando después de darle el dinero en un sobre—, lo harás feliz.

La Pedani cogió de la estantería la *Gimnasia médica* de Schreber que le había prometido al caballero Padalocchi y salió. Llamó a su puerta, la recibió con innumerables cumplidos y, cuando cogió el libro, le dijo que había sentido alguna mejoría después de hacer las inspiraciones y expiraciones. Entonces la maestra le aconsejó que probara la rotación de brazos, explicándole anatómicamente la acción especial que el ejercicio gimnástico de las extremidades superiores ejercía sobre las funciones de los órganos del pecho.

Mientras ella le daba estas explicaciones, el secretario, que estaba solo en casa sentado en la mesa del escritorio del comendador, hacía rato que buscaba pluma en mano las frases más importantes de su solemne pregunta, independientemente de que fuese hablada o escrita. Pero topaba con serias dificultades ya que se trataba de armonizar, de forma que quedase bonita, una declaración de amor apasionado con la

seriedad de una petición de matrimonio capaz de demostrar que previamente había meditado profundamente para tomar su decisión con tranquilidad y plenitud de conciencia. Y además necesitaba deslizar con mucha delicadeza su desahogada condición económica, que no era nada despreciable, y dejar caer la esperanza de una futura herencia de su tío, pese a que éste tenía entre Génova y Milán una caterva de sobrinos. Así que buscaba, escribía, borraba y nunca se sentía satisfecho. Le turbaba un poco la idea de que siendo el primer día del trimestre vendría a verle la Zibelli, que era la factótum, para pagar la renta, visita que lo iba a poner en un apuro ya que ésta le había retirado el saludo. No obstante, la primera frase estaba ya asegurada y era inmutable. Comenzaba: «Señorita, vengo a dar un paso decisivo en la vida de un hombre...». Justo cuando acababa de redondear el primer punto, sonó el timbre. «Ya está aquí la Zibelli», dijo para sí fastidiado, y preparó una expresión digna para recibirla.

En aquel preciso instante se asomó a la puerta la vieja sirvienta y dijo:

—Señor secretario, ha venido la maestra Pedani para la renta.

Don Celzani se incorporó de un salto con el rostro encendido. No consiguió decir «hágala pasar», sólo fue capaz de hacer un gesto.

La Pedani entró y la sirvienta volvió a cerrar la puerta.

La aparición de la maestra produjo el efecto de un cambio repentino en todo lo que le rodeaba: varió la luz de la habitación, los muebles se desplazaron, los contornos de los objetos se desdibujaron, todo se alteró ante sus ojos como les ocurre a los miedosos en un duelo. Iba de un lado para otro en busca de una silla, tartamudeando:

—Siéntese, siéntese —y fue a pillar la que estaba más lejos; la puso al lado de la mesa y le pareció demasiado cerca, la separó y entonces le pareció torcida, la giró, le hizo un gesto sin mirarla para que se sentara, y por fin se sentó de lado. Luego, cogiendo el sobre con su mano, no encontró otra cosa mejor para hacer tiempo y recomponerse que ponerse a contar los billetes con una atención exagerada, como si sospechase que lo estaban engañando.



Después dijo con los labios temblorosos:

—Está bien —y tomó un folio de papel timbrado para escribir el recibo.

Pero al comenzar a escribir, chocaron en su cabeza con tal violencia la tentación de aprovechar aquel momento para formular la pregunta y el temor de que el momento fuese inoportuno y peligroso, que en vez de poner en el papel las palabras de siempre, escribió: «Señorita, voy a dar un paso decisivo...».

Se dio cuenta y rompió el folio enrojeciendo. Cogió otro y empezó a escribir de nuevo con aquella tempestad todavía en su cabeza. La vista se le nublabá, la mano le bailaba, las palabras se le escapaban y tenía la frente empapada de sudor.

La maestra lo miraba tranquila y seria. Ella no se reía en absoluto, carecía de sentido del humor. Si él la hubiera observado en aquel momento, sólo habría visto en sus ojos una ligera expresión de curiosidad compasiva, como aquélla con la que se mira a un enfermo mentalmente enajenado.

Cuando por fin consiguió estampar su firma, su decisión estaba ya tomada.

Dobló el folio y, sujetándolo en la mano para retenerla a ella, se puso de pie y su rostro pasó de rojo a pálido. Luego empezó:

—¡Señorita!...

¡Quién sabe lo que pasó después por su mente! Quizás tuvo una pérdida repentina de coraje o pensó de repente que era mejor emprender antes un diálogo sobre otro argumento para que la declaración no pareciera demasiado brusca y atrevida. Lo cierto es que en vez de decir lo que tenía preparado, cambió de pronto el tono y tragando saliva con su garganta seca, murmuró humildemente:

—Señorita... si necesita alguna reparación...

Esta vez a la muchacha se le escapó una sonrisa. Respondió que no, que todo estaba en orden en su habitáculo, le dio las gracias por la cortesía y levantándose le tendió la mano para coger el recibo.

Había llegado el momento: o entonces o nunca. El secretario tiró hacia sí del papel y, renunciando a pronunciar las palabras que tenía preparadas, porque la confusión no le permitía encontrarlas, se lanzó desesperadamente hacia el peligro.

—¡Señorita! —repitió...

A veces, y esto les sucede incluso a las personas que no son tímidas cuando hablan dominadas por una fuerte conmoción y aún más si es en una lengua que no les es familiar, ocurre que el lenguaje, el tono y el gesto utilizados producen una desviación involuntaria respecto del sentimiento que quieren expresar, de manera que aunque dicho sentimiento sea sincero, sencillo y humilde, les sale un sermón ampuloso, abrumador, desentonado, fingido, como si otra persona que no les comprende estuviese hablando en su lugar, casi con la intención de hacerles fracasar en su objetivo. Esto le sucedió al pobre don Celzani. Dándose golpes de pecho, poniendo una voz demasiado engolada, dando vueltas con la mirada alrededor de la maestra como persiguiendo el vuelo circular de una mariposa, y moviendo de mil formas extrañas sus gruesos labios como si estuviesen entumecidos por el frío:

—¡Señorita! —declamó—. Tengo una cosa que decirle. Permítame, permíteme, sé que éste no es el lugar adecuado. Pero hay momentos, hay sentimientos ante los cuales la honestidad, a pesar de ser un afecto honesto, aunque sea ante Dios, es imposible, todo hay que decirlo, todo tiene disculpa, es un deber dejar que las cosas se expresen. Yo ya me he explicado. Usted conoce mis sentimientos. Nunca, nunca fueron una ligereza, desde el primer día. Jamás. Siempre he tenido esta intención. No quiero llevar nunca más este peso sobre mi conciencia. Si he sido osado, Dios es mi testigo, ha sido con la intención más pura, el fin más sacrosanto, por el amor de mi vida, y, aunque no lo he escrito, aquí estoy para decírselo, señorita. ¡Deme su mano! ... Quizás esta no es la mejor manera, pero hablo a un alma cándida. El fruto está maduro. He meditado. Le habla un caballero. Mi tío está de acuerdo. Crea en mi corazón. La mía ya no es vida. Sólo le pido su mano. ¡Una sola palabra! Pronuncia mi sentencia.

(«Pronuncia» fue un *lapsus linguae*).

Dicho esto, jadeando, clavó sus ojos dilatados en el rostro de la maestra, con una expresión casi aterrorizada.

La maestra, que había sonreído ante las primeras palabras y había escuchado con seriedad las últimas con el rostro ligeramente enrojecido, aunque el rubor desapareció enseguida, arrugó la frente al acabar. Después, fijando la mirada en un almanaque colgado de la pared, con un tono muy natural que producía un curioso contraste con el del secretario y con una voz grave que parecía de barítono, respondió:

—Mire, señor secretario, yo no sé encontrar giros de palabras para decir ciertas cosas... como se deberían decir. Expreso con franqueza mi pensamiento, permíteme. Sólo puedo darle las gracias por sus buenas intenciones. Es más, me siento honrada. Pero... si hubiese tenido la idea de aceptar, la habría manifestado inmediatamente, después de su carta, porque se sobreentendía. Le digo de verdad que me siento muy honrada. Pero la cosa es que sinceramente yo no tengo vocación para el matrimonio. Por mis ocupaciones necesito ser libre; he decidido ser libre. Además... tengo veintiséis años y si hubiera albergado otras inclinaciones, las habría perseguido hace tiempo. Así que... en definitiva, no sé encontrar las frases. Lo siento, se lo agradezco, esto es todo. Deme, por favor, el recibo.

Aquellas palabras provocaron un grito de amor herido y tuvo un arranque de naturalidad.

—¡Ah, no señorita, no! —exclamó don Celzani agitándose—. Usted habla así porque no me conoce. Yo no soy como los demás, ¿qué se piensa? Yo la quiero en serio, llevo mucho tiempo sufriendo, no pienso en otra cosa. ¿Qué puedo hacer? Usted dice que quiere ser libre y eso no es un problema para mí. No pretendo ser su dueño. Usted no me entiende, yo sería su siervo sin pedirle nada, no soy nadie, estaría a sus pies, sería demasiado feliz. ¡Me volvería loco! Usted no me conoce, no sabe cómo soy, que me está haciendo perder la cabeza, que le daría mi sangre y la salud de mi alma... ¡Alabado sea Dios! ¡No me diga que no! ¡Tenga misericordia de un caballero!

Y diciendo esto alargó los brazos y se inclinó ante ella, levantando el rostro en tono suplicante como el *San Antonio ante el Niño* de Murillo.

La maestra, asombrada al ver el calor de la pasión de aquel hombre, lo observó un momento, echó una ojeada a la puerta y volvió a mirarlo con una vaga expresión de pesar. Parecía pensar: «¡Qué pena que no sea otro!».

Pero entendió enseguida que su silencio podía ser malinterpretado y se apresuró a decir con el tono más amistoso que pudo:

—Vamos a dejarlo, señor Celzani. Ya le he dicho cuáles son mis sentimientos. Usted tiene muy buen corazón. Encontrará a otra que le corresponda como se merece. Usted se engaña conmigo: no soy como quizás se imagina. No soy tierna. Tengo el corazón de un hombre. No sería una buena esposa. Le aseguro que soy sincera. Tiene que asumirlo... y deme el recibo. No es conveniente que me demore más tiempo.

Don Celzani se quedó petrificado. Pero el terror de quedarse solo en casa, con la

desesperación de aquel rechazo en el corazón, le sobresaltó de nuevo, y le empujó a implorar desconsoladamente en una última tentativa:

—¡Al menos tómese tiempo para responder! ¡Piénselo un poco más! ¡No me de un no definitivo!

La Pedani sufrió un ataque de impaciencia y, dando un paso adelante, alargó la mano para atrapar el recibo. El secretario instintivamente le aferró la mano y, pareciendo presa del vértigo, cayó de rodillas de golpe. Completamente ciego y suplicante, se atornilló furiosamente a sus rodillas, restregando su rostro convulso contra su vestido. Entonces fue como un rayo: dos manos robustas deshicieron el nudo de sus dedos entrecruzados y, con un empujón impetuoso y viril, lo pusieron en pie de un salto, dejándolo desconcertado.

—Señor Celzani —dijo severamente la maestra con un acento más de fastidio que de resentimiento—, estas cosas conmigo no se hacen. —Y añadió tras una pausa:— Se lo digo de una vez por todas.



Pero el secretario casi no la oyó. El dolor inmenso del rechazo, la vergüenza, el terror del devenir quedaron sofocados un instante por la sensación profunda y violenta de aquel abrazo, revelador misterioso de tesoros que superaban sus fantasías y que le dejaban como el estupor de un contacto sobrehumano.

Se disgustó al ver a la Pedani aproximarse a la puerta y con paso vacilante e impetuoso se acercó a ella; pero cuando estaba a un paso se detuvo. Tenía ya la mano sobre el picaporte de la puerta. La retiró mirándolo con una sonrisa indulgente y después se la tendió con un riguroso gesto de camaradería, tratando de quitarle a aquella concesión cualquier sensación de ternura. El secretario lo entendió y le dio la suya muerta.

Ella volvió a ponerse seria y dijo:

—Nos hemos entendido, entonces... nunca más.

Él repitió maquinalmente, como un necio:

—Nunca más.

No la acompañó. Al atravesar la antecámara, la maestra oyó un lamento largo y sordo, como un gemido sofocado por los puños y el estrépito de unos pies precipitados pataleando como una mula desbocada. Y salió sacudiendo la cabeza, piadosamente.

DESDE AQUEL DÍA DON CELZANI FUE OTRO. No volvió a esperar a la maestra por las escaleras; comenzó a fumar puros Virginia; se dedicó a frecuentar el cercano café de Monviso y el teatro Alfieri; adoptó unos andares más desenvueltos y se entregó en cuerpo y alma a su trabajo de secretario con un ahínco nunca visto, como si las propiedades del comendador se hubiesen triplicado de repente. La rareza lo llevó hasta el punto de cambiar su eterna corbata de seda negra por otra color turquesa, que le confería incluso un aire hasta atrevido. Todos los inquilinos pudieron notar la transformación. A veces lo oían solfear por las escaleras; lo veían subir y bajar dando pequeños saltos; lo encontraban por la calle en compañía de jóvenes de su edad con los que nunca lo habían visto, gesticulando con una cara nueva y moviéndose con posturas propias de un cura que hubiera colgado los hábitos y quisiera disimular un estilo anticuado. Sólo el ingeniero Ginoni sabía el por qué de aquel cambio y le tomaba el pelo. Le decía al secretario cuando se lo encontraba:

—Se desvaneció el encanto y por el suelo yace el yugo.

O bien:

—Por fin respiro, oh Nice.

—¡Bravo secretario!

Y éste le respondía con un gesto cómico, como diciendo: «Todo ha pasado». Y así aguantó todo el mes de marzo.

Pero después... recayó más perdidamente enamorado que antes.

¡Qué puedo hacer! ¡Alabado sea Dios! A principios de la nueva estación la Pedani se había puesto un vestido de lanilla color marrón, guarnecido con un adorno de seda negra, sencillísimo, un trapillo que podía costar treinta liras con la factura, y que tendría incluso defectos de corte; pero la verdadera y maravillosa modista era la persona que lo rellenaba y lo paseaba, proporcionando la información de los contornos más seductores que un escultor de diosas hubiese tallado jamás. Había días, al volver de gimnasia, en que las horas al aire libre, el sol y el ejercicio conferían a su carne el esplendor caliente de la juventud madura, la frescura de un cuerpo de nadadora recién salida del agua, que se esparcían a su alrededor como la fragancia embriagadora de un árbol en flor. Y pasando al lado de don Celzani con paso ligero le decía:

—Buenos días —con una nota de oboe, clara y profunda, que parecía un grito provocador e involuntario truncado a la mitad. El pobre don Celzani resistió tres o cuatro de aquellos encuentros, pero después perdió la cabeza: dejó el café Monviso, el teatro, los amigos, los puros Virginia, las carreras por Turín y las actitudes desenfadadas. De su intrépida rebelión de un mes atrás sólo quedó la corbata turquesa.

Durante aquel mes meditó mucho y el fruto de sus meditaciones le hizo entrar en una nueva etapa en la que varió de táctica amorosa, esforzándose por dar a su pasión la apariencia de una tranquila amistad. No más emboscadas, no más miradas suplicantes ni saludos temblorosos ni silencios de adoración. Él paraba a la maestra

subiendo las escaleras y la acompañaba pegando la hebra con cualquier disculpa, hablando del tiempo, de los horarios escolares, de una reparación que había que hacer, de un inquilino, de cualquier bagatela con tal de hablar y entretenerla, de habituarla a su compañía, de convencerla de que ahora ya podía estar con él sin miedo de que volviese a intimidarla como antes. Y lo consiguió. Ella sospechaba, aunque confusamente, que bajo aquella nueva actitud escondía una intención oculta, un propósito lejano, pero por lo menos se había tranquilizado y se podía charlar con él; hasta el punto de que despojado de aquel amor loco, era una persona educada y un pobre diablo, que no le acababa de disgustar. Y así se empezó a establecer entre ellos cierta familiaridad.

LAS COSAS, ADEMÁS, SE HICIERON más fáciles debido a una nueva declaración de guerra de la maestra Zibelli, que otra vez dejaba salir sola a su amiga. Se produjo a continuación este caso jocoso: ambas amigas se encontraron, por primera vez las dos juntas, en la plaza Solferino con un maestro rubio de la Generala que se paró a hablar con ellas y, en cuanto pronunciaron cuatro palabras, se aclaró el equívoco de que éste había confundido hasta aquel momento a la Zibelli con la Pedani, a la que conocía sólo por la fama y admiraba por sus artículos. La Zibelli vio cómo dirigía inmediatamente hacia la otra, y por duplicado, los obsequios y la admiración de la que ella había sido antes el objeto. Descompuesta por este descubrimiento, después de pasar unos días horribles, en los que hostigó a su amiga de la mañana a la noche, se volcó con ardor en la religión: iba a misa todas las mañanas, estrechó lazos de amistad con las señoras devotas del primer piso, se cubrió el rostro con un velo negro y dedicaba cualquier retazo de tiempo libre a las lecturas ascéticas, que consumía con fruición hasta incluso por la noche. También aquellos días, a causa de un acontecimiento extraordinario, se recrudecieron los celos que sentía desde hacía tiempo por los triunfos gimnástico-literarios de su amiga. Había llegado a Turín el ministro de Educación, Guido Baccelli, y apareció de forma inesperada con el alcalde y un asesor, seguido de un nutrido séquito, en la escuela Margherita mientras la Pedani daba clase de gimnasia. Otra habría perdido el control. Pero ella no se turbó y, formando a todas sus alumnas, les hizo ejecutar unos pasos rítmicos, dando órdenes con tal variedad, precisión y vigor que, un poco por esta razón y otro poco por efecto de su belleza, el ministro le prodigó calurosos elogios y entabló con ella una conversación sobre los métodos gimnásticos ingleses que le causó más admiración de la que le habían causado los ejercicios. Los periódicos se hicieron eco del suceso, publicando su nombre y contribuyendo a su gloria. Y la Zibelli no fue la única que sintió celos: el maestro Fassi se puso furioso. Justo aquellos días la Pedani también había sido nombrada maestra de gimnasia de las monjas Vicentinas del Cotelengo. Una sucesión tan inaudita de éxitos empezaba a resultar insoportable, y sólo se podía explicar debido a un proteccionismo secreto. Fue entonces cuando al maestro se le metió en la cabeza que el que la ayudaba a recibir todos aquellos favores era el comendador Celzani, a petición del sobrino. Y no pudo reprimir desahogarse con él.

—Es una vergüenza —le dijo un día sin preámbulos— que mientras hay profesores de gimnasia que sudan estudiando desde hace veinte años sin haber podido obtener nunca un favor, y ni siquiera se ven compensados por la fama, haya quienes se abren camino y obtienen honores gracias a las faldas. ¡Es un trapicheo repugnante que denunciaré ante la prensa!

El secretario fingió no entender. Pero su fingimiento sólo sirvió para reafirmar al maestro en su idea, de tal manera que, aunque conservó interesadamente una aparente amistad con la Pedani, a él le retiró el saludo y su mujer hizo lo mismo. Así que ya eran tres los que, por culpa de la maestra, le habían declarado la guerra.

DON CELZANI, OBSTINADO E INTRÉPIDO, seguía coloreando su dibujo para tratar de ganarse la amistad de ella. Le hizo un día un verdadero obsequio regalándole un número del *Gimnasta triestino* que había caído en sus manos por casualidad y contenía un artículo sobre la danza pírrica. Otro día le llevó un número de la *Tribuna*, que recibía su tío, donde se informaba de la respuesta negativa de la oficina de higiene del municipio de Roma a todos los directores de las escuelas que habían pedido su parecer sobre la mayor o menor conveniencia de tener alumnos en la posición de brazos cruzados. La maestra agradeció mucho el detalle y le explicó que había tratado ya aquel argumento en un artículo. El secretario le preparaba otras gratas sorpresas. Desde hacía un tiempo le asaltaba la tentación de entablar con ella algunas conversaciones para las cuales se estaba preparando, pero no acababa de atreverse. Un día por fin lo hizo. Habiéndole anunciado ella que asistía a un curso de anatomía, él le contestó tímidamente:

—La anatomía... Hace usted bien, porque sin esos conocimientos no se puede saber el valor... fisiológico de cada ejercicio y sin ello los ejercicios no se pueden clasificar... fisiológicamente, que es la categoría más útil.

La maestra lo miró con asombro y asintió. Era un primer paso. Otro día que estaba más animado le preguntó qué pensaba sobre el asunto de los aparatos.

También esta pregunta la dejó gratamente asombrada. Y le respondió que no estaba de acuerdo con los que querían abusar de ellos, tratando de convertir los gimnasios en circos acrobáticos, algo que asustaba a las familias y era realmente un peligro. Pero tampoco daba la razón a los que exageraban por el lado contrario e incluso los querían abolir. ¿Adónde conduciría aquel camino? A una gimnasia infantiloides con la que no se puede educar esa facultad especial que tienen los jóvenes, que es el arrojo físico, necesario para todos y sin el cual posteriormente no se consigue ejercer ninguna profesión civil y arriesgada si no es pagando el precio de hacer duros esfuerzos y de quedar en ridículo.

Don Celzani se mostró de acuerdo gesticulando repetidas señas con la cabeza.

—Yo también estoy convencido —dijo buscando las palabras— de que el desarrollo completo de todos los miembros sólo se obtiene con la ayuda de los aparatos. Es posible dejar aparte aquéllos cuya utilidad se puede poner en entredicho; pero los que tienen una utilidad... antropológica... demostrada, en mi opinión, son indispensables.

—¡Menos mal! —exclamó la maestra mirándolo con curiosidad—. ¿Y no le parece que, en relación al número y la modalidad de aparatos, habría que dejar libertad a cada profesor para aplicar sus propios conocimientos y convicciones?

—No hay duda —respondió don Celzani con seriedad—. Si no se hace esto, se le quita al profesor el interés por investigar, por preparar sus propios ejercicios en relación a las distintas categorías... —y las contó con la punta de los dedos—... anatómica, pedagógica, colectiva, individual y otras. ¿Entonces quién investigaría y pondría en práctica nuevas experiencias?...

La maestra volvió a mirarlo con asombro y complacencia a la vez. Y picada por la curiosidad, deteniéndose en la escalera le preguntó:

—¿Cuáles serían los aparatos que usted consideraría indispensables?

—Los aparatos que yo consideraría indispensables —respondió don Celzani con el tono de un alumno interrogado por el profesor y volviendo a contar con los dedos — serían... las pértigas de ascensión... la barra de equilibrio, no demasiado elevada del suelo, que es inútil... la barra fija... por supuesto las paralelas y el plano inclinado... Todo lo más, eliminaría algún ejercicio... el columpio de salvamento, por ejemplo.

—¿Cómo —preguntó vivamente la maestra—, también usted es de los que encuentran peligroso el columpio de salvamento?

—No, me he equivocado —respondió el secretario—, el columpio de salvamento, la verdad es que se debería dejar. De hecho, ¿qué peligro hay?... Alguna pequeña torcedura, como mucho. Estamos de acuerdo también sobre esto.

—Entonces, ¡estamos de acuerdo en todo! —exclamó la maestra satisfecha—. Ciertamente, no se puede tener sentido común y pensar de otra manera.

Después, asaltada por la curiosidad, mientras estaban ya bajo el portón, le preguntó con una sonrisa singular:

—¿Hace mucho que se dedica a estos estudios?

El secretario enrojeció y puso un gesto anodino sin decir nada. Pero desde aquel día cada vez que se la encontraba volvía a la carga con el argumento. El comendador poseía libros de gimnasia que le habían regalado sus autores cuando ejercía el cargo de viceconsejero de educación, y paquetes de números del *Gimnasta aretino* que le había mandado hacía algunos años un amigo toscano. Don Celzani se leía todo para prepararse preguntas y respuestas, y así podía sostener la conversación. Por fin había entrado al trapo y admiraba la perspicacia del ingeniero. Ahora, mientras se mantenían ocupados con aquellos discursos, la maestra se detenía cada cuatro escalones y él disfrutaba así de una deliciosa comodidad para admirarla, como nunca había tenido. Se aprendía de memoria todos los pliegues, todos los botones, todas las cintas de aquel escalofriante vestido color marrón; descubría pequeños movimientos habituales en ella que no había observado nunca, estudiaba sus dientes blancos uno por uno; realizaba con los ojos verdaderos viajes de exploración alrededor de sus formas. A veces estaba tan absorto en sus pesquisas amorosas, que se olvidaba de responder o salía por peteneras. El único problema fue que, con este juego, perdió bien pronto el dominio de sí mismo, que tan necesario era para sus fines. Poco a poco empezó a pensar que la simpatía que ella mostraba por el argumento de sus conversaciones en realidad era simpatía hacia él. Le parecía que lo saludaba, lo observaba, lo escuchaba de una manera totalmente distinta y sentía temblores cuando ella le miraba fijamente a los ojos al exponerle sus razones. Estuvo dos o tres veces a punto de traicionarse, de aferrar su bonito brazo en el aire cuando imitaba un movimiento en la barra de suspensión. Pero consiguió contenerse. Se había

entusiasmado tanto que decidió acometer una nueva prueba, preparada con más astucia que la otra, pensando en ponerla en marcha el uno de mayo, cuando ella fuese a su casa para pagar el alquiler. Estaba convencido de que esta vez no le podría rechazar del todo. Existía una relación entre ellos. La idea de que, casándose con él, ella tendría un interlocutor inteligente para sus conversaciones preferidas, un espejo que reflejaba permanentemente su pasión por excelencia, una especie de secretario intelectual, le parecía que podía influir con gran peso en su decisión. Y para darle el último empujón, él se reservaba la revelación de un secreto que desde hacía un tiempo escondía celosamente por pudor a todos los vecinos.

Pero, por desgracia, ya no era un secreto para todos. Un día antes del que había fijado para su tercera declaración, el estudiante Ginoni, al regresar a casa a la hora de almorzar, contó una noticia que hizo soltar a todos una carcajada.

—Papá —dijo cruzando los brazos sobre el pecho— ¿quieres que te cuente una cosa increíble?... ¡Don Celzani va al gimnasio!

Y después de la risotada se sucedieron las exclamaciones de incredulidad. Pero él lo había visto realmente entrar en el gimnasio del curso Umberto a la hora en que accedían los demás socios. No había lugar a dudas.

LAS ESPERANZAS PUESTAS POR DON CELZANI en el uno de mayo se fueron al garete por un acontecimiento imprevisto. El comendador, que solía pasar fuera los primeros días de mes para escalonar las visitas de sus inquilinos, se quedó en casa aquel día, clavado como siempre en la butaca, como si los estuviese esperando. Don Celzani, que había dispuesto todos los preparativos para el asalto, se mordía las manos de rabia. Esperó hasta las once para ver si su tío decidía marcharse, pero después perdió toda esperanza y se puso a dar vueltas por las habitaciones con el diablo en el cuerpo. De pronto se le pasó por la cabeza una idea consoladora: tal vez su tío sentía curiosidad por ver de cerca a la Pedani y charlar con ella, ya que hasta entonces sólo habían intercambiado saludos en la escalera, y quizás eso era indicio de que tenía buenas intenciones. Después de la visita al director, su tío no le había vuelto a hablar del asunto, pero don Celzani entendía que no ignoraba la persistencia y la decisión de su pasión. ¡Quién sabe! Quizás era éste su plan. Y entonces su tormento se convirtió en impaciencia. Seguro que venía como la otra vez, a la hora y media. Cuando llegó la hora, el comendador estaba sentado en el escritorio con su majestuosa cabeza blanca abandonada sobre el respaldo de la butaca y los ojos azules vueltos al techo. Quizás por diplomacia, o quizás por otra razón, cuando la sirvienta anunció a la Pedani hizo el ademán de ceder el puesto al sobrino marchándose, pero después cambió de idea.

La maestra entró y daba la impresión de que no le desagradaba encontrar allí al casero, tal vez porque su presencia hacía imposible una nueva declaración como la que se temía.

El comendador mostraba una rara cortesía con sus inquilinos y empleaba con el sexo femenino unas formas exageradamente respetuosas y decorosas. Se levantó, se inclinó con los ojos cerrados ante la muchacha y, volviéndose a sentar, le insistió para que se sentara ella también. El secretario cogió el dinero y escribió el recibo con manos vacilantes, lanzando continuas miradas de arriba abajo a ambos. Se sentía conmovido como un jovencuelo, como si la Pedani estuviese haciendo su primera entrada en la familia y tuviesen que fijar el matrimonio en aquella reunión.

—¿Qué tal señorita —preguntó el comendador con un tono de dignidad que trató de dulcificar con una sonrisa ceremoniosa cuando el secretario le entregó el recibo a la maestra—, cómo va la gimnasia?

Era evidente que quería hacerla hablar un buen rato.

La maestra respondió que todo iba como siempre: un montón de prejuicios que superar por parte de los padres de las alumnas y también de las autoridades, por lo que los profesores estaban en lucha continua, en detrimento, claro está, de la enseñanza.

—En la gimnasia femenina sobre todo —dijo el comendador gravemente.

—En la femenina sobre todo —repitió la Pedani animándose— por un montón de preocupaciones... infundadas. Usted lo debe saber. Yo no digo que con la mentalidad actual se puedan poner en práctica de inmediato las teorías de los seguidores

avanzados de Baumann, que no diferencian entre la gimnasia masculina y la femenina. Pero al punto al que se pretende reducir... es desde luego demasiado.

El comendador asintió con los párpados. El problema, según él, era que se enseñaba la gimnasia para realizar números en los espectáculos y en las visitas oficiales; por esto se excedían en la ponderación y la discreción de los movimientos.

—Es verdad —dijo la maestra con ímpetu—. Es lo que yo digo siempre. —Y cada vez más enfervorizada con la conversación, ajena o incrédula ante lo que el ingeniero le había dicho, con la ingenuidad de una monomaniaca tocó la tecla predilecta del exasesor.

—Dicen que las chicas no deben ejecutar los mismos movimientos que los chicos. Y digo yo: esos movimientos son higiénicos o no lo son. Si lo son, ¿cómo se pueden obviar sin una razón de peso? Porque éste es el asunto. Las chicas sólo tienen que practicar gimnasia delante de sus maestras o de sus madres. Por lo tanto, si suprimimos los espectáculos que lo estropean todo, quedan eliminadas todas las dificultades.

El comendador estaba de acuerdo. Sinceramente, en su opinión, había que dejar los espectáculos en paz, pero no lo dijo. Se limitó a formular una observación general sobre la enorme necesidad, especialmente para las chicas, de una gimnasia más enérgica, más en línea con la que estaba en boga en Alemania. La nueva generación, en su opinión, dejaba mucho que desear.

Había tocado la fibra más sensible de la maestra.

—¡Que si deja mucho que desear! —exclamó—. Usted, señor comendador, no puede hacerse idea. Pero nosotros que vemos de cerca a nuestras alumnas, que tenemos el deber de examinarlas y palparlas, nosotros tocamos con la mano esa imperiosa necesidad de la que usted habla. Si usted lo viera...

El comendador entornó los ojos y prestó una profunda atención.

—Si usted las viera —continuó la maestra— ¡no les corre la sangre por las venas! No hablo de las que tienen verdaderos defectos físicos. Pero hay un gran número de ellas con una constitución bastante buena, sin ningún defecto en el organismo ni enfermedad declarada, y sin embargo dan pena. Han crecido rápido, pero sólo se les ha alargado el esqueleto, porque el sistema muscular no se ha desarrollado proporcionalmente. No tienen hombros, ni brazos, ni pecho. Sin duda alguna, no hay que temer a la presión... en la parte delantera, como hacen las madres. Con el más pequeño esfuerzo, jadean, sudan; las hay que se desmayan. Parecen niñas saliendo de una enfermedad. Es muy triste que impongan estas restricciones monacales en la enseñanza con el estado en el que se encuentran las chicas, que lo único que deberían hacer es gimnasia de la mañana a la noche.

—¿Qué restricciones le imponen, generalmente? —preguntó el comendador mirándose las uñas.

—Bueno, de todo tipo —respondió la Pedani—. Nos restringen al máximo los ejercicios de abductores y levantamiento de piernas y... qué sé yo. Luego en las

paralelas y el potro, y también en la barra fija, ninguno de los ejercicios en los que sea necesario levantar los miembros inferiores... Para las mayorcitas, nada de subir por la cuerda, ni por la pértiga. ¿Qué le parece? —Y prosiguió.

El comendador escuchaba con los ojos azules fijos en la bóveda, como inmerso en una contemplación celestial, moviendo lentamente la cabeza en señal de acuerdo.

—Y con todo y con eso —continuó la maestra—, lo que nos hace apasionarnos cada vez más con nuestras ideas es ver los progresos que se obtienen a pesar de lo poco que se nos permite. Usted no se puede creer el cambio que se nota después de un mes de gimnasia en las chicas de doce años en adelante, y más aún en las que son delgadas y anémicas por enfermedades sufridas en la infancia o por linfatismo adquirido. En un mes, aumenta el rubor de las mejillas, que antes era sólo un circulito, los brazos se redondean, el dorso se endereza, los músculos se dibujan... A veces, al mirarlas por detrás, no se las reconoce, parecen mujercitas hechas y derechas, han adquirido esa elegancia y ligereza de movimientos que son la verdadera belleza estética, especialmente en los miembros inferiores..., un desarrollo que deja asombrado a cualquiera. Es de verdad consolador.

Sí, era consolador también para el comendador, que seguía el curso de sus pensamientos. Y le hizo una pregunta que pareció brotar de una profunda meditación.

—Además de esto —dijo—, a usted también le darán una satisfacción especial las pocas que deben de tener una aptitud física excepcional para la gimnasia y un ardor como el suyo; porque, siendo un grupo grande, seguramente las habrá. —Y entornando los ojos, volvió a fijarlos en el techo, como esperando saborear la respuesta.

—¡Ah, eso sí! —respondió la maestra excitándose—. ¡Las hay! Y yo las reconozco a primera vista en cuanto se presentan, que no es tan fácil. Porque las que tienen mejores aptitudes no son siempre las más delgadas y de apariencia más ligera, ya que depende de la estructura más o menos armónica de los miembros. Las hay rellenitas, por ejemplo, que uno podría pensar que son pesadas y torpes y, sin embargo, poseen una agilidad y elasticidad que te dejan asombrado. Usted, señor comendador, tendría que ver, en las horas del recreo, a las Hijas de los militares...

El comendador cerró los ojos.

—Porque —siguió la maestra— el reglamento de la gimnasia si quiere podrá restringir los movimientos, pero después, fuera de la clase, las mejores hacen lo que quieren. Tengo una docena en San Domenico, entre catorce y dieciocho años, que podrían actuar en un espectáculo teatral, verdaderas acróbatas que realizan giros de vértigo en la barra fija, saltos desde el trampolín de un metro y medio de altura, ¡unas volteretas...! —Y añadió con una sonrisa:— Por fortuna no hay espectadores. De verdad le digo que tienen brazos y piernas de acero y unas cinturitas que se mueven como muelles: una belleza, le aseguro. ¡Y pensar que podrían estar todas así!... ¡Sería una bendición!

Sí, sería una bendición; el comendador estaba más convencido que nadie. Y

después de una breve meditación, volviendo a la realidad de repente, dijo lo que pensaba:

—Esperemos, señora maestra, poco a poco todo llegará. Las buenas teorías siempre acaban imponiéndose. Las resistencias van cediendo por todas partes. Y usted continúe con constancia haciendo su apostolado, que hace una labor sacrosanta por el bien de nuestras niñas: todos tenemos que agradecerse.

La maestra se levantó dándole las gracias. Se incorporó también él y, adelantándose al sobrino, la acompañó amablemente hasta la puerta, donde le hizo una profunda reverencia.

El secretario, que durante todo el tiempo se había quedado aparte en pie, inmóvil, sin perder una sílaba de la conversación y espiando a la vez las dos caras, se regocijaba pensando que la maestra debía de haberle causado a su tío una excelente impresión.

Éste, al volver, se quedó parado en medio de la habitación y, pasándose una mano por sus majestuosos cabellos blancos, dijo con acento paterno, casi hablando para sí:

—¡Una simpática señorita!

Y se quedó absorto en sus pensamientos.

—Entonces —preguntó temblando don Celzani—, ¿no tiene usted ninguna objeción que hacer?

En un principio, su tío no entendió lo que quería decir. Después, cuando se dio cuenta, respondió sin prestar atención:

—Para mí... ninguna. Pero —añadió mirando a su sobrino de los pies a la cabeza—, ¿te ha dado el sí?

Éste adoptó su compostura de cura, una mano sobre otra y los ojos bajos y brillantes, y respondió con pretendida humildad:

—Lo espero.

—Veremos —dijo su tío, mirándolo fijamente una vez más y, volviéndose a sentar en la butaca, con la nuca apoyada en el respaldo y los ojos entornados, se perdió en sus pensamientos.

DON CELZANI SE QUEDÓ FELIZ. El camino estaba completamente despejado y después de aquella visita seguro que la maestra se mostraba más receptiva que antes. Él pensaba hacer una primera pregunta de prueba, con la debida cautela, y luego dar el golpe de gracia cuando la primera pregunta hubiera sido bien aceptada. Podía hacerla en cualquier sitio. Buscó la ocasión en las escaleras, pero no tuvo suerte. La Zibelli había llegado a la centésima reconciliación con su amiga, cuyo distanciamiento había sido motivado por una de las causas de siempre. El estudiante Ginoni, viendo que sus continuos asaltos eran rechazados por la Pedani, se dedicaba a colmar de atenciones a la Zibelli, en parte en represalia y en parte por esa buena dosis de malicia propia de los chavales, que le hacía creer que podía conseguir el amor causándole desagrado. No era un cortejo abierto, sino una especie de «tonteo», medio en serio medio en broma, conversaciones amistosas, algún ramito de flores y expresivos apretones de mano cuando la encontraba sola. Y sin embargo, sin dar mucha importancia a aquellas manifestaciones, la Zibelli, que no sospechaba el por qué de todo aquello, las agradecía como una caricia para su amor propio, un regodeo, un agradable acicate para su fantasía. Por eso, al estar otra vez de buenas con la Pedani, cada vez que sabía que no se iba a encontrar al joven, la acompañaba al salir y al entrar siempre detrás de ella. Por este motivo fracasaron varias emboscadas de don Celzani.

Otra vez, mientras él estaba a punto de pillar a su belleza completamente sola, salió de casa el profesor Padalocchi y se detuvo ante ella, quejándose de su tradicional dificultad para respirar y para comentarle que la rotación de brazos que ella le había sugerido lo fatigaba demasiado. Después de meditar un poco, la maestra le aconsejó la lectura en voz alta, diciéndole que la aceleración de la respiración en este ejercicio estaba calculada en un 1,26, pero que tratase de leer con la corbata holgada, lo que le haría sentir bastante alivio. El secretario esperó a que acabasen de una vez, pero el pelmazo del viejo pidió aclaraciones sobre las flexiones de la gimnasia Schreber, y entonces renunció a su propósito.

Otra vez, cuando casi la había alcanzado, sola y a pie por la escalera de regreso a casa, hete aquí que apareció detrás el ingeniero Ginoni, que también regresaba. Después de que don Celzani recayese en su pasión, había vuelto a jugar con él el papel de protector medio benevolente, medio burlón. Pero esta vez le dio un disgusto.

—Señorita Pedani —dijo con la mayor seriedad pasando una mano sobre el hombro del secretario— le presento a uno de los más asiduos y valientes acróbatas del Gimnasio de Turín.

Don Celzani lo negó enrojeciendo, tembloroso y encendido de rabia. Le habría gustado esconderse y deseó con todas sus fuerzas una desgracia para aquel impertinente. La maestra profirió una exclamación de asombro, mirándolo como para descubrir los cambios que la gimnasia había producido en su persona. Justo en aquel momento, él acababa de adoptar su compostura de santurrón, pero a ella le pareció que sus ojos eran más vivos. Aún así, dudó de que fuera una broma.

—No ve que no lo puede negar dos veces —dijo el ingeniero—. Créame, señora maestra, haber mandado a don Celzani al Gimnasio va a ser su mejor proeza.

Aquel *don* hirió vivamente una vez más a Celzani. Pero vio en el rostro de la muchacha una sonrisa tan sincera de complacencia, sin sombra de burla, que se consoló. Sí, el momento había llegado y haría bien en no tardar ni siquiera un sólo día. Y aquella misma tarde, por la noche, a la hora en que sabía que la Zibelli estaba fuera, con el pretexto de ir a comprobar si había una avería en la tubería del agua potable, subió a casa de la Pedani.

Esperaba ser recibido en su habitación. Ella lo hizo, sin embargo, de pie en el salón. Llevaba puesta la «camisola» de gimnasia, de rayitas turquesas, que le dibujaba admirablemente los hombros, y una faldita blanca con una manchita de tinta sobre la rodilla. Por primera vez parecía un poco avergonzada por su aspecto, lo que asombró a don Celzani. Pero la vergüenza no se debía a su visita, cuyo objetivo adivinaba, sino a la absoluta certeza de que la chica de servicio —como si la estuviese viendo apostada detrás de la puerta—, no iba a perder una sílaba de la conversación. Se vio obligada, por tanto, a ser breve y casi dura con las palabras, tratando de templar aquella dureza con la expresión del rostro.



—Señorita —dijo don Celzani despacio y temblando después de hablar en voz alta de la tubería—... vengo por última vez a preguntarle... si sigue teniendo la misma idea.

Ella lo miró con aire de benevolencia, echó una ojeada a la puerta y repitió con un ligero acento apenado sus mismas palabras:

—Sigo teniendo la misma idea...

Don Celzani palideció. Y preguntó más bajo:

—¿In...namovible?

La maestra volvió a mirar hacia la puerta y, bajando un poco el rostro en acto de piedad, respondió:

—Sí.

El secretario se pasó una mano por la frente y abrió los ojos de par en par. Aquella respuesta lo había paralizado: no encontraba palabras. El silencio se prolongaba. No podía quedarse así. La maestra, que tampoco sabía qué decir, hizo un

gesto de inquietud que él notó.

—Entonces —dijo— me voy...

Ella no respondió. Él se movió y cuando estuvo cerca de la puerta, girando su rostro descompuesto, con un tono desesperado que habría hecho explotar de risa al espectador más indiferente, dijo:

—Entonces en la tubería del agua potable no hay nada que hacer...

Aquel contraste ridículo entre la voz y la palabra tocó el corazón de la muchacha más que ninguna súplica: estuvo tentada de decirle algo para consolarlo. Pero la conciencia le prohibió crearle ilusiones. Y añadió sólo con una sonrisa afectuosa de piedad que él no vio:

—No, señor Celzani... no hay nada que hacer.

El otro respondió con un sollozo en la garganta:

—Le presento mis respetos —y salió.

ENTONCES SE DESESPERÓ, porque la amaba con toda su alma, con una mezcla de sensualidad ardiente y de ternura infantil avivadas continuamente por el recuerdo del abrazo que lo había embriagado, de sus conversaciones familiares, de tanta ansiedad, de tanta esperanza, de tantos desengaños que le parecían la historia de la mitad de su vida. Y ni siquiera soñó rebelarse contra su pasión como había hecho anteriormente, porque sentía que ya no era posible. No, aunque hubiera de pagar el precio de cualquier tormento, debía seguir viéndola, hablándole, siguiendo su rastro como un perro, estorbándole, sintiendo su perfume de juventud y escuchando su voz profunda, gozando al menos de su piedad, torturando su imaginación, su corazón y su carne ante sus ojos. Y los tormentos se recrudecieron, él se los había buscado. Con la llegada del verano, ella aligeró su vestimenta marcando de tal modo sus formas que lo hacía delirar. Volvió a subir al desván a arrodillarse entre el polvo y las hojas secas, con la cara pegada a la claraboya, y el solo hecho de verla dando sus clases con el busto descubierto, mostrando sus anchos hombros desnudos y sus estupendos brazos, lo martirizó. E incluso cuando no la podía ver, se quedaba a veces una hora escuchando su voz. Aquellas órdenes: «Boca abajo, boca arriba, palmas delante, palmas atrás, lanzamiento simultáneo de los brazos» reverberaban en su cabeza como exclamaciones de amor. No conseguía dormir, por la noche estaba alerta para captar todos los ruidos del piso de arriba, el más leve de los cuales lo sobresaltaba como si estuviera sintiendo aquellos piececillos sobre su cuerpo. En aquel duermevela febril fatigaba su cerebro imaginando astucias y tretas temerarias para poderla ver: agujeros en el techo, perforaciones en las paredes, trucos con espejos y escondites imposibles. Había llegado a tal punto de excitación que no se preocupaba de esquivar a los vecinos en sus emboscadas: salía, entraba, volvía a subir a todas horas, la seguía por la calle, la esperaba en el patio, buscaba los más fútiles pretextos para hablarle, le ofrecía todo tipo de servicios extraños en presencia de cualquiera, ya no con aire de pretendiente, sino de esclavo, agotándola con una mirada ardiente, pero humilde, que no pedía amor sino compasión, repitiendo como el eco cada una de sus palabras, acogiendo con un verdadero sentimiento de admiración desmesurada su persona, su ingenio, su fama creciente, la más común y vacía de sus frases. Se frenaba en su presencia, pero se desataba en cuanto pasaba, poniéndose entonces una mano en la boca mientras la miraba por detrás, sofocando de aquella manera el grito de amor y deseo que salía en forma de suspiro lamentoso y sordo. Ya casi no se atrevía, como antes, a detener su imaginación en la felicidad de una posesión completa ya que, al haberle quitado el último velo a su ídolo viviente, se abría a su imaginación un abismo luminoso de tal sensualidad que lo rechazaba al vuelo por terror a la locura. Y entonces para tranquilizarse, recurría a la idea del afecto, imaginaba su nueva casa de casado, colocaba los muebles, representaba en su mente escenas de cariño, veía una cuna blanca... Pero la pasión lo asaltaba también de inmediato en aquel refugio: veía otra cuna, diez, veinte, un pueblo entero nacido de su cópula, pero no le bastaba y le atormentaba una vez más la fantasía de aquella persona que tenía siempre presente,

fresca y potente, como la imagen de la juventud inmortal y de la voluptuosidad eterna. Este ardor crecía día a día con la familiaridad de la amistad que ella le venía otorgando, convencida de que se había resignado a su rechazo. No le bastaba ya el día entero para aquella variada y vertiginosa sucesión de fantasías, de carreras a la claraboya del desván, de conversaciones de cinco minutos ganadas a pulso tras media hora de espera, de ímpetus repentinos y solitarios de ternura y angustia, en los cuales sufría casi gozando con el sufrimiento. Su mente huía del trabajo, su memoria se ofuscaba ante cualquier asunto, su vida se desordenaba progresivamente, hasta su salud se veía alterada. Se había instalado en su cara una expresión nueva, extraña, pueril, de espanto, que se unía a otra de gran bondad, ingenua y atónita, como de un hombre embelesado en la adoración perpetua de un fantasma que huye por el aire.

EL INGENIERO GINONI, que seguía con ojo curioso y avisado este *crescit eundo*, una mañana que encontró a la maestra Pedani en el patio se detuvo a cinco pasos de ella y bromeando le hizo un gesto amenazador con el bastón. Después se acercó y tradujo el gesto en palabras:

—¡Ay, que despiadada señorita! ¿Pero usted no sabe que el pobre don Celzani se está perdiendo por usted?

La maestra no comprendió.

—Indudablemente —continuó el ingeniero—, está perdiendo la cabeza. —Y le contó lo que había sabido por el comendador: que desde hacía un tiempo la secretaria no funcionaba, que la administración iba a matacaballo, que a los inquilinos de la otra casa de Vanchiglia les llevaban los demonios y habían venido a protestar al casero porque no recibían respuesta a sus reclamaciones, y que les habían puesto dos multas porque el secretario, con la escasa diligencia que le distinguía últimamente, había tardado en pagar los impuestos del registro.

—¡Ya ve —añadió— a lo que conduce la gimnasia! ¡Ahí tiene los funestos efectos del ejercicio del sistema muscular sobre las funciones del cerebro!

Hacía tres días, el pobre don Celzani se había dejado enredar miserablemente en la venta de ochocientos miriagramos de fajinas y de leña propiedad de su tío, equivocándose en la suma; un despiste que le costaba al comendador ciento diez liras y setenta y cinco céntimos. El comendador, fuera de sus casillas, le armó una buena escena. Si don Celzani le volvía a hacer otra, había decidido prescindir ipso facto de sus servicios y mandarlo a derretirse de amor a casa de otro. Ella, «fría de corazón despiadado», tenía el valor de arruinar de aquella manera a un pobre caballero.

La Pedani no sonrió, sentía de verdad todo aquello. Y lo dijo, fijando los ojos en el suelo, como absorta en una idea:

—Lo siento. —Después añadió:— Pero yo no tengo ninguna culpa.

—¡Eso es lo malo! —respondió el ingeniero riéndose—. Porque si tuviese la culpa se vería obligada a repararlo. Y entonces... ¡fíjese el bien que podría hacer! El secretario no perdería la cabeza, el comendador no perdería al secretario... ¡Pobre secretario! Un corazón de oro en el fondo, un hombre honesto que tiene una pasta de curilla desviado que es de lo mejor que Dios ha puesto sobre la tierra. La única desgracia que tiene es la de aspirar... a la perfección de líneas, y la perfección, ya se sabe, sólo la alcanzan los privilegiados. —Aquí soltó una risotada.— ¡Ay, qué prodigio! ¡Y pensar que usted ha mandado a don Celzani a saltar el potro!

La maestra se quedó pensativa.

—¡Esperemos —añadió Ginoni— que del salto del potro no pase al salto del puente sobre el Po!

—¡Oh, señor ingeniero! —dijo la Pedani con una sonrisa pero no sin cierta inquietud—. El señor Celzani no es un hombre que pueda hacer algo así.

—¡Bueno, señorita —respondió Ginoni—, el hombre más apacible y más razonable del mundo se comporta como el agua en un vaso: que se desborde o no

depende del grado de fuerza del polvo efervescente que pone dentro la pasión!
Dicho esto, la saludó, y ella acometió las escaleras, pensativa.

PERO SALIÓ ENSEGUIDA de aquel estado, ya que su pasión por excelencia recibía aquellos días un alimento potentísimo con las noticias que llegaban a todas horas de las grandes fiestas del Congreso gimnástico de Frankfurt. Cada vez que un periódico le aportaba nuevos detalles se volvía a encender su entusiasmo. Ella veía la llegada de los congresistas a la ciudad, recibidos por el burgomaestre y por una inmensa muchedumbre de ciudadanos. Contemplaba la gran procesión triunfal de catorce mil gimnastas de todos los países del mundo, jóvenes, hombres canosos, hombres en la flor de la juventud, ondeando centenares de banderas, acompañados por dos mil cantantes de las sociedades corales que avanzaban por las calles cubiertas de estandartes, bajo los arcos triunfales, entre las casas decoradas con coronas y guirnaldas, entre una lluvia de flores. Veía un gimnasio desmesurado, con la estatua colosal de Alemania e innumerables aparatos, y veinte mil espectadores aplaudiendo ante el milagro de la fuerza, la destreza y el valor. Se imaginaba la figura viril de Meller, el vencedor del primer premio, que agitaba su corona de encina entre los hurras frenéticos del pueblo; se imaginaba aquel ejército de hombres robustos dispersos por la ciudad antigua, donde aparecía a cada paso el retrato de Jahn Turn Vater, mezclados fraternalmente con los ciudadanos agolpados en torno a los *gimnasiarcas* más célebres, escritores, doctos, médicos, reformistas, pensadores en veinte lenguas distintas, todo lo que ella amaba y admiraba, embriagados por la idea de regenerar la raza humana, respirando aires de juventud y grandeza como en un gran espectáculo antiguo de Corinto y Delfos. ¡Qué bonito y grande era todo! La idea de poder contribuir, aunque fuera poco y moderadamente a su desarrollo, a preparar para su país unas jornadas similares, difundiendo la fe en los efectos maravillosos de la educación física y animando a otros a difundirla, como el verbo de una nueva era, le encendía el ánimo, le agudizaba las facultades y triplicaba sus fuerzas para el trabajo. Justamente aquellos días estaba preparando un discurso con ese propósito para pronunciarlo en el siguiente congreso nacional de profesores de primaria que se iba a inaugurar en Turín y, gracias al gran éxito obtenido con una colección de artículos publicada en el *Campo de Marte*, en los que había apoyado la creación en todas las grandes ciudades de un cuerpo de bomberas voluntarias, se preparaba para dar una conferencia sobre aquel argumento en el salón de actos de la escuela Arquímedes. Y mientras tanto recibía por todas partes ánimos, cartas de felicitación, propuestas y preguntas de apasionados amantes de la gimnasia a los que respondía puntualmente. Lo cierto es que el impulso más fuerte a todo su trabajo procedía del firme y ardiente convencimiento de estar haciendo el bien, una sensación viva en ella desde su primera juventud. Pero al crecer su notoriedad y con ello el aplauso público, aquel buen fin se vio empañado por un placer antes desconocido, un sentimiento de ambición que ella no quería confesarse a sí misma. Y a la vez una nueva sensación, el desconcierto que produce tomar por primera vez conciencia de la fama, unido a una cierta amargura al desconocer en quién depositar aquel exceso de vitalidad intelectual y moral que la estaba agitando, dominaba la fuerza natural de su carácter y hacía que

se sintiese más mujer de lo que se había sentido jamás. Para ella, que nunca había soñado salir de la más humilde oscuridad, aquella pequeña popularidad despertada en un rincón del mundo alrededor de su nombre era la gloria, y la gloria supone soledad. Cuando sentía esta soledad, en las interrupciones de su trabajo y los días en que su amiga no le hablaba, su pensamiento a veces se detenía en el pobre don Celzani, no como un amante, sino como un amigo, y entonces se quedaba un instante con la empuñadura de la pluma apoyada en el labio inferior, y dirigía una ligera sonrisa de benevolencia hacia su imagen. Él sin duda alguna la amaba, y ella creía que era una de esas pasiones que tienen pinta de arder durante toda la vida. Sólo que...

PRONUNCIÓ SU CONFERENCIA sobre las bomberas voluntarias. Escogió mal la tarde. Había poca gente, unas treinta señoras y un grupo de estudiantes, pero la singularidad del tema y la original vivacidad de la exposición recibieron una calurosa acogida. Uno de los primeros que corrieron a estrecharle la mano fue el joven Ginoni con una buena dosis de cara dura, como si nada hubiera ocurrido entre ellos; es más, llevaba puesta una sonrisa luminosa en la que ella pudo leer con disgusto el resurgir de su capricho. De hecho, al verla a ella admirada y aplaudida por primera vez en público, el fuego de su pequeña pasión se avivó otra vez al encenderse la mecha de la vanidad. La idea de poder saborear el exquisito deleite del amor propio si conseguía su objetivo, cada vez que la viese y oyese actuar de aquella manera, le produjo un cosquilleo irresistible. Y al no conocerla a fondo, decidió dar otro paso de jovenzuelo impetuoso e irreflexivo que confía en el poderío de un asalto con bayoneta.

Al día siguiente, a la hora en que solía salir sola, la esperó en el rellano del primer piso. Llovía, la escalera estaba oscura y por tanto el ambiente era propicio. Para conseguir una manera de entrarle, había comprado en Berry un retrato de Meller, el vencedor del primer premio de Frankfurt, del cual se habían difundido millares de fotografías por toda Europa.

Cuando la oyó descender, salió hacia ella.

Aquel día estaba verdaderamente guapa, todavía un poco excitada por el pequeño triunfo de la última tarde, vestida de oscuro de arriba a abajo, con un gran sombrero negro que coronaba admirablemente su fuerte y delgada figura.

El joven se quitó el sombrero y con alegre desenvoltura, poniéndole delante la fotografía le dijo:

—Señorita, ¿me permite ofrecerle un retrato que quizás sienta curiosidad por ver?

Ella acercó el rostro con desconfianza, pero en cuanto leyó el nombre, soltó una exclamación de placer:

—¡Meller!

Y cogiendo el retrato, se acercó a la pared para verlo mejor, bajo la escasa luz procedente de la ventanilla de la escalera. El joven se pegó a su lado, como queriendo mirar él también y, asomando el mentón por encima de su hombro, empezó a darle explicaciones en voz baja, señalando con el índice de la mano derecha:

—Éste es un verdadero tipo alemán. Mire la estructura del cráneo, mire qué boca. Y, sin embargo, si no se supiese, nadie diría que es el primer gimnasta de Alemania. ¿No parece más bien un pacífico profesor de literatura? ¿No me va a decir nunca una palabra de consuelo? ¿Va a ser siempre así de indiferente conmigo? Digo yo que tendrá su corazón...

El paso de una pregunta a otra había sido tan natural que la maestra tardó un tiempo en darse cuenta. Pero se dio perfecta cuenta cuando sintió su mejilla contra la suya y un brazo alrededor de la cintura.

Se desembarazó con un brusco ademán, indignada, diciéndole:



—¡Señor Ginoni, esto es una encerrona innoble!

El joven se echó hacia atrás para darle una respuesta cómica, pero se contuvo y su rostro se ensombreció al ver aparecer en la cima de la escalera la cara descompuesta del secretario, el cual bajaba apresuradamente, también él con un retrato de Meller. No obstante, no se sintió descontento al encontrar una escapatoria después de lo mal que había quedado.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó al secretario, que se había detenido y lo fulminaba con los ojos—. ¿Viene por casualidad a cobrar la renta?

El secretario no tuvo mejor idea que repetir tembloroso las palabras de la maestra:

—¡Es una encerrona innoble!

—¡Cáspita! —volvió a la carga el joven mientras la maestra se marchaba lentamente—. Es un eco perfecto, si no fuera por la transposición del adjetivo. Aunque fíjese, en las palabras que ella ha pronunciado, yo pillo otro sentido completamente distinto.

—¿Todavía se atreve?... —exclamó el secretario casi fuera de sí—. Si no fuera por el respeto que profeso a su señor padre...

—¡Por el amor de Dios! —interrumpió el estudiante—. En esto no tienen nada que ver ni mi señor padre, ni mi señora madre. Hace veinte años que estoy destetado. Aquí sólo hay dos hombres... Pero... para no perder el tiempo en palabrerías, dígame: ¿usted es uno de esos secretarios que se baten en duelo?

—¡Sí! —respondió en voz alta don Celzani poniendo una postura demasiado trágica para la ocasión. —Soy uno de esos que se baten.

—Entonces es suficiente —dijo el joven con resolución—, tendrá el honor de volverme a ver. —Y dándole la espalda se metió en su casa.

Una hora más tarde, el ingeniero Ginoni, que había sido puesto al corriente de todo por la Pedani, cogía el sombrero cabreado y subía las escaleras para ir a ver al secretario con la intención de proteger a su retoño. En el fondo, aunque muy descontento por la ofensa que le había propinado a la señorita, consideraba una chiquillada la provocación del joven. Pero como hombre de mundo que conocía el cuidado que había que tener con el amor propio de un jovencito despabilado, capaz de obstinarse como un cabezota en llegar hasta el final, quería arreglar la cosa amistosamente, no ya retirando la provocación en su nombre, sino proponiendo una reconciliación en la que por ambas partes se diera un paso adelante.

Se presentó ante el secretario, al que encontró solo, con la actitud cordial de un amigo. Pero el otro, que seguía excitado por la pasión, es más, excitadísimo en aquel momento por los celos, lo recibió con tal aire de dignidad que el ingeniero tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar una carcajada.

Le dijo amablemente que había sido informado por la maestra y que había venido a arreglar la contienda como buenos amigos. Deploraba la actuación de su hijo, pero un duelo sería una locura, un absurdo ridículo del que ni siquiera había que hablar. Era necesario calmar las aguas inmediatamente.

—Venga, querido secretario —dijo—, la maestra Pedani está fuera de cualquier sombra de duda; yo puedo presentar, en nombre de mi hijo y en relación a la señorita, mis más sinceras excusas, como debe ser. Pero por lo que se refiere a usted... simplemente hubo un poco de acaloramiento por ambas partes. Sólo tiene que mostrar un poco de buena voluntad y la cosa no irá más allá, yo respondo de ello.

Pero don Celzani que ya no era el don Celzani de antaño, se mantuvo en sus trece.

—He sido ofendido —dijo.

—Vamos —respondió el ingeniero—, las palabras más graves que se han pronunciado han sido «innoble encerrona», y las ha dicho usted. Usted que tiene más juicio, póngalo en práctica. Tiene quince años más. ¡No es para ponerse en plan quisquilloso, diablos!

Pero el secretario se había tomado a muerte aquel brazo alrededor de la cintura. Ésa era la cuestión y no la provocación. Por eso tenía difícil arreglo.

—¿Tal vez pretende que yo me humille? —preguntó, erizando la cresta.

—¡Pero de qué humillaciones me está hablando! —exclamó el ingeniero—. No se trata de eso. Se trata de salvar el amor propio de un jovencito que ha lanzado una provocación, ¡no lo quiere entender! Se trata de buscar la manera de que él no se vea obligado a ir hasta el final. Sólo tiene que decir que siente haber pronunciado esas dos palabras y yo le digo que todo se habrá acabado. ¡Oh, santo Dios! ¿Pero es el honor o los celos lo que le hace ser tan duro?

Don Celzani respondió solemnemente:

—Tanto lo uno como lo otro.

El ingeniero lo miró... y perdió la paciencia.

—No creía —dijo conteniéndose con dificultad— que el amor le hubiese vaciado el cerebro hasta este punto. ¿Pero entonces usted está buscando un duelo?

Éste levantó la cabeza y respondió con un tono verdaderamente heroico:

—No lo busco, pero no lo temo.

—Entonces le diré que está loco de atar —gritó el ingeniero exasperado— y que si le atizan bien, será por su culpa.

Y salió dando un violento portazo.

OTRA ESCENA TRAGICÓMICA tenía lugar pocas horas después en el piso de arriba, a causa del mismo acontecimiento. La Pedani había regresado a casa a la hora de comer con la cara un poco turbada y su amiga, que en ese momento se llevaba bien con ella, le preguntó el motivo cariñosamente. Tiempo atrás ella no habría abierto la boca, pero ahora que empezaba a sentir la necesidad de sincerarse le contó con pelos y señales, sin sospechar nada, lo que había sucedido y le expresó su inquietud por lo que pudiera pasar. Al oír las primeras palabras, a la Zibelli le dio un vuelco el corazón: aún así disimuló y siguió escuchando hasta el final. Tanto le ahogaba la rabia que no pudo decir una palabra. ¡También el estudiante! ¡Es que aquella infausta criatura había nacido para su tormento! ¡Y quién sabe cuántos meses hacía que duraba aquel amor, al que llevaba semanas sirviendo de distracción y quizás hasta de estímulo! No terminó de comer; dijo que no se sentía bien. Pero si no se desahogaba, estallaba. Y no pudiéndose desahogar, por dignidad, hablando de semejante asunto, buscó otro con impaciencia febril. Una vez que acabó con prisa su cena, la Pedani abrió sobre la mesa todavía puesta un atlas de Baumann y se puso a examinar las figuras. La Zibelli paseaba por la habitación mordiéndose los labios. De repente se detuvo a las espaldas de su amiga y, echando una ojeada a los dibujos, exclamó:

—¡Qué posturas de payaso, Dios mío!

Cuando le picaban con aquel asunto, la Pedani se resentía inmediatamente y sin excepción:

—¡Por qué no buscas alguna vez si puedes una crítica nueva! ¡Llevas diez años repitiendo esas diez palabras!

—Pues porque siempre son adecuadas —rebatía la Zibelli—. ¡Mientras te hagas la sorda y te pases el día adorando al gran jefe acróbata, como un artista a sueldo en una compañía...!

Era una impertinencia, pero la Pedani nunca pillaba las afirmaciones con segundas, sólo veía el argumento obvio.

—¡Gran jefe acróbata! —exclamó con una sonrisa irónica—. Tiene más sentido común y talento Baumann en el dedo meñique en el cerebro cualquier seguidor pasado, presente y futuro de Obermann. Ésta es la cuestión.

—¡De eso nada! —respondió la Zibelli levantando los hombros—. Baumann es un gran incoherente que hace y deshace sin tener una idea clara y estable de su propio método, y pone el mundo patas arriba con el único fin de ser protagonista. ¡Nada más!

—Baumann —dijo con calma la Pedani— le ha dado a Italia la gimnasia que no tenía.

—¿Cómo se puede decir esto —respondió la Zibelli— cuando lo único que ha hecho es exagerar lo que ya había y convertir el modelo en caricatura, lo cual no tiene ningún mérito?

—¡Oh, es indigno! —exclamó la Pedani—. ¿Quién, entre otras cosas, fue el

primero en enseñarle a tu querido Obermann la gimnasia en la escuela? ¿Cómo puedes hablar en nombre de Obermann, que era progresista y sin lugar a dudas si ahora viviese sería seguidor de Baumann porque tenía talento, mientras tú no llegas ni a ser conservadora y aún eres peor que él?

La Zibelli se quedó lívida y dejó de razonar.

—Bueno —respondió—, si fuese verdad, cualquier cosa sería preferible antes que seguir aguantándote a ti y a tu gimnasia de la plaza de Alcides, peligrosa para los chicos, indecente para las chicas, brutal y pura charlatanería para todos.

Cuando su amiga perdía los estribos, la Pedani volvía a ser dueña de sí misma.

—Pues deja que nos rompamos la cabeza nosotros —respondió con parsimonia—, y quédate tú con tu gimnasia pueril. No te harás pupa y salvarás el pudor.

Esto sacó a la Zibelli de sus casillas.

—¡No estoy para mofas..., pues sólo faltaba! —gritó—. ¡Estoy harta de tus injurias! Hace tiempo... ¡No puedo más! ¡No puedo más!

Y salió dando un portazo con todas sus fuerzas y dejando a la Pedani delante de su atlas, más atónita que ofendida. Pero también más cansada que nunca de aquellos cambios de humor, de aquellos arrebatos, cuya razón sospechaba sólo vagamente, pero que al ser cada vez más frecuentes, le hacían insoportable la convivencia.

TODO IBA DE MAL EN PEOR también para don Celzani. No quedó con los padrinos del estudiante, porque el ingeniero había prohibido tajantemente a su hijo dar curso al asunto. Pero al encontrarse dos días después a la señora Ginoni, que siempre había sido amable con él hasta el punto de pedirle a veces que le dejase apoyar en su brazo su delgadez indolente por las escaleras, se llevó un disgusto porque no le devolvió el saludo. Y se habría sentido más ofendido todavía si hubiese llegado a saber que aquella estupenda señora no hacía ese gesto al ofensor de su hijo, sino al enamorado de la maestra, porque era éste el que impedía a su adorado Alfredo una conquista galante en la que le habría gustado depositar sus ojos maternales. Ese mismo día le dieron el golpe de gracia al recibir el mismo trato del ingeniero Ginoni, que pasó a su lado por la Via San Francesco sin ni siquiera volverse a mirarlo. Había roto su relación con toda la familia y esto acrecentó aún más el estado de excitación morbosa de su pasión.

Pero aún se llevó más disgustos al día siguiente. Entre las chicas que subían a recibir clases particulares de gimnasia en el tercer piso, había una especie de gitanilla con el pelo corto, hija de una vendedora de pomadas y jabones, también maestra, la cual iba a ver a la Pedani para que le preparara «tablas» de pasos rítmicos que después hacía pasar por suyas. Gran apasionada del arte y un poco extravagante, ensayaba continuamente en cualquier lugar donde se encontrase, sujetándose las faldillas con la mano, como si tuviese el baile de San Vito. Un día las señoritas devotas del primer piso, que la habían sorprendido dos veces en el rellano mientras daba instrucciones con las medias al aire a otra alumna de la Pedani, escandalizadas y furiosas, mandaron llamar al secretario para que impidiese aquellas indecencias y le dijeron que «ya no se sabía dónde había ido a parar la casa por causa de la Pedani». El secretario, que estaba de mal café, cuando le tocaron a su amor respondió de malos modos; ellas le echaron un rapapolvo, a lo que él respondió levantando la voz, y entonces lo pusieron en la puerta, amenazándole con informar al casero y ordenándole que no les dirigiera el saludo nunca más.

Pero aún fue peor unos días después. El profesor Padalocchi le encargó que le rogase en su nombre al maestro Fassi que a una cierta hora dejara de hacer saltar y jugar con las mancuernas a su prole, porque le molestaban y no podía concentrarse en sus estudios de lengua. El secretario, que estaba irritado, no llevó la embajada con la debida prudencia y se le escapó la palabra escándalo. El maestro se puso furioso. Llamar escándalo a experimentos científicos, con la preparación teórica y práctica que él hacía de sus clases, exprimiéndose el cerebro por el bien de la humanidad, le parecía el non plus ultra de la audacia. Respaldado por su mujer, replicó al secretario como era debido, aludiendo con impertinencia a la Pedani. Después lo puso en la puerta amenazándole y fue a quejarse al profesor, el cual acusó a don Celzani de haber cumplido mal el encargo y de haber dejado a todo un profesor a la altura de un grosero, por lo que después de reprochárselo, se ofendió con sus respuestas y no lo volvió a mirar a la cara.

Ya estaba, por tanto, enfrentado con todos en aquella escalera. Pero esto no era todo. También los inquilinos del otro ala de la casa hacía tiempo que tenían motivo, para quejarse de sus distracciones y su irritabilidad. Y como la noticia de su enamoramiento, causa de aquella mutación descomunal, había corrido por doquier, todos hablaban de él mejor o peor sin contemplaciones. En definitiva, la obstinación de aquel curilla fracasado en el intento de querer a una chica que no lo quería, parecía una pretensión petulante, un indicio de orgullo ridículo y hasta de imbecilidad. Y ni siquiera le hacían el honor de llamarlo amor al suyo: debía ser una mala pasión de seminarista envejecido y se leía en sus ojos. Hablaban incluso de brutales ataques a la señorita por las escaleras, lo llamaban puerco y lo miraban con malos ojos. Luego empezaron a hacerle pequeñas descortesías, a las que él respondía también con descortesías. Lo endurecieron hasta tal punto de que el provocador acabó siendo él. Entonces varios inquilinos se quejaron al comendador por carta, algunos de ellos apuntaban a aquel amor escandaloso, a la persecución descarada que hacía de la maestra, a escenas que se producían por las escaleras y en el portal, hasta el punto de que las madres de familia no podían ya salir con sus hijas sin correr el riesgo de tener que cubrirse la cara con el abanico. Armaron tal revuelo entre todos, que un día el comendador perdió finalmente la paciencia y decidió hacer la última llamada al orden a su sobrino cuando regresase para almorzar. No iba a emplear ni mucho menos palabras demasiado graves, porque estaba dispuesto a mantener el buen humor que le había puesto una carta de la Pedani, que lo invitaba dos días después a un ensayo de gimnasia de las hijas de los militares, en donde se prometía a sí mismo observar con toda su atención. Le irritó ver aparecer al secretario con la frente vendada, pálido y cubierto de polvo. Le preguntó qué le pasaba. Se lo dijo. En el gimnasio (donde seguía yendo para domar sus nervios, aún incluso después de haber perdido toda esperanza) se había lanzado (por desesperación) a ejecutar un ejercicio demasiado arriesgado en la barra de equilibrios, le había fallado un pie y se había caído golpeándose con la cabeza en una de las barras de sostén. Esto irritó también al comendador, que lo calificó de payasada. Luego le dijo con franqueza, con una severidad que nunca le había mostrado, que estaba harto de su negligencia, de su vida desordenada e indecorosa y de las quejas que recibía de todo el mundo. El escándalo debía tener un punto final y si en el plazo de una semana no veía un cambio radical en su conducta, lo expulsaría de casa. Ya le había echado el ojo a otro secretario. Dicho esto y, avisándole de que quería almorzar solo, lo dejó plantado.

ENTONCES CAYÓ EN UNA NUEVA DESESPERACIÓN, que sólo le dejaba una duda en su cabeza descompuesta: ¿y si partiese para Génova y embarcase rumbo a América, o se quedase en Turín y despilfarrase su pequeño patrimonio en juergas y locuras para entontecerse y olvidar? En cualquier caso, tendría que marcharse lo antes posible de aquella casa donde la vida ya no era soportable. En silencio, preparó sus cosas hasta entrada la noche. Después se tiró vestido en la cama. Pero no podía dormir. Enfervorecido, agudizó el oído por última vez para escuchar los ruidos acostumbrados. Aquella noche sonaron continuamente. El tan esperado Congreso de maestros se había abierto hacía una semana: mañana sería el día fijado para el debate sobre la cuestión de la gimnasia en el que la Pedani pronunciaría su conferencia. Estaba nerviosa, se levantaba de la cama a cada rato, se volvía a acostar, volvía a levantarse y daba vueltas por la habitación. Él escuchaba sus pies desnudos. Aquello fue una tortura atroz para sus sentidos, aunque la superaban el inmenso sentimiento de ternura y el profundo pesar que sentía al tener que abandonar para siempre aquella habitación, al no poder escuchar nunca más aquellos ruidos tan familiares para su oído, que tanto adoraba porque le traían el recuerdo de tantas noches de insomnio, tantos deseos, tantas fantasías y tantas tristezas, que estaba seguro de no poder olvidar. Reconstruyó en su mente el pasado; luego se enderezó sobre la cama para escuchar mejor sus pasos y suspiros; invocó su nombre, le habló, lloró y se mordió los puños, pasando la noche como un condenado a muerte. Por la mañana se levantó cansado y abatido; la herida en la cabeza le dolía. Se debatió toda la mañana ante la duda de si tenía que despedirse de ella con una carta o hacerlo en persona. Decidió presentarse en persona. Y cuando dieron y media subió las escaleras.

La maestra estaba sola en casa y un poco triste. Después de la escena del estudiante, la Zibelli le hacía la vida imposible con una nueva rareza: parecía que quería desahogar su pasión en la mesa y gastaba en glotonerías derrochando y llevando los gastos de la cocina por un camino que no se podía seguir. Además, devorando con una avidez de avestruz, se quejaba de todo, entablaba discusiones endiabladas por una salsa que había salido mal, por un pan demasiado cocido, una carne demasiado dura, un vinagre que no sabía a nada. La Pedani ya no podía más. Aquella serpiente le había envenenado la mañana, con la necesidad que tenía ella de serenidad para preparar su conferencia. La Zibelli, picada no sólo por la otra historia sino también por los celos que sentía ante su próximo triunfo, no pudo resistir el suplicio de verla hasta el último momento y, después de hacerle una de las escenas a las que la tenía acostumbrada, blandiendo su ambición y presagiándole un fracaso, se marchó sin almorzar. La Pedani daba en la salita el último repaso a su manuscrito, completamente cegada ante la imagen del Congreso que empezaba a las dos y media. Llevaba un vestido negro sin adornos que se le ceñía como una media y hacía que su carne pareciera más blanca y su estatura más alta. Su estado de agitación confería a su rostro una expresión de sensibilidad que nunca había mostrado. Se hallaba sola y, a pesar del deseo de que llegara la hora y del espléndido sol que teñía de oro la

habitación, se sentía presa de la melancolía. Unas amigas que debían haber venido a recogerla y a darle ánimos, no habían llegado. Aquella soledad le pesaba; nunca antes sintió tanto deseo de compañía. Puso un gesto de alegría cuando le anunciaron que había venido el secretario.

Éste entró con el sombrero en la mano, se fijó en su vestido negro y emitió un suspiro. Con aquella frente vendada, pálido, humillado, triste como una caja de muerto, su estampa daba verdadera compasión.

No se quiso sentar.

La maestra le preguntó enseguida qué le pasaba en la cabeza.

—Me caí en el gimnasio —respondió. Y añadió que venía a saludarla por última vez.

La Pedani pensó que, como todos los años, se marchaba al campo. Y le preguntó:

—¿Tampoco va a venir al Congreso?

El secretario, que había visto la invitación de su tío, ya se había olvidado. Decidió que sí, que iría primero al Congreso, la vería una vez más, en todo el esplendor de su belleza y de su triunfo, y después se marcharía con aquella última imagen en sus ojos. Pero no lo dijo. Sólo le agradeció la invitación que ella le entregaba.

—Me marchó... —dijo después con la voz conmovida—. He venido a despedirme... para siempre.

La maestra lo miró y lo entendió todo. Pero no encontró una palabra que decir. De hecho ¿qué podía decirle? Notaba que cualquier invitación a quedarse, por suave que fuese, era una falsa esperanza, casi una promesa, y su naturaleza franca no se lo permitía, porque sólo podía hacerlo con la determinación de mantenerla. Esquivó un poco violenta su mirada, dirigiéndola a la ventana. Luego, viendo que mantenía la mirada baja, volvió a mirarlo meditativa. Ahora lo sabía todo y en ese momento todo se aclaraba en su la cabeza. Lo había conocido en aquella casa como un hombre sensato, trabajador, tranquilo, bueno y benévolo con todos. Había empezado a perder la paz por ella. Ésta era la explicación de todo. La maestra Zibelli se había enemistado a la primera con él, el maestro Fassi le había cogido odio, la familia Ginoni le daba la espalda, el estudiante lo quería desafiar, el profesor Padalocchi no lo saludaba, las señoritas del primer piso lo habían echado de casa, todos los inquilinos le habían declarado la guerra. Por si fuera poco, el comendador lo quería despedir, y a lo mejor ya lo había hecho, y él se marchaba solo y errante. ¡Cuánto debía haber suspirado antes de que ella fuera consciente, cuánto debía haber sufrido por los desengaños y las humillaciones, cuánto debía amarla, obstinándose de aquella manera a pesar de tantos rechazos recibidos por todos, y con tanto sufrimiento propio! Y por si fuera poco, se había roto la cabeza por ella. Miró su vendaje y, como suele suceder, el aspecto cómico de aquella pobre cabeza vendada y la imagen de él cayéndose de la barra de equilibrio dieron el último empujón a su piedad y por primera vez experimentó un sentimiento de ternura. Pero el pobre don Celzani, que no leía en su corazón y sólo veía la sonrisa que ponía de manifiesto el último de sus

pensamientos, lo interpretó como una mofa. Aquello fue un golpe mortal.

—¡Ah! —exclamó con acento de angustia desesperada, levantando los ojos y tendiendo los brazos—. Esto podía ahorrárselo... Me está haciendo demasiado daño.

—¡Oh, señor Celzani ¿pero qué está pensando?! —preguntó con ímpetu la maestra, acercándose precipitadamente hacia él.

De pronto una música de voces alegres resonó en aquel rincón de la habitación, y un pelotón de maestras vestidas de gala irrumpió en la salita. Casi sin mirar al secretario, se arremolinaron en torno a la Pedani, prorrumpiendo en un coro de saludos y exclamaciones. Las compañeras que venían a recogerla para acompañarla al Congreso le arrancaban para siempre su pasión, el mundo, la gloria, robándole incluso el consuelo del último adiós.

Don Celzani echó una última mirada de adoración, esta vez llena de pureza, a la bella criatura a la que no volvería a hablar y, conteniendo sus lágrimas, salió sin que lo vieran.

EL CONGRESO SE REUNÍA en el Palacio Carignano, en el aula todavía intacta del antiguo Parlamento subalpino. Había aquel día casi más de trescientos congresistas, entre maestros y maestras, desperdigados sin orden ni concierto por los escaños tapizados de terciopelo, de los cuales pocos quedaban vacíos. Aquel salón ilustre, donde antaño, en los momentos más terribles y gloriosos de nuestra historia, resonó la voz de los grandes triunfadores de la revolución italiana, ofrecía ahora un espectáculo nuevo, ocupado por una muchedumbre de profesores de primaria que, con su aspecto y su ropa, ejercían la representación de todas y cada una de las clases sociales. Y sin embargo la comparación no era para bromas, ya que hacía recordar que el Parlamento italiano se encontraba entonces muy lejos, en una ciudad donde pocos años antes, a los que allí se sentaban, les habría parecido un sueño imaginar que ese lugar acabaría siendo el Parlamento. En aquellos escaños donde los turineses habían visto encanecer las cabelleras honorables y los cráneos pelados de los legisladores, se erguían por doquier las plumas y flores de los sombreros de las maestras que, dispuestas en fila o en grupo, provocaban el gorjeo de un nido de cotorras. En el sitio de Garibaldi se sentaba un viejo maestro rural con papada; en el escaño del conde Cavour se columpiaba un jovencito imberbe con un clavel en el ojal; la presidencia estaba tomada por un viejo maestro cura napolitano. Saltaba a la vista, por la variedad de rostros, que aquello no era un congreso regional, sino que estaba constituido por maestros de todas las provincias de Italia, entre los que predominaban las cabelleras y las carnes morenas de las tierras meridionales. Las filas altas las ocupaban gran número de señoritas vestidas de forma heterogénea: maestras experimentadas, pero sin empleo, que intervenían como espectadoras, por curiosidad, muchas con los folios delante y la pluma en la mano para coger apuntes, y en medio de ellas chicos y chicas acompañados de sus hermanos y hermanas. Dos altos ujieres con chaleco amarillo y medias blancas daban vueltas por el aula. Las tribunas estaban llenas de profesores y parientes de los congresistas y en las primeras filas se veían algunas de las autoridades más ilustres de la gimnasia de Turín, profesores, médicos y representantes de los periódicos. Nunca había habido una asamblea tan llena, ni semejante agitación.

Cuando don Celzani entró en la antigua tribuna pública, el congreso llevaba abierto casi una hora. En cuanto se sentó, se puso a buscar a la Pedani. Tardó en encontrarla. Vio sin embargo a la Zibelli en una de las filas más bajas, frente a la presidencia, entre dos maestras que él no conocía y, recorriendo hacia arriba con la mirada las filas de atrás, encontró el perfil de sargento del maestro Fassi, rodeado por un buen pelotón de maestros de gimnasia de Turín. Casi todos eran rostros de antiguos militares, entre los cuales reconoció la cabeza rubia del maestro de la Generala. ¿Pero dónde estaría ella? Después de buscar otro poco al azar, dio un respingo cuando por fin la encontró en una de las filas más altas de la derecha, donde se habían sentado Massari, los Boggio, los Lanza, la patrulla más fiel del gran ministro. Estaba en un sitio cerca del ventanal, en medio de un grupo animado

formado por las maestras que habían venido a recogerla a casa, y que se arremolinaban en torno a ella haciendo de escolta de honor. La luz del sol que penetraba por el ventanal bañaba el lado derecho de su bello cuerpo embutido en el vestido negro. Tenía unos papeles delante y charlaba con las vecinas con aspecto de estar un poco agitada. El secretario puso una mano sobre otra en el parapeto, apoyó el mentón sobre las manos y se quedó inmóvil mirándola, confortado por una última esperanza: que una vez que se quedara sola, levantando los ojos hacia su zona, se encontrase con su mirada. Sería el último adiós. Después, todo habría acabado. Era lo único que lo preocupaba. De la misma manera que al entrar no había observado aquel aula histórica, tampoco oía una palabra de los discursos que allí resonaban.

El debate giraba todavía en torno al tema que había sido tratado el día anterior: la oportunidad de introducir en las escuelas las actividades de trabajo manual. Había hablado antes, con mucha dulzura, una maestrilla del Véneto que expuso su método para enseñar a hacer las canastillas con cintas de papel, y una canastilla de prueba iba dando vueltas de mano en mano por los pupitres para que las maestras ensayaran con ella. Luego había hablado un maestro calabrés, de voz cantarina y lamentosa, mostrando una gran cesta llena de trabajos hechos en su escuela, entre los cuales había incluso un par de zapatos. Tras él, intervinieron algunos oradores discrepantes, crispando el acalorado debate. Una bella maestra que hacía de secretaria tuvo que leer una parte del acta de la sesión. Había en el extremo izquierdo una fila de jóvenes maestros lombardos, audaces y batalleros, que el presidente, con una paciencia sacerdotal, no lograba aquietar. Dos maestros, que estaban en partes opuestas del aula, se intercambiaron palabras agrias. En definitiva, una gran parte del tiempo se esfumaba en una especie de debate parlamentario, pues los oradores, sintiendo la influencia del aura política de la sala, hablaban con demasiado énfasis y mostraban un amor propio excitable. Don Celzani se distrajo un instante con una voz autoritaria que gritó solemnemente:

—Los representantes de Milán no tienen ningún mandato imperativo.

Luego dio otro respingo al oír una salva de aplausos en honor a una maestra que había dicho con voz de soprano que, si se imponían los trabajos manuales en las escuelas, era de justicia un aumento proporcionado del sueldo. Volvió de nuevo el barullo. Al final, un maestro pequeño y gordo, con unas palabras lúcidas y llenas de sentido común, volvió a traer la paz, y el presidente pudo someter a votación a mano alzada el orden del día. Doscientos brazos se levantaron, entre los cuales se vieron multitud de guantes de mujer abotonados hasta los codos. Un aplauso siguió a la votación y se pasó al siguiente tema que eran las *Modificaciones a proponer en la enseñanza de la gimnasia*.

Don Celzani pegó un brinco al oír el anuncio del tema, pues pensó que la Pedani hablaría enseguida. Pero al dirigir la mirada a aquella zona, vio aparecer en la tribuna frente a su cara, justo sobre la cabeza de la maestra, el rostro sonriente del ingeniero Ginoni.

Su esperanza se vio frustrada. Otros maestros y maestras hablaron antes. La discusión giró en un principio con mucho desorden en torno al lado técnico del argumento, a cuyos efectos se empleó un argot técnico que los profanos no entendieron. Se percibió el choque de las dos escuelas y se escucharon los nombres de Baumann y de Obermann proferidos en medio de un gran tumulto que durante un instante fue dominado por una voz cavernosa que gritó:

—¡Turín que fue la cuna de la gimnasia, será su tumba!

Un maestro llamó la atención del Congreso sobre la necesidad de reformar el lenguaje, no suficientemente italiano, del reglamento de gimnasia, opinando que se debían dirigir ciertas preguntas a la Academia de la Crusca. Don Celzani creía que el maestro Fassi iba a hablar, pues lo vio agitarse, manifestando sus opiniones a favor y en contra con violencia y gritando:

—¡No, nunca! ¡Esto sí que es grave! ¡Un poco de sentido! —pero no pidió la palabra.

Un maestro de gimnasia demostró que era necesario mejorar las condiciones de sus colegas, a los que el Gobierno pagaba pero sin disfrutar de los derechos de los demás empleados. Se encontraban en un estado precario, sometidos al arbitrio de directores de liceos e institutos que abrían el curso con retraso y no los admitían, como era lo justo, en las comisiones para las exenciones, concedidas casi siempre a capricho, ni les daban apoyo en sus materias. Así que la discusión se enredó, encendiéndose de nuevo con una controversia sobre metodología, en la cual se oyeron acentos de todas las partes de Italia. El secretario empezaba a temer que la Pedani no hablase ya, y se preparaba con gran amargura a renunciar a aquel último gozo de sentir su voz, de ver aplaudido y honrado a su ídolo, de apartar su desesperación casi dorada por la luz de aquella gloria. Con cada nuevo maestro que hablaba, le entraba el agobio de que no acabase, le parecía que prolongaba apostando su suplicio, y contaba las palabras temblando. Por fin, después de un breve discurso de una maestra toscana que se ganó el aplauso citando, para nuestra vergüenza, a la pequeña Bélgica donde se ofrecían veinticinco mil liras de premio al autor de un buen libro de gimnasia, el presidente dijo en voz alta:

—Cedemos la palabra a la señora Pedani.

Don Celzani pegó un brinco, como si una llama hubiese envuelto su cuerpo.

Primero corrió un sordo murmullo, después se hizo un gran silencio que significaba que la maestra era bien conocida por su fama, y por fin el esperado discurso: todos los rostros se volvieron hacia ella.

Al verla de pie en la tribuna, con el busto erguido, alta y poderosa, con su bello rostro ovalado y pálido pero de gesto decidido, se oyó un nuevo murmullo, como un comentario positivo sobre su persona que cesó de inmediato. Las primeras notas de su bella y extraña voz, un poco viril pero armoniosa, que encajaba perfectamente con su cuerpo poderoso y ágil, despertaron una segunda sensación de asombro. Ella empezó advirtiendo que no se iba a conseguir ninguna mejora en la impartición de la

gimnasia ni en las condiciones de los profesores, si el Gobierno, los ayuntamientos y las autoridades no escuchaban, como en otros países, la fuerza imperiosa de la voz de la nación, profundamente convencida de los beneficios de aquella asignatura y decidida a luchar por ellos. El primer deber de todos y, en concreto, de los profesores era por tanto hacer propaganda de aquella idea, inculcarla en las mentes, en la conciencia, en el corazón del pueblo, cualquiera que fuera su clase. En un principio habló lentamente, arrugando la frente en señal de impaciencia cuando no encontraba las palabras, y poniendo un gesto de disgusto cuando se liaba con una frase, como queriendo liberarse de la red que la envolvía y expresar su pensamiento a toda costa.

—También con la gimnasia —prosiguió diciendo— Italia había hecho como con tantas otras cosas como, por ejemplo, la instrucción militar de los escolares: al principio había imprimido un gran entusiasmo, cayendo poco a poco en el más vergonzoso olvido, hasta el punto de llegar a ridiculizar no sólo la idea sino también a sus seguidores.

Pero con la gimnasia todavía era peor. Había surgido en su contra, y se estaba incrementando, un ejército de enemigos cuya presión soportaban las autoridades escolares, tendiendo la asignatura a convertirse en una muestra banal, un engaño miserable, una clara burla. La ignorancia, el miedo cobarde a peligros imaginarios, la holgazanería nacional, la perfidia de algunas gentes interesadas que llegaban con inaudito descaro a culpar a la gimnasia de las enfermedades y los defectos orgánicos de la juventud, cuando sin embargo le correspondía la facultad de corregirlos, se conjuraban al unísono. Y no se podía creer si no fuera porque se podía observar a diario.



—Enemigos de la gimnasia —dijo— son los profesores cultos, con achaques a la edad de cuarenta años, como octogenarios, precisamente por haber fatigado demasiado el sistema cerebral en detrimento de los músculos. Enemigas de la gimnasia son las madres de jóvenes exangües sin carne, futuras madres también ellas de una prole infeliz, por no haber desarrollado nunca la fuerza del cuerpo. Enemigos de la gimnasia son los padres de jovencitos que, por un exceso de cansancio mental, caen en la extenuación, contraen enfermedades cerebrales terribles, se abandonan a la hipocondría y barajan el suicidio. Enemigos a millares que se mofan de la gimnasia, mientras la creciente facilidad de locomoción y la multiplicación de las comodidades de la vida tienden a hacernos inactivos y flojos. Sin embargo la cruda lucha por la existencia nos exige a todos cada día un mayor derroche de fuerza y de salud. Enemigos de la gimnasia, cuando somos una generación miserable, extenuada y maltrecha que llena hasta desbordar de deformaciones y dolores los hospitales y los hospicios. ¡Qué ceguera! ¡Qué insensatez! ¡Qué vergüenza!

Las últimas palabras fueron acogidas con un estallido de aplausos. La Pedani se animó, y empezó a comparar el descrédito y la frivolidad de la gimnasia en Italia con el honor con que se le distinguía en otras naciones. Aquí cometió el error de explayarse demasiado con citas estadísticas y surgió desperdigado entre el público un principio de discrepancia. Dos o tres grupos de maestras se pusieron a cuchichear entre ellas para distraer al auditorio. Don Celzani oyó al maestro Fassi, que no miraba nunca a la oradora, exclamar dos o tres veces con despecho:

—¡Se ha salido del tema! ¡Son cosas sabidas! —Otra vez exclamó con fuerza: — ¡Bonita novedad! —con tanta fuerza que muchos se dieron la vuelta.

Pero la Pedani salió a tiempo del mal paso apuntando a las recientes celebraciones de Frankfurt con una frase verdaderamente feliz, en la que el auditorio recreó por un momento ante sí un gran gimnasio desbordado por la juventud germánica en flor, y sintió cómo el ardor de aquel vigoroso entusiasmo pasaba por encima de su cabeza. A la maestra se le encendía el rostro, emitía la voz con una sonoridad potente, cortaba el aire con su gesto, sin perder la moderación y con el vigor de una sacerdotisa inspirada. Y se podía percibir toda su alma en aquella sincera elocuencia, se adivinaba toda su vida consagrada a una idea, su juventud que era como una larga adolescencia severa, ajena a los sentidos, contraria a cualquier afecto sentimental o escolar, de costumbres y maneras sencillas, purificada y fortalecida por el ejercicio continuo de la fuerza física, del cual daba viva muestra su salud floreciente, su mente limpia y su alma recta y audaz. Cuando en la última parte hizo desfilar por el aula la figura del viejo Augusto Ravenstein, fundador del primer gimnasio de su pueblo, seguido por el cortejo de los grandes gimnasiarcas alemanes, benefactores de millones de jóvenes, a cuyo mérito se atribuía la potencia y la gloria de Alemania, estalló otra aclamación fragorosa que la sacudió a ella y a toda la asamblea interrumpiéndola unos instantes, durante los cuales sus compañeras se apretujaron a su alrededor aferrándola por el vestido y las manos y colmándola de enhorabuenas.

Entonces enfiló la carrerilla final con éxito creciente. Volviendo al argumento fundamental de su discurso, insistió en la necesidad de que todos los profesores se involucrasen en convencer a las familias, de la misma manera que educaban a los alumnos. A las maestras, más que a nadie, les correspondía aquella misión, porque la propaganda a favor de una asignatura en la que ellas no podían destacar, ejercida por las mujeres, tendría más eficacia y eliminaba toda sospecha de ambición.

—Dirijámonos a las madres —dijo—, hagámosles ver, tocar con la mano los efectos maravillosos de la educación física, que son evidentes e infalibles como los resultados de una ciencia exacta; convenzámosles de que la gimnasia representa la fuerza y la salud, y que salud y fuerza significan serenidad, bondad, coraje y grandeza de espíritu. Y si no bastan el razonamiento y el ejemplo, pidámoselo, quitémosles de las manos con amorosa violencia a los niños débiles y exangües, supliquémosles que nos dejen salvarles de las enfermedades, de la infelicidad, de la muerte. ¡Ojalá pudiésemos infundir en ellas el indomable ardor que vive en nosotros! Y antes de

nada, tengamos fe en nosotros mismos, una fe ardiente e invencible en que nuestras ideas serán un día las ideas de todos, y en que un nuevo sistema de educación renovará el mundo. Sí, yo lo creo, como creo en la existencia del sol que nos ilumina. Una nueva educación basada en un ejercicio físico perfeccionado de la infancia y la juventud, prevendrá de innumerables miserias, ahorrará a la humanidad numerosos dolores, cortará de raíz mil vicios, ayudará a las generaciones, que serán más buenas porque serán más fuertes, y más justas porque serán más buenas, la solución de los grandes problemas en torno a los cuales se afanan inútilmente nuestras mentes enfermas y nuestras fuerzas exhaustas. Yo creo, colegas, en esa humanidad nueva, que enaltecerá a los grandes apóstoles de la gimnasia de las columnas de bronce; creo en ella, la veo, la saludo, la admiro y querría que todos considerasen que la más santa gloria humana es la de vivir y morir por ella.

Tras aquel colofón se desencadenó una tempestad. Todos se pusieron en pie, aplaudiendo y gritando. La Pedani, pálida y jadeante, se tuvo que levantar tres veces para dar las gracias. Las últimas palabras habían sido pronunciadas con verdadero entusiasmo apostólico y habían tocado la fibra sensible de toda la sala. Cuando parecía que las aclamaciones tocaban a su fin, volvieron a resonar. Todos los amantes de la gimnasia presentes en la asamblea y en las tribunas estaban entusiasmados. Dos o tres oradores que elevaron su voz después de ella no fueron escuchados. Cuando se cerró la sesión, estalló un nuevo aplauso y la Pedani descendió de la tribuna entre dos filas de rostros sonrientes y de manos tendidas, en medio de un griterío ensordecedor de felicitaciones y vivas.

LA IMAGEN DE UNA CRIATURA HUMANA gozando de la última hora de embriaguez a las puertas de un palacio encantado, a punto de precipitarse por un matacán y caer en una cárcel eterna, no era suficiente para dar una idea del estado de ánimo con el que el pobre secretario había escuchado aquel discurso y aquellos aplausos, y con el que había visto encenderse poco a poco y casi crecer la figura de la maestra. Cuando ella acabó, él miró a su alrededor como si despertara de un sueño, y le invadió de repente una oleada de tristeza y piedad hacia sí mismo, tan violenta que tuvo que hacer un esfuerzo por contener el llanto. En ese momento escuchó una voz desconocida que lo llamaba:

—¡Señor Celzani! —y al darse la vuelta vio las mil arrugas sonrientes del caballero Pruzzi, todavía vibrando de entusiasmo bajo su peluca torcida.— ¿Ha escuchado, eh —le dijo éste echando hacia delante su panza redonda—, qué maestras tenemos en Turín? ¡No podemos decir que el Ayuntamiento gaste mal su dinero!

Y quizás por puro efecto del entusiasmo, o tal vez porque estaba arrepentido de haber mostrado sus reticencias, sobre las que había meditado en aquella ocasión memorable, con las que había tenido en vilo al secretario tendiendo un velo misterioso sobre la muchacha, el hecho es que se deshizo en loas sujetando por el cuello de la camisa a don Celzani que quería salir. Hacía poco tiempo que se había enterado —decía— del pasado de la maestra Pedani. Ésta tenía una larga lista de méritos. Había hecho un servicio al delegado del cuerpo docente de Milán, resistiendo con valentía ante un pueblo que no la quería porque se la habían impuesto de oficio y, viéndose obligada a marcharse, había vuelto escoltada por una compañía del cuerpo de infantería, para quedarse después de que se hubieran marchado y demostrando una firmeza admirable. Se había ganado la estima de los demás colaborando con la extinción de un incendio en el Ayuntamiento de Camina. En el mismo Ayuntamiento, había salvado a un chico de un torrente, ganando la mención de honor del mérito civil.

—¿Qué le parece? —dijo al final después de recuperar el aliento—. ¡Ahora ha rendido honores a Turín, diantre, delante de toda Italia! Tenemos problemas, es verdad, tenemos grandes responsabilidades, pero a veces uno se ve recompensado. —Y añadió, volviéndose hacia la sala ya casi vacía:— Fantástica, fantástica, fantástica.

Pero el secretario casi no le hizo caso y se alejó enseguida. Bajó las escaleras medio aturdido. En el atrio encontró a un grupo de gente arremolinada y, adivinando que estaba en medio la Pedani, se acercó. En efecto era ella rodeada de gente y recibiendo felicitaciones. Reconoció las plumas verdes de su sombrero.

Mientras se ponía de puntillas para ver su rostro, escuchó a su espalda la voz del maestro Fassi y, dándose la vuelta, lo vio declamar en un corrillo, con la cara lívida, retorciendo rabiosamente su largo bigote.

—En conclusión —decía—, lo único que ha hecho ha sido andarse por las ramas. Citas grandilocuentes, mucha retórica, ¿pero que ha dicho en materia de ciencia? —Y la acusaba de plagio.— Repase las ideas —gritaba—, las frases, las palabras, me ha

dejado aparte, sin dignarse a pronunciar mi nombre. Puedo decirle las palabras una a una, como si las hubiese taquografiado. ¡Hay que fastidiarse con el desparpajo! ¡Vete a fiar de las conversaciones teñidas de familiaridad! Ahora se abrirá camino seguramente. ¡Ya veréis lo que alborotan los cretinos de los periodistas! ¡Un atajo de charlatanes!

Mientras tanto, la Pedani trataba de abrirse paso. Cuando los corros de admiradores se diluyeron un poco, el ingeniero Ginoni se adelantó con ímpetu y le dijo tendiéndole la mano:

—¡Sublime! ¡Casi me convierte, no le digo más!

Después se adelantó para felicitarla, arrastrando los pies, el profesor Padalocchi. Luego se acercó el director. Aquello no terminaba nunca. Al final se quedó rodeada de unas veinte maestras, mientras muchos la miraban desde lejos y entonces, sin ser visto, el secretario pudo mirarla. Nunca le había parecido tan bella, tan resplandeciente, tan fantástica. Parecía que todo su cuerpo vibraba dentro de aquel sencillo y sucinto vestido negro, como si un estremecimiento recorriese su cuerpo de la cabeza a los pies. Había vuelto a recuperar el rubor, aquel rubor delicado y difuminado que sucede a la palidez de las grandes conmociones agradables, y que es como el pudor gozoso de la gloria. Su rostro tenía una expresión de amable bondad femenina que don Celzani no había observado nunca y que confería a sus ojos, a su boca, y a toda su figura, un nuevo poder de seducción. Y él la miró inmóvil, invadido por un sentimiento extraño y doloroso, como si ya estuviese muy lejos de él, a la otra orilla de un inmenso río, en la cima de una colina detrás de la cual fuera a desaparecer para siempre.

Cuando ella se movió con su corrillo de maestras, el secretario se escondió detrás de una columna. Y desde allí presenció una escena que no se esperaba. Cuando la Pedani estaba a punto de poner un pie fuera del portalón, apareció la maestra Zibelli. Le echó los brazos al cuello llorando y la besó muchas veces con ardor. Don Celzani no oyó sus palabras, pero comprendió a medias que había sido vencida, y que se acercaba movida por un impulso del corazón a deponer las armas y a pedir perdón por todo. La Pedani la abrazó y ella se alejó enseguida, volviéndose para dedicarle un saludo apasionado con la mano.

La Pedani salió a la calle y él la siguió a mucha distancia.

Caminaba delante lentamente, precedida, flanqueada y seguida por un grupo de maestras jóvenes, los acostumbrados adláteres de los triunfadores, que cotorreaban festivamente alrededor, avisándole de que esquivara los vehículos y lanzando ojeadas en todas las direcciones para atraer sobre ella la atención de los paseantes. De vez en cuando alguna se despedía y otra las alcanzaba uniéndose al grupo. Torcieron por Via Teresa y prosiguieron por la derecha. El pobre Celzani seguía detrás.

Sí, quería seguir viéndola mientras fuera posible: después iría a recoger sus cosas y se marcharía de Turín. ¿En qué dirección? No sabía. Quizás a Génova para embarcar. Dios lo guiaría. Lo importante era irse lejos a sofocar su pasión con una

dura vida de trabajo, a olvidar si era posible, o por lo menos a no sufrir tanto. Ya que, verdaderamente, con aquella vida desesperada a la que se veía condenado, no le bastaban las fuerzas de su alma. Después de aquel triunfo, él se sentía más miserable todavía y, por así decir, más desdichado y más bajo de lo que se había sentido jamás, ya que hasta entonces lo único que había percibido era la diferencia externa que había entre él y ella, pero ahora también la veía en espíritu demasiado superior a él. Ella, no sólo había conquistado la gloria, sino que lo había dejado a él a la altura del barro. La veía célebre en pocos años, rodeada por todos, amada, casada quizás con un hombre apuesto, ilustre y poderoso. Le pareció entonces una insensatez ridícula haber osado pedirle la mano, importunarla, arrodillarse ante ella y abrazar sus rodillas. Y este recuerdo concreto, la sensación de aquel abrazo que volvía a despertar en él, le quemaba la sangre y el cerebro. Y mientras, la devoraba con los ojos desde lejos. Unas veces un coche y otras un grupo de gente, le ocultaban su figura, que volvía a reaparecer, cada vez más grande, más hermosa, más triunfante, clavándole más profundamente en el corazón herido la espada de la desesperación.

Las amigas la acompañaron hasta el portón. Él se detuvo en la esquina de Via San Francesco. Desde allí esperaba verla desaparecer para siempre, como precipitándose en un abismo.

Pero cuando vio a las amigas dejarla y ella entró en casa, se sintió empujado por una decisión repentina, una necesidad irrefrenable de decirle adiós una vez más.

Recorrió la calle apresuradamente, entró en el patio, se escondió detrás de una columna y la vio dirigirse hacia la puerta interior y subir con paso lento, volviéndose de vez en cuando a mirar atrás, como si tuviera la sensación de haber perdido algo o añorase la compañía que le había dejado y, después de aquel triunfo clamoroso entre tanta gente, sintiese aversión a volver sola a casa tan sola por aquella escalera tan negra y solitaria.

Fue detrás de ella de puntillas, muy despacio. Cuando llegó al segundo rellano, no pudo soportarlo más, se lanzó y la alcanzó. Ella se volvió, se encontraron uno frente al otro en la oscuridad: ella un escalón más arriba.

—¿Señor Celzani? —preguntó la maestra.

Él prorrumpió en un sollozo y murmuró:

—He venido a decirle adiós.

Pero no había acabado de decirlo, cuando sintió una mano vigorosa sobre la nuca y dos labios encendidos sobre su boca, y en medio del gozo delirante que lo invadía en aquel inmenso paraíso oscuro, sintiéndose llevado por un torbellino, sólo pudo lanzar un grito desgarrador:

—¡Oh... Alabado sea Dios!





EDMONDO DE AMICIS (Oneglia, 21 de octubre de 1846 - Bordighera, 11 de marzo de 1908) fue un escritor italiano, novelista y autor de libros de viajes. Su obra, de carácter instructivo, pedagógico y popular, le convirtió en la voz más representativa de una corriente literaria, caracterizada por una bondadosa emotividad, que gozó de gran aceptación en su país a finales del siglo XIX.

Inició muy joven la carrera militar, y antes de cumplir los veinte años alcanzó el grado de oficial de infantería y participó en la batalla de Custoza, en 1866. Poco después se convirtió en director de la revista *L'Italia Militare*, donde empezó a publicar algunos artículos y bocetos que, por su buena acogida, fueron reunidos en el volumen *La vida militar* (1868). Animado por el éxito de público de sus dos siguientes libros, *Novelas cortas* (1872) y *Ricordi del 1870-1871* (1872), decidió abandonar el ejército y dedicarse por completo al periodismo y la literatura.

Como corresponsal del periódico *Nazione* tuvo oportunidad de visitar numerosos países; esas experiencias le sirvieron para escribir una serie de libros en los que recogió sus impresiones de viaje. Destacan *España* (1873), *Ricordi di Londra* (1874), *Holanda* (1874), *Marruecos* (1876), *Constantinopla* (1878) o *Ricordi di Parigi* (1879), obras que significaron en Italia la difusión de un nuevo género: el libro turístico de intención literaria. En estos escritos se advierte ya el tono didáctico, moralista y educativo, en ocasiones demasiado ingenuo y bondadoso, que caracterizó toda su producción, en especial sus dos novelas *Los amigos* (1883) y *Corazón* (1886), estructurada esta última en forma de diario de un niño y con claros fines pedagógicos. Fue tal el éxito de este libro, sobre todo entre el público adolescente, que en tres años

se hicieron cien ediciones y fue traducido a casi todas las lenguas europeas.

A partir de entonces mostró un abierto interés hacia la realidad social y popular, que le llevó a adherirse al partido socialista y a escribir libros como *Sobre el océano* (1889), una dramática denuncia de las condiciones de los emigrantes italianos; *La novela de un maestro* (1890), *Fra scuola e casa* (1892), *La maestría de los obreros* (1895), tres obras en las que aborda la problemática de la escuela popular y la necesidad de extender al máximo la educación, o *El coche de todos* (1899), que recoge las observaciones que llevó a cabo durante un año en sus trayectos en tranvía para analizar las miserias y los dolores de la gente.

En su producción figuran también *Memorie* (1889), que contiene notables páginas sobre la muerte de su hijo, y los ensayos *Ritratti Letterari* (1881) y *El idioma gentil* (1905).

Notas

[1] «Fue un craso error tener hoy, incluso en el programa de las escuelas de grado medio, reservadas a la gimnasia solamente dos horas por semana, y esto incluso sin carácter obligatorio. No debería transcurrir un sólo día sin que el adolescente deje de consagrarse, por lo menos durante una hora por la mañana y durante otra por la tarde, al entrenamiento de su cuerpo mediante deportes y ejercicios gimnásticos». (Adolfo Hitler, *Mi lucha*, 1925-1928, capítulo II, «El Estado»). «El Estado procurará elevar el nivel general de la salud de la nación amparando a las madres e infantes, prohibiendo el trabajo de los niños, aumentando la eficiencia corporal mediante la gimnasia obligatoria y los deportes y apoyando sin restricciones a los clubes fundados con el objeto de promover el mejoramiento físico de la juventud». (Adolf Hitler, *Mi lucha*, 1925-1928, punto 21 del programa). <<

[2] Benedetto Croce, *La letteratura della nuova Italia*, I, pág. 164. <<